

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 281.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

—
MAYO 1912
—

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y enuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042

LAS PINTURAS DEL PALACIO DUCAL

DE BERWICK Y DE ALBA

Aunque las vicisitudes del tiempo y la transformación que en España han sufrido, principalmente en el siglo último, las casas y estados de nuestra tantas veces secular aristocracia, hayan reducido en algunas y hecho desaparecer del todo en otras las riquezas artísticas que en ellas los siglos y el esplendor y grandeza de la vieja monarquía española acumularon, todavía no puede dejar de hacerse notable en el vasto mundo de la opulencia y del arte una colección escogida de doscientos sesenta y ocho cuadros, desde los primitivos al siglo xv hasta los de nuestros propios días, en los cuales hacen brillar con sus obras sus nombres, en la generalidad de autores conocidos, ciento treinta y ocho profesores entre los de mayor prestigio que acreditan por el universo las escuelas llamadas española, italiana, flamenca y holandesa, alemana y francesa. Tal es la colección que posee la casa ducal de Berwick y de Alba, cuyos ilustres titulares, recogiendo el más hermoso legado de su insigne madre, la perpetuamente inolvidable Rosario Falcó y Osorio, Condesa de Siruela, Duquesa de Alba, han hecho dar a la estampa el *Catálogo*, cuya formación había encargado aquella señora al conservador de estas joyas en su palacio de Liria, D. Angel María de Barcia, que entonces desempeñaba

en nuestra Biblioteca Nacional el empleo de jefe de su sección de Bellas Artes.

Un solo cuadro, casi moderno, de esta colección, después de hecho el doble estudio crítico técnico y descriptivo del señor Barcia, y el de ilustración documental en los archivos de la casa por la misma excelsa Duquesa, con el auxilio de su diligente archivero el Sr. Paz y Melia, había sido causa de que este *Catálogo*, completamente concluído y dispuesto para la imprenta mucho antes que la noble dama, con general sentimiento diera prematuramente al destino el tributo de una vida tan provechosamente ocupada por ella, quedara sin imprimir. Desde que el pintor francés, de sangre española, Carlos Iriarte, puso en duda que hubiese salido del pincel de Goya, el cuadro señalado en el *Catálogo*, entonces en proyecto y ya impreso (1), con el núm. 53 de orden, y que representa a la VI Condesa del Montijo, la pupila de su tío y tutor el Cardenal Conde de Teba, arzobispo de Toledo, D.^a María Francisca de Sales Portocarrero y Zúñiga, en grupo artístico con sus cuatro preciosas hijas D.^a Ramona, que fue por su matrimonio Condesa de Contamina y de Parsent; D.^a María Tomasa, Marquesa de Villafranca y Duquesa de Medinasidonia; D.^a María Gabriela, Marquesa de Lazán, y D.^a María Benita de los Dolores, Condesa de Villamonte y después Marquesa de Bélgida, dividióse el parecer de los técnicos entre los que creían que el cuadro se había pintado por un artista francés, y entre los que perseveraban en la tradición que en la casa y familia se conservaba, de que su autor había sido, en efecto, D. Francisco de Goya. De esta última opinión era la Emperatriz Eugenia, la cual

(1) *Catálogo | de la | Colección | de | pinturas | del Excmo. Sr. Duque | de Berwick y de Alba | por | ANGEL M. DE BARCIA | Jefe de la sección de Bellas Artes | de la Biblioteca Nacional.*—(Escudo ducal de Berwick y de Alba.)—MCMXI.—Col.—Se acabó de imprimir esta obra en el Establecimiento tipográfico de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, el xxx de Septiembre de MCMXI.—Folio xvi.—278 páginas y el colofón sin foliar.

había oído cien veces en su hogar de Madrid, a su tía la señora la Marquesa de Bélgida, una de las retratadas en este lienzo, que era de Goya, lo que le constaba de una manera tan indubitable, cuanto que había estado presente, como era natural, a su ejecución. Y aunque un testimonio de esta naturaleza entraba en la graduación de lo incontrovertible, ¡cualquiera convence a un artista que ha dado una opinión solemne sobre una obra que ha visto, de que ha padecido error! Si Iriarte se aferraba a su juicio, con más empeño se aferraban a su opinión los que en nuestro país acostumbran verlo todo por el lado adverso, y mañana sostendrán que el cuadro de *Las lanzas*, que custodia nuestro Museo del Prado, no es el original de Velázquez, sino una copia, o cuando más una repetición del verdaderamente auténtico que hayan visto en cualquiera de los Museos de Europa, y sobre todo en los de París, donde se tiene la mayor habilidad y destreza para presentar teatralmente las cosas falsas de manera que todo el que las ve se persuada, que ellas son las únicas verdaderas y auténticas. Los ilustres Madrazo, D. José, D. Federico y D. Pedro, fueron los padres de esta escuela de desestimación de las joyas artísticas propias que España posee; pues siendo el fondo de su educación esencialmente francesa, eran en este punto más franceses que españoles. En esta controversia, la Duquesa Rosario se amilanó, y el Catálogo quedó en suspenso, hasta que su bizarro hijo y sucesor en la jefatura de la casa y en las exquisitas delectaciones literarias y artísticas de tan gran cuadro, se resolvió a darle al público.

No ha sufrido la colección artística del palacio de Liria las ruinosas disipaciones que totalmente han extinguido, y extinguen sin cesar, las de otras casas grandes, cuyo ejemplo más desolador lo ofrecieron las de Sessa y Osuna y el Infantado; pero tal como ha llegado a los tiempos modernos, fácil es comprender que aun con ser tan numerosa y selecta, mal puede representar lo que debió aglomerar en ella la incorporación de tantos opulentos Estados como la enriquecieron fundiendo con

los suyos sus blasones, sobre todo si se considera lo que fue desde principios del siglo xvi la casa matriz o troncal de Alba de Tormes, y lo que fueron las de Olivares, Peñaranda, Carpio, Algaba, Fuentes de Valdeopero, Gelves, Lemos, Lerín, Monterrey, Villanueva del Fresno, Osorno, Miranda, Berwick y Montijo, todas las cuales, al entroncar con la de Alba, hicieron homenaje de herencia a ésta de las colecciones respectivas que poseyeran, decantadas algunas en libros tan inmortales como los *Diálogos de la pintura*, de Vicente Carducho. Los que en otra clase de estudios hemos manejado ahincadamente las memorias históricas, la correspondencia militar y diplomática y hasta la de familia de los Duques de Alba, que desde el tercero de este título que bajo Carlos V y Felipe II mereció el título de grande, que con su nombre, su cultura y su espada llenaron casi entero todo el siglo xvi, y que con su prestigio dejó vinculado en todos sus sucesores, durante los siglos xvii y xviii, una supremacía efectiva de influencia y poder en el curso de la política y de la historia de la monarquía de los Austrias y Borbones, no podemos dejar de lamentar el destino que hayan tenido las interesantes adquisiciones de obras artísticas de que en todos aquellos documentos a la continua se habla, a la par que se consigna la estrechez de relaciones que el gran Duque don Fernando mantuvo personalmente con el Tiziano en Italia y con los más insignes profesores y maestros del arte pictórico en Alemania, en los Países Bajos y en Holanda. Verdad que muchos de los encargos que con estos grandes maestros sostuvo, unos fueron para satisfacer la codicia artística de sus Soberanos, y otros con aplicación a las iglesias de su particular patronato en sus estados señoriales; pero aun así y todo, la tradición que dejó de lo que para sí reservaba, basta para formar la razonable idea de que la opulencia de las colecciones artísticas que atesoró fueron espléndidamente correspondientes a la de los demás objetos que decoraban su residencia de Alba de Tormes y todas las de su extenso patrimonio. Qué hizo el tiempo de estas riquezas, aún se ignora. Lo que se sabe, y el

Catálogo recientemente publicado acredita, es que hasta su cuadro-príncipe de familia, el del primer Conde de Alba, señor de Valdecorneja y de Salvatierra, D. Fernando Alvarez de Toledo y Sarmiento, de quien Hernando del Pulgar, en sus *Claros varones de España*, hace relación histórica tan interesante, no procede de los fondos antiguos de la casa, sino de la compra que de este cuadro hizo el Duque D. Carlos María Stuart y Portocarrero, padre del actual, en la almoneda que se efectuó de las colecciones que dejó a su muerte D. Valentín Cardenera, que lo había descrito en su *Catálogo* particular, impreso en 1877.

El ya mencionado Vincencio Carducho, en el VIII de sus *Diálogos de la pintura*, extrema el valor y la importancia de las colecciones que a mitad del siglo xvii poseían, entre otras casas incorporadas por entronques a la de Alba, las de los Condes de Lemos y de Monterrey y del Marqués de Villanueva del Fresno. En el folio 159 dice textualmente: «El Conde de Monterrey, ¿qué no hace por ver y allegar cosas originales?» Aquí también describe al de Lemos, «tan benigno y tan amante de las buenas pinturas»; y al folio 150 y 151 relata primero la visita que, llegando a Madrid, hizo a la casa de D. Antonio Moscoso, Marqués de Villanueva del Fresno, en que no tuvo menos que admirar que en los del Almirante de Castilla, el Marqués de Leganés, el Conde de Benavente, el Príncipe de Squilache y el Marqués de la Torre, con las que compiten en la grandeza y singularidad de sus muchas pinturas, así como en la compostura y aseo con que tenía repartida tan grande copia y de tan grande estimación. La colección del Conde de Monterrey no la vió entonces; pero de ella dice: «No fuí a ver las pinturas del Conde de Monterrey, porque no se halló la persona que tenía la llave, y, aunque las he visto muchas veces, lo sentí. Muestra muy bien S. E. la grandeza de su casa y el poder de su grandeza en tener *tantos originales* y aquellos grandes dibujos de *Los nadadores*, de lápiz colorado, de mano de Miguel Angel, a quien Italia venera el nombre, y *solicita-*

ra estos dibujos por grande suma de oro, a no los poseer tan grande Príncipe.»

Si en la casa de Alba se reunieron todas estas colecciones, aumentando considerablemente la primitiva propia, no se sabe. Las investigaciones documentarias de la Duquesa Rosario Falcó, no pasaron más allá de lo que concernía a las existencias que ella encontró, y a estos mismos datos estrictamente se ciñe en el *Prólogo* que precede a la descripción de los cuadros de la colección actual, el Sr. Barcia; de modo que, por sus procedencias, en lo que constituye el fondo del *Catálogo* publicado, nada se registra anterior a los treinta y dos lienzos escogidos que, a principios del siglo último, por la transacción hecha entre la casa de Berwick y de Liria con los herederos de la XIII Duquesa de Alba, D.^a María Teresa Cayetana de Silva, entregaron éstos como de las antiguas pertenencias de Alba, Olivares y el Carpio.

El autor del *Catálogo* pone más empeño en sostener la supremacía de la casa de Berwick y de Liria, sobre todas las anteriormente unidas a la de Alba, haciendo seguir en importancia a la línea que procede de la Reina de Escocia, María Estuardo, la posterior de Montijo, que ennoblece la figura, aún felizmente viva, de la Emperatriz Eugenia, cuyas donaciones importantes, así a su cuñado, el Duque D. Jacobo, como a sus sobrinos, los Duques D. Carlos y D. Jacobo II, imprimen un valor superlativo a esta interesante parte de la colección. A pesar de todo, para los que vivimos apasionadamente apegados a la más pura tradición nacional, el fondo fundamental de cuanto con esta Casa se relaciona, la constituye siempre la rica vena del gran Duque de Alba, D. Fernando, cuya grandeza a ninguna otra humana en nada cede, aunque no le adornaron nunca insignias soberanas. La raíz de los Alvarez de Toledo, desde los tiempos de Carlos V, tendió siempre a absorber en sí las más espléndidas soberanías de Europa. El abolengo real de su abuelo, emparentado con la Casa Real de Aragón, en la augusta madre de D. Fernando V, llamado

el Católico, en el más próximo de sus deudos, el Marqués de Villafranca, hermano del gran Duque, durante su largo gobierno de Nápoles, equivalente a un largo reinado, emparentó ya con los Médicis, con cuyos nietos circuló su sangre con la Real de casi todas las Coronas del continente, y su mezcla, más tarde, con la de los Estuardos de Escocia y con la de los Sobieski de Polonia, no era más que como el cumplimiento de una predestinación providencial, cuyo supremo remate había de cerrar la augusta señora que, al compartir en el Imperio francés el cetro del tercero de los Bonaparte, contribuyó a dar a aquella imperial corona los fulgores más esplendentes que Francia, en su dilatada historia, había tenido desde los tiempos legendarios de Carlomagno y los tiempos sublimemente románticos del primer Napoleón.

Pocos o muchos en número los cuadros de la colección de la Casa de Berwick y de Alba, que forman el nuevo *Catálogo*, base de toda ella serán siempre las procedencias de la Casa matriz y de las españolas refundidas en ella, que, aunque de tan varios tiempos, de tan varios maestros y de tan varias escuelas, su existencia en nuestra nación es un timbre documental más de lo que fué la grandeza de la Monarquía española en los felices tiempos en que el primer Duque de Alba conquistaba a Navarra para completar los linderos de nuestra nación, y el tercero, o ponía su espada al lado de la del Emperador Carlos V en las grandes batallas que éste riñó en las orillas del Albis, en las puertas de Roma y en las riberas del Africa, o extremaba sus gobiernos bajo Felipe II en Italia y los Países Bajos, y contribuía a la conquista de Portugal.

Tal como se nos presenta el *Catálogo* del Sr. Barcia, esta base se destruye por la preferencia dada a los fondos artísticos de la Casa de Berwick y de Liria; a ellos se subordinan los de las demás procedencias, bien que en realidad de verdad, a éstas y a aquéllos se sobreponían los constituídos por las adquisiciones, hechas generalmente en los mercados de Florencia y Nápoles, entre los años 1814 a 1820, por el Duque D. Carlos

Miguel Fitz-James Stuart y Silva, primero en quien se juntaron los títulos de Berwick y de Alba, y entre cuyos preclaros timbres sobresalió un amor exaltado hacia las Bellas Artes, que le hizo concebir y halagar el proyecto de formar en Madrid una galería particular, pero pública, a imitación de las que había visto en sus viajes en diversas capitales de Italia, a fin de que su estudio pudiese ser utilizado por los artistas y aficionados de España, con cuyo auxilio podría erigirse en una verdadera escuela de insignes maestros, sin necesidad de someterse a la educación extranjera que se adquiría por los pensionados de París y de Roma. De los 268 cuadros descritos en el *Catálogo* del Sr. Barcia, resultan 115 procedentes de estas adquisiciones, sin contar las que, hechas también por el mismo Duque, de 1821 a 1828, y depositadas en poder de los banqueros Caraffa y Gneceo, de Nápoles, y Pocquet, de París, nunca llegaron a venir a España, ascendían a otros 176, entre los cuales había 15 retratos, 37 asuntos religiosos, 8 históricos, 14 mitológicos y simbólicos, 14 de género y 88 paisajes, vistas, bodegones, etc.

Es indudable que entre los ciento quince de esta procedencia que se describen en el *Catálogo*, hay muchas obras verdaderamente maestras; pero mírese el *Catálogo* meramente bajo su carácter artístico, mírese bajo el histórico y de familia, no se puede negar que la mayor importancia de los cuadros que comprende, se hallan: primero, en los treinta y dos procedentes de las antiguas Casas de Alba, Olivares y el Carpio; en segundo lugar, en los comprendidos en los *Inventarios* de D.^a Catalina Colón y Portugal, Duquesa de Veragua, mujer del Duque de Berwick y de Liria, D. Jacobo Fitz-James Stuart y Burgh, Conde de Tinmouth, con todos los demás de la Casa de Liria y, finalmente, en los de la Casa de Montijo, donde Goya, López y Winterhalter dan expresión a todo el arte moderno.

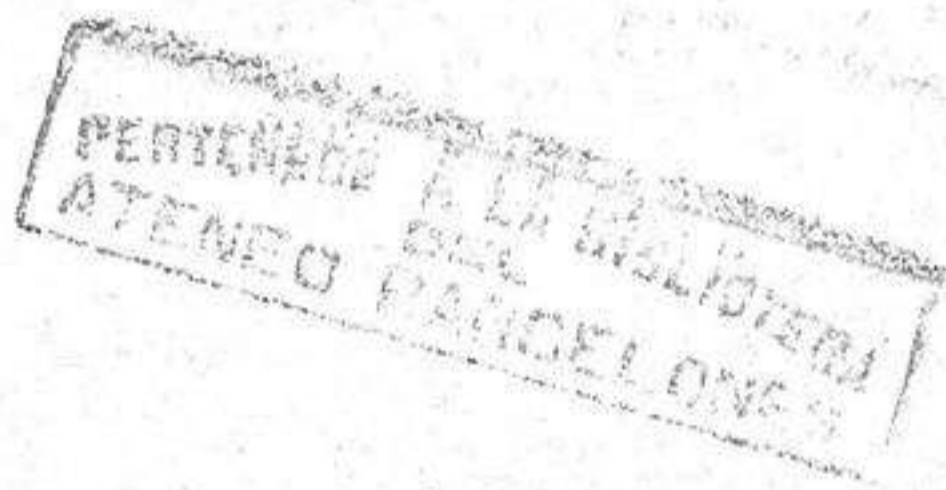
Contiene el *Catálogo*, en uno de sus *Indices* alfabéticos, el de los nombres de los autores de las obras magistrales que en él se contienen, y aunque no se ha cuidado de hacer de ellos

la división de las escuelas a que cada uno pertenece, basta pasar la vista por ellos para formar una idea de la importancia considerable de tan gran caudal de producciones maestras. Los nombres de ese *Indice* son los siguientes:

- Albani* (Francisco).
- Alonso* (T. R.).
- Allori* (Cristóforo).
- Angélico de Fiesole* (Frá Giovanni).
- Aparicio* (D. José).
- Balaca* (D. Ricardo).
- Barvechio* (Federico).
- Bassano* (Jacobo).
- Beerstraeten* (Juan).
- Bega* (Cornelio).
- Bellino* (Juan).
- Berchem* (Nicolás).
- Berkheyden* (Job).
- Both* (Andrés).
- Both* (Juan).
- Bourguignon* (Jacobo Courtois).
- Brakenburg* (Ricardo).
- Brasch* (Wenceslao).
- Breenbregh* (Bartolomé).
- Breughel* (Pedro).
- Breughel de Velours* (Juan).
- Bril* (Pablo).
- Bronzino* (Angelo Allori).
- Brown* (Jhon Levis).
- Caliari* (Carlos).
- Canaletto* (Antonio Canale).
- Caravaggio* (Miguel Angel).
- Carracci* (Anibal).
- Carreño de Miranda* (Juan).
- Crayer* (Gaspar).
- Credi* (Lorenzo de).
- Champagne* (Felipe de).
- Chaplin* (Carlos).
- Delatour* (M. Q.).
- Denis* (Simón Alejandro).

Dominichino (Domenico Zampieri).
Dreux (Alfredo).
Dyck (Antonio Van).
Egmont (Justo Van).
Esquivel (Antonio María).
Esteban (Enrique).
Esteban (Victor).
Fagnani.
Furini (Francisco).
Fyt (Juan).
García Hidalgo (José).
Garofalo (Benvenuto).
Geldorp (Gortius).
Giordano (Lucas).
Giraud (Carlos).
Goya (Francisco).
Goyen (Juan Van).
Greco (Dominico Theotocopuli).
Guercino (Juan Francisco Barbieri).
Gutiérrez de la Vega (José).
Hackert (Felipe).
Haes (Carlos).
Helst (Bartolomé Van del).
Honthorst (Gerardo).
Kalraat (Abraam Van).
Kessel (Juan Van).
Key (Guillermo).
Koning (Salomón).
Lairesse (Gerardo).
Lebrún (Carlos).
Liaño (Felipe).
López Portaña (Vicente).
Madrazo (Federico).
Madrazo (Raimundo).
Maratti (Carlos).
Meel (Juan).
Mengs (Antonio Rafael).
Mignard (Pedro).
Molenaer (Juan).
Murillo (Bartolomé Esteban).
Nattier (J. Marc).

Neer (Eglon Van).
Netscher (Gaspar).
Odier.
Olivier (Miguel Bartolomé).
Orley (Juan Van).
Orrente (Pedro).
Palma (Jacobo, *el viejo*).
Palma (Jacobo, *el joven*).
Parrocel (José Ignacio).
Peruggino (Pedro Vanucci).
Pontormo (Jacobo Carrucci).
Pordenone (Juan Antonio Licinio).
Porta (Frá Bartolomeo della).
Poussin (Nicolás).
Procaccini (Hércules).
Poussino (Gaspar Dughet).
Rem ó Remignis (Gaspar).
Rembrandt (Pablo).
Reni (Guido).
Ribera (Carlos Luis de).
Richard.
Rodríguez de Guzmán.
Rosa (Salvatore).
Rubens (Pedro Pablo).
Ruprecht (Tini).
Ruysdael (Jacobo).
Ryckaert (David).
Sánchez Coello (Alonso).
Sanzio (Rafael).
Sarto (Andrea Vannucchi del).
Schalken (Godofredo).
Schoemberg (Alejandro).
Seghers (Daniel).
Sindici (Francisca Fitz James de).
Sirani (Isabel).
Snyders (Francisco).
Sorolla (Joaquín).
Straeten (Nicolás Van).
Tamberlick (Enrico).
Teniers (David).
Teniers (David, *junior*).



Tiziano Vecello.
Ulieger (Simón de).
Vaamonde (J.).
Vaccaro (Andres).
Vanloo (Luis)
Vanni (Juan Bautista).
Vanni da Siena (Francisco).
Vasari (Jorge).
Velázquez de Silva (Diego).
Velde (Guillermo Van der).
Venne Adriano).
Veronés (Pablo Cagliari).
Vinci (Gaudencio de).
Vinci (Leonardo de).
Vas (Pablo de).
Wildens (Juan).
Winterhalter.
Wonwermans (Felipe).
Wssel.
Wynautsz (Juan).

De tan numerosa colección, de obras maestras tan notables y de autores de tan superior prestigio, solamente se han reproducido, por medio de la estereotipia, treinta y dos lienzos. El *Indice* de estas láminas es el siguiente:

1.^a Retrato de D. Fernando Alvarez de Toledo, primer Conde de Alba, señor de Valdecorneja y de Salvatierra. Es una tabla española, de las que en el lenguaje familiar del arte se denomina *de los primitivos*, y la que, como antes se ha dicho, fue adquirida de la almoneda de la Colección Carderera, por el Duque D. Carlos María Stuart y Portocarrero. Como en muchas de estas tablas del siglo xv, el cuadro en realidad representa las imágenes del misterio de la Anunciación, y al pie, de rodillas ante un reclinatorio, aparece la figura del Conde, como en oración. Viste gabán de mangas largas, cuya caperuza le cubre la cabeza, sobre la cual campea el escudo de sus armas, así como a sus pies aparece su celada. El cuadro místico es de bastante belleza, y en todo él se refleja el ambiente

de la escuela alemana que trajo a la Península el primer espíritu de inspiración del arte moderno.

Siguen en los números 2 y 3, dos retratos del gran Duque de Alba, D. Fernando Alvarez de Toledo; el uno es el de Tiziano (pág. 8) y el otro el de Gillermo Key; el primero lo tiene Barcia como de la primitiva colección de la casa ducal, y el segundo fue adquirido en el siglo pasado por el Duque D. Jacobo Stuart y Ventimiglia. A mí no me cabe duda de que éste debió también haber pertenecido al mismo Duque retratado en Flandes en 1568, y aunque el nombre del Tiziano convierte en joyas la menor de sus producciones, doy preferencia en valor artístico al de Key, sobre el de Tiziano, porque el de éste indudablemente no se pintó del natural, y el del pintor flamenco, en todos sus detalles, certifica que tuvo delante al retratado; en el cuadro del Tiziano hay dibujo y color, el color y el dibujo de un gran maestro; en el de Key hay naturaleza y carnes. Tal vez para los accesorios, Key se inspiró en el retrato del Tiziano; pero en el rostro hay más verdad en su retrato que en el del gran maestro italiano.

El cuarto de los retratos de que se ha hecho reproducción y lámina es el de la novelesca Duquesa María Teresa Cayetana de Silva, pintada por Goya en 1795, cuando la Duquesa, de quien tantas leyendas se han hecho, frisaba en los treinta y tres años. Este retrato, como si confirmara esas leyendas, lleva una inscripción puesta con tal maestría por el pincel del artista por cima del falderillo colocado a sus pies, que ni aun estando cerca se repara en ella, a pesar del gran tamaño de las letras. Esta inscripción dice: *A la Duquesa de Alba, Francisco de Goya, 1795*. El cuadro es en todo goyeseo puro, y en él están vivos la mujer, la Duquesa, el pintor y la novela.

En el orden de los cuadros de familia, la quinta reproducción fototípica es la del Duque de Berwick y de Liria, D. Jacobo Fitz-James Stuart, hijo de Jacobo II de Inglaterra y de Arabela de Churchill, la hermana del Duque de Malborough. Se ignora quién pintó este hermoso retrato, que Barcia ha

incluído entre los anónimos de escuela francesa; así como atribuye a Richard el sexto en orden el II Duque de Berwick, de Liria y de Xérica, hijo del anterior, y de Honorina Burgh, Condesa viuda de Lucán, D. Jacobo Fitz-James Stuart y Burgh, Conde de Tinmauth, por cuyo matrimonio con la Duquesa de Veragua, D.^a Catalina Colón y Portugal, viuda del Conde de Villada, D. Francisco Alvarez de Toledo, la rama de la Casa Real de Inglaterra, de que todos estos Príncipes descendían, acabó de arraigar su naturaleza en España. Este hermoso retrato hace digna compañía en la colección de la casa Berwick y de Alba, en el *Catálogo* que la describe y en las reproducciones que lo adornan con el que Nattier hizo de la ya mencionada Duquesa de Veragua, doña Catalina Colón, una de las damas más hermosas y distinguidas de la corte de España, bajo los reinados de Felipe V y de Fernando VI. Nattier la retrató cuando la Duquesa tenía veinte años de edad, y las flores naturales de su bello rostro oscurecían el apiñado haz de rosas con que el espejo y el pincel adornaron la cotilla de su pecho.

Esta sección de retratos de familia que comprende los 63 primeros números del *Catálogo*, todavía cuenta en él con otras cuatro reproducciones: la del de la Duquesa Rosario Falcó y Osorio (núm. 36), pintado por Raimundo Madrazo; la de la Marquesa de Lazán (núm. 54), uno de los magistrales entre los más magistrales de Goya; la del Conde de Teba y del Montijo, D. Cipriano Palafóx y Portocarrero (núm. 56), del pincel de D. Vicente López y la del S. M. I. María Eugenia de Guzmán, Condesa de Teba, Marquesa de Moya, Emperatriz de los franceses, pintado en 1862 por Winterhalter. Del retrato de la Duquesa Rosario Falcó no hay más que decir sino que Raimundo Madrazo fijó para siempre en aquel rostro de tan fina y dulce belleza, todo el espíritu de su bondad característica y todo el rayo de su viva inteligencia, y en aquel cuerpo recto, cenceño, de una exquisita naturalidad, el aire de distinción y elegancia que completa una figura de las de mayor re-

lieve de la corte de la Reina María Cristina de Austria. Esta señora augusta la llamaba su amiga, y su tía, la Emperatriz Eugenia, su hermana. Los españoles no sabemos hacer interesante la historia: en otras lenguas se habrían escrito libros primorosos acerca de esta trinidad deslumbradora. Del retrato de María Gabriela Palafox y Portocarrero, la Marquesa de Lazán, nada nuevo se puede decir: el arte lo admira como una de las más puras producciones del genio artístico de Goya, del cual, si de su pincel no hubieran salido tantas obras colosales, este retrato sería el número primero de su gran numen. No se le da tal número, porque en la obra gigante de Goya hay muchos primeros. López pintó el retrato de D. Cipriano Palafox y Portocarrero López de Zúñiga y Guzmán, Conde de Teba y del Montijo, padre de la Emperatriz Eugenia y de la Duquesa de Alba Francisca de Sales, y López era también de los dioses mayores de nuestro Olimpo artístico. En efecto, el retrato del Conde del Montijo es digno del prestigio de su pincel. Por último, viene en este grupo el elegante pintor alemán, retratista de todos los grandes soberanos de Europa, a mediados del siglo XIX, Winterhalter. Barcia dice que este retrato de la Emperatriz Eugenia de Guzmán es «una de las obras más importantes de su autor, y acabado modelo del gusto artístico de la época». Es, indudablemente, bastante; pero á mí me queda algo más que decir. En este retrato se respira todo el ambiente del Imperio de Napoleón III, al que la Emperatriz Eugenia, tan española siempre, imprimió el alto tono social. Jamás la corte de Francia ni bajo la monarquía galante de Enrique IV, ni bajo la elegantemente viciosa de Luis XIV, ni bajo los sueños primeros de María Antonieta en el Trianón, ha tenido el sello de suprema y honesta distinción que Eugenia de Guzmán impuso a la del segundo Imperio. Esta distinción honesta y suprema es la que resalta del retrato de la Emperatriz hecho por Winterhalter, y regalado por esta augusta señora a su cuñado el Duque de Alba, Jacobo Stuart y Ventimiglia. Este retrato de la Emperatriz puede decirse que es

el retrato de su Imperio. En este grupo de familia cabían también, en el *Catálogo* de Barcia, el grupo de los *Estuardos*, aunque encabezados con el de la Reina mártir de Escocia, María, y los reyes Carlos II y Jacobo II de Inglaterra, regalos del Cardenal Duque de York a la casa española de Berwick y de Liria. Todos estos Príncipes pertenecen, en efecto, a los augustos ascendientes de la casa actual de Berwick y de Alba. De este grupo no se ha reproducido en el *Catálogo* más que el *Caballero de San Jorge*, Jacobo Eduardo Stuart, hijo de Jacobo II de Inglaterra y de María de Módena. El cuadro es anónimo y de escuela francesa.

A continuación entran las escuelas pictóricas, comenzando, como es natural, por la española. Tres únicas reproducciones fototípicas se hacen de los diez y ocho cuadros que de ella se describen, sin contar los que en los grupos anteriores constan como retratos de familia: un *Crucifijo*, del Greco (núm. 84); el retrato de *D. Gabriel Esteban Murillo*, pintado por su padre Bartolomé (núm. 88), y el de la *Infantita Doña Margarita María*, hija de Felipe IV y de la Reina Doña Mariana de Austria, de unos cuatro años de edad, pintado en 1655 por Diego Velázquez de Silva. En este grupo hay además un retrato de *Santa Teresa de Jesús*, de Juan Carreño de Miranda; otro de la *Emperatriz María Teresa*, Reina de Hungría y de Bohemia, de Goya; otro de la Reina *Doña Isabel de Borbón*, primera esposa de Felipe IV, de Felipe Liaño, y otro de *Don Juan de Austria*, el de Lepanto, de pincel anónimo. Los nombres de los autores que estos cuadros y los demás que no se citan llevan, son un certificado vivo de su mérito.

De las sesenta y cuatro pinturas de escuela italiana que en este grupo del *Catálogo* se describen, se reproducen: la *Virgen de la Granada*, de Frá Giovanni Angelico da Fiesole (núm. 97), de una belleza extraordinaria; *La Anunciación*, de Federico Baroccio de Urbino (98), cuadro de una intensidad mística tan profunda en la parte en que aparece el arcángel Gabriel, como de un realismo por todo extremo sugestivo en la figura de la

Virgen María; el *Puente de Westminster*, en Londres, de Antonio Canale, llamado *El Canaleto* (núm. 105); *La Virgen contemplando a Jesús dormido*, de Lorenzo de Credi (núm. 109), una de las tablas mas hermosas que en los confines de los siglos xv y xvi produjo la antigua escuela de Umbría, recordando la elegante distinción de Leonardo de Vinci; un *Salvador*, *San Francisco y San Roque*, de Palma el viejo (núm. 120), y una *Natividad*, de Pedro Vanucci, *el Perugino* (núm. 122), que bastan por sí solos para el crédito de tan altos nombres; el autorretrato de Jacobo Carrucci, *el Pontormo* (núm. 123), que en esta obra parece puso todo el muestrario de sus facultades inmensas, en dibujo, en color, en expresión y en frescura; un retrato de personaje desconocido, de Rafael de Urbino (número 133), que en algún tiempo hizo honor a las colecciones del Conde Duque de Olivares y después a las de su sobrino el Marqués del Carpio, como ahora lo hace a la casa de Alba. De este retrato se ocupó Passavant, en su *Catálogo de las obras de Rafael*; mas la primera noticia que de él tuvo se la comunicó desde Dresde el inteligente crítico y maestro Ludwig Zœliner, que lo había admirado en la casa donde forma parte de su hermosa colección. Sigue, y cierra el grupo, el retrato de *Blanca Capello, gran Duquesa de Toscana*; de Pablo Cagliari, conocido por Pablo Veronés (núm. 148); sin que falten en colección tan escogida obras de Juan Bellino, Tiziano Vecellio, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, el Garofalo, el Bronzino, Miguel Angel, Bassano, Jorge Vasari, el Dominichino, el Guercino, Lucas Giordano y otros maestros, honor de Italia.

Las escuelas flamenca y holandesa no podían dejar de estar abundante y superiormente representadas en una colección que tiene por base fundamental la casa ducal de Alba. Setenta y dos cuadros se describen en esta sección del *Catálogo* del señor Barcia; mas sólo se reproducen:

1.º *La vanidad mundana*, de Breughel de Velours (número 175).

2.º *La Betsabé*, de Van-Dyck (núm. 181).

3.º Retrato de un niño desconocido, de Van-Dyck también (número 182.) De este retrato me propongo hallar la identificación, por difícil que esto parezca, por la conexión de su procedencia con la de nuestra situación en los Países Bajos en el tiempo en que este lienzo se pintó, es decir, en 1635.

4.º *El Descendimiento*, de Rembrandt (núm. 204).

5.º *Un paisaje*, de Rembrandt también (núm. 205).

6.º *La vuelta del mercado*, de Rubens (núm. 207).

7.º *Otro paisaje*, de Jacobo Ruysdael (núm. 210).

Por último, de la escuela francesa, de que se describen cuarenta cuadros, no se reproducen más que los retratos de familia de la primera sección, y de los once de escuela alemana el autorretrato de *Antonio Rafael Mengs*, del que Barcia dice que «puede figurar entre las mejores obras del autor».

La colección de pinturas de la casa ducal de Berwick y de Alba, que queda a grandes rasgos reseñada, merecía la atención que supo dispensarla la última Duquesa Rosario Falcó y Osorio, digna de que a su tiempo y a sus manos hubiesen llegado todas las riquezas documentarias y artísticas que en el discurso de los siglos xvi al vxiii aglomeraron en ella tanta fusión de Estados y de familias. Menoscabadas por la acción del tiempo, por las divisiones testamentarias y aun por otras disipaciones, aquella ilustre dama, de inolvidable recuerdo, tuvo valor y perseverancia para recoger los despojos de lo que quedaba, y restituirlo todo a su antiguo y debido esplendor. Prueba de ello fueron los preciosos libros que la ciencia histórica ha recogido con imponderable estimación, avalorados por la autoridad de su nombre. La muerte prematuramente la sorprendió en medio del fervor de sus laudables empresas. La de la enumeración, clasificación y descripción del tesoro pictórico, que ella también había contribuido a aumentar, principalmente con las espléndidas donaciones que recibió de las augustas manos de la Emperatriz Eugenia, y de las colecciones no menos estimables de la casa condal del Montijo, quedó en el telar para que la completara y diera á luz, estimulado tanto por el amor

profesado a tan gran madre, como por idéntico impulso de una cultura cimentada en las propias aficiones que también sacó en herencia del regazo materno su ilustre hijo el titular heráldico de su casa y estados; y, en efecto, la publicación del *Catálogo* confiado al Sr. Barcia constituye la realización plausible de proyectos tan magnánimos. No entra este *Catálogo* en pugna, en su parte material, aunque tan esmeradamente desempeñada, con los que ostentan los timbres de las Casas Reales e Imperiales de Alemania, Inglaterra y Austria, y aun hay que reconocer que aun existen algunos de colecciones particulares, en las que se ha llegado a un lujo abrumador. Pero en la parte crítica y técnica encomendada al Sr. Barcia, el *Catálogo* de la casa de Berwick y de Alba no teme ninguna competencia, y de todas maneras el esfuerzo empleado por el Duque D. Jacobo Stuart y Falcó para imprimirle el sello de su personal esplendor, se hace digno de todo elogio, sobre todo siendo la primera producción de este género e importancia que se hace en España. El solo anuncio de que S. M. el Rey D. Alfonso XIII, a semejanza del Duque de Alba, ya resueltamente ha decidido acometer empresa igual con las colecciones numerosas de todos sus Palacios y Sitios Reales, y de que para realizarla ha elegido al Sr. Barcia para confiarle su estudio, selección y descripción, puede considerarse como el primer franco triunfo de la publicación de este *Catálogo*. Pero no es solamente S. M. el Rey Don Alfonso el que hará una gran obra de cultura nacional, llevando a cabo el pensamiento que ha concebido. Aunque con dolor y con pena, y hasta casi produciendo una verdadera vergüenza nacional, es innumerable la exportación diaria que se hace a los mercados del extranjero de las riquezas artísticas que aún atesoran algunas de nuestras casas nobles y grandes, instituciones monásticas y toda clase de patronatos; todavía existen magnates de viejo abolengo, que, como el Duque de Medinaceli, guarda las suyas intangibles e impecables. El *Catálogo* de la casa de Berwick y de Alba será prolífico y fructuoso para el honor de la nación y la vulgarización de la cul-

tura patria, pues puede contribuir a contener esta deserción. Este *Catálogo*, que también por este concepto merece universales elogios, será la semilla fecunda de otros *Catálogos* semejantes, y tal vez el muro de contención a las vergonzosas disipaciones de que he hablado. Con esto, y sin esto, el Duque de Berwick y de Alba debe, con justicia, estar enorgullecido de su obra.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
Secretario general de la Junta de Iconografía Nacional.

BUENOS AIRES CAPITAL Y MUNICIPIO

I

EL RÉGIMEN MUNICIPAL ARGENTINO

El gran centro urbano formado por Buenos Aires, constituye, desde el punto de vista político, funcional, una Municipalidad (1). La historia de Buenos Aires como ciudad, es decir, como núcleo de cultura y de actividad, se confunde con el proceso de la nacionalidad argentina y con la evolución constitucional de la República: de un lado, por ser la Provincia de Buenos Aires una gran fuerza política, representativa de ideales y aspiraciones en pugna con las de otras Provincias; de otro, por los rozamientos y dificultades que tenía que suponer la posición de la ciudad, a la vez cabeza de una Provincia y capital de un Estado trabajado por tantas corrientes encontradas.

La vida y el régimen municipal de la Argentina, en el respecto público, debe hallarse en un período de crisis. Al decir del Sr. P. Torello, no hay verdaderos municipios. «Inútil es, escribe, que el art. 5.º de la Constitución nacional establezca el régimen municipal, como uno de los principios que las Constituciones de Provincia deben consagrar para asegurarse

(1) V. Sáenz Valiente: *Régimen municipal de la ciudad de Buenos Aires. Su organización y funcionamiento desde 1810*. Un vol. 1911.

el goce de sus instituciones, bajo la garantía del Gobierno de la nación (1), desde que el ejemplo demoledor viene de arriba.... De descenso en descenso, la institución municipal, que por tradición histórica y como organismo primario de todo régimen gubernamental, bajo todos los sistemas conocidos, por las funciones que tiende a llenar en la vida social, es, y debe ser, una entidad pura y exclusivamente administrativa, se convierta en un resorte de política, tanto más dañoso a la sociedad, cuanto más irresponsable y subalterno es el agente a quien se entrega para su manejo sin control... Así puede afirmarse, sin incurrir en un exceso de pesimismo, que el régimen municipal de la Constitución nacional no existe en la República, porque no puede decirse tal esas corporaciones híbridas...» (2).

No puedo juzgar de la exactitud del juicio copiado. Hasta donde me es posible apreciar las condiciones reales de la vida municipal, estimo que ella surge allí, y persistirá, como una demanda impuesta por las necesidades modernas que implican la formación de los grandes centros urbanos, aunque no ayude siempre la fuerza de una tradición, salvo en los casos de ciudades de historia. Y en esta no será excepcional el empuje, primero porque falta la acción de continuidad en la tradición, y luego porque la evolución institucional de la República, en el siglo de independencia, no ha favorecido la intensificación política de los núcleos urbanos y de las Municipalidades fuertes.

(1) El art. 5.º de la Constitución argentina dispone que «cada Provincia confederada dictará para sí una Constitución bajo el sistema republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución nacional, y que asegure la administración de justicia, su *régimen municipal y la educación primaria gratuita*».

(2) Torello: *El régimen municipal de la Constitución en la Revista Argentina de Ciencias Políticas*. Diciembre 1910, pág. 336.

II

LOS ANTIGUOS CABILDOS

Por de pronto, la época colonial no ha legado una tradición inmediata fuerte de *selfgovernment* local. Los antiguos cabildos eran quizá, como afirman López y Montes de Oca, verdaderas representaciones municipales vivas, con funciones claramente edilicias y cierta autonomía que se pierde—como en España—con la aplicación del régimen absoluto y de intervención, especialmente después de la erección del Virreynato del Río de la Plata en 1776; la Real ordenanza de Intendentes de Enero de 1782, establece la junta municipal compuesta del Alcalde y dos corregidores y el procurador, que asumen la administración de los municipios.

Esto no obstante, el gran Alberdi veía en ellos, o mejor, en las instituciones municipales del antiguo régimen español americano, «la raíz principal de la organización democrática argentina. Antes de la proclamación de la República, dice, la soberanía del pueblo existía en Sud-América, como hecho y como principio en el sistema municipal que nos habría dado España. El pueblo interviene entonces más que hoy en la administración pública de los negocios civiles y económicos... Los cabildos de las municipalidades, representación elegida por el pueblo, eran la autoridad que administraba en su nombre, sin ingerencia del poder» (1).

La Revolución, que se inició en el cabildo de Buenos Aires en Mayo de 1810, no levanta los cabildos. «De un antiguo cabildo español, escribió Alberdi, había salido a luz, el 25 de Mayo de 1810, el gobierno republicano de la Argentina; pero

(1) Alberdi: *Organización política y económica de la Confederación Argentina* en los *Elementos del Derecho público provincial argentino*. Edic. de 1856, páginas 261-262.

a los pocos años este gobierno devoró al autor de su existencia. El parricidio fué castigado con la pena del talión, pues la libertad republicana pereció a manos del despotismo político, restaurado sin el contrapeso que antes oponía la libertad municipal» (1). Lo cierto es que todo el gobierno local lo ejercen la Junta provisional gubernativa, o el triunvirato o el directorio (2). La Junta se ocupa con el aseo, higiene y estética de la ciudad, así como con la seguridad y comodidad de los vecinos. Rivadavia suprime, por fin, aquellas instituciones genuinamente concejiles, en el decreto de 24 de Mayo de 1821; verdad es que pensaba en dictar una *reglamentación general de Municipalidades*; pero no se realizó el pensamiento (3); «desde 1822 hasta 1852, sucede un verdadero eclipse en materia comunal»; es el período de la tiranía de Rosas.

(1) Alberdi. Ob. cit., pág. 262.

(2) V. Quiros y Emiliano: *Derecho administrativo*. II, p. 409 y sig.

(3) «Por una ley de Buenos Aires, de 24 de Mayo de 1821, fueron suprimidos los cabildos, entregada la justicia ordinaria que ellos ejercían a jueces letrados de primera instancia y a jueces de paz; toda la policía a un jefe y catorce comisarios, con atribuciones designadas por el gobernador, y elegibles por él todos los subrogantes del cabildo antes elegido por el pueblo. Esa ley de Rivadavia ha sido el brazo derecho de Rosas.» (Alberdi: Ob. cit., pág. 265, nota.)

«Destruída por las reformas legislativas de 1821, en Buenos Aires, la secular institución de los cabildos coloniales, que tan fecundos gérmenes de libertad sembraron en nuestro suelo, la nación perdió su tradición municipal. En el largo intervalo entre la segregación de las provincias y la Constitución de 1853, los cabildos fueron convirtiéndose, de *Salas capitulares*, en *Salas legislativas*, y después en *Legislaturas*, para que se realizase el propósito político de la reforma. Pero al ser suprimidas aquellas libres y vigorosas corporaciones, no fueron remplazadas por las que debían ejercer el poder municipal inherente a los hábitos del pueblo y a los nuevos principios de gobierno republicano representativo.» (González: *Manual de la Constitución Argentina*; Buenos Aires, 1897, pág. 717.)

III

ALBERDI Y SARMIENTO

Con la caída de la tiranía, resurge en el plano consiguiente de la reforma política, el grave problema del régimen municipal. El 2 de Octubre de 1852 ya se establece la Municipalidad de Buenos Aires. Son, en verdad, curiosas las ideas defendidas por Alberdi sobre la restauración de los municipios argentinos. «La historia, decía, nos enseña que en la organización local tiene principio el remedio de los males de un estado de cosas como el que aflige á los pueblos argentinos.» Y recuerda palabras muy oportunas de Echevarría: «La cuestión capital, decía éste, en punto a organización, era y es hallar un modo de institución que hiciese poco a poco apta la sociedad argentina para el régimen democrático... Esta institución debía ser educatriz como una escuela, conservadora y protectora como una autoridad social.»—«Ahora bien, ¿cuál es la institución única que en la Historia y en la práctica de las sociedades modernas llena de un modo más completo estas condiciones?—*La institución municipal*: ella debió ser el principio, la base *sine qua non* de la organización de la sociedad argentina» (1). El espíritu de Tocqueville influía enormemente en las ideas de Alberdi. «¿Tiene (pregunta más adelante Alberdi) Buenos Aires hoy día un cuerpo administrativo comparable al Cabildo que dió a luz el Gobierno de Mayo de 1810? ¿Pondríaís a su lado la policía militar que le reemplazó desde 1821?» (2) Y Alberdi razona la necesidad de resucitar por la ley la libertad municipal: al menos debía iniciarse esa resurrección legislativamente. «La organización local, más realizable y fácil, prenderá más pronto que la organización general, que se apoya regularmente en

(1) Alberdi: Ob. cit., págs. 263 y sigs.

(2) Ob. cit., págs. 263-264.

aquella. *La patria local, la patria del Municipio, del departamento, del partido, será el punto de arranque y de apoyo de la gran patria argentina.*» Y hace Alberdi el bosquejo de lo que debía ser un gobierno municipal. «Las Constituciones provinciales, escribe, deben poner en manos del vecindario, reunido y representado en los Cabildos de su elección, como sucedía antiguamente: 1.º, la Administración de justicia civil y criminal de primera instancia; 2.º, la policía de orden, de seguridad, de limpieza, de ornato; 3.º, la instrucción primaria de los niños del partido o vecindario; 4.º, los caminos y puentes, las calles y veredas; 5.º, la inmigración; 6.º, las rentas, los fondos, los medios de crédito y de todo género» (1). Casi todas las consideraciones que hace Alberdi en sus *Elementos* son admirable reflejo de la cultura política de entonces, y obra de político que quiere ver el problema de su pueblo en toda su complejidad constitucional y administrativa. Alberdi es el de la fórmula «Gobernar es poblar», y advertía certeramente la importancia que para la acción de la conquista del suelo por las gentes tendría la organización vigorosa de las Municipalidades —como en nuestra Edad Media;— y consecuente con su idea, decía que «las Constituciones locales debían conceder asiento en las Municipalidades a los extranjeros avecindados en su distrito, aunque no sean ciudadanos» (2).

Sarmiento veía el problema de otra manera. «Cuando las Provincias Unidas desconocieron toda autoridad central, se lee en sus *Comentarios de la Constitución*, Buenos Aires introdujo en sus instituciones el sistema representativo; y no habiendo en la Provincia otra Municipalidad que la de Buenos Aires, la Junta de representantes era un duplicado de esa misma Municipalidad con mayores atribuciones» (3). No admitía

(1) Alberdi: Ob. cit., págs. 266-268.

(2) Ob. cit., págs. 267-270. Comp. en los *Elementos*, del propio Alberdi, cap. IV, § VII, y el cap. VI del *Proyecto de Constitución para la Provincia de Mendoza* (pág. 356).

(3) *Obras de D. F. Sarmiento*: VIII. *Comentarios de la Constitución* (edic. 1895), pág. 246.

el paralelo con los Estados Unidos, porque allí la Legislatura provincial (de Estado), la Municipalidad—de Boston, de Nueva York...—tienen funciones distintas. «En las provincias argentinas no sucede así. Una Legislatura es una Municipalidad legislando, y no le da otro carácter la Constitución que examinamos. Si, pues, se restableciesen las antiguas Municipalidades con sus atribuciones, prerrogativas y restricciones según las leyes españolas, sería preciso suprimir la Legislatura, que hace doble juego en algunos puntos, y cuya presencia no sospechó la legislación española» (1).

El punto de vista de Sarmiento quiere explicar, de una manera realista, la dificultad de la creación y del funcionamiento de una Municipalidad en Buenos Aires como organismo distinto de su Estado, mientras la expansión territorial de la población y la formación política del Estado Nacional no ofreciesen los elementos positivos de una distinción entre *lo municipal, lo provincial y lo federal*.

IV

EL PROBLEMA DE LA CAPITALIDAD

El 2 de Setiembre de 1852, decíamos, se establece la *Municipalidad de Buenos Aires*. El decreto revela cierta idea de lo que debe ser una Municipalidad, como asociación de familias unidas por intereses, bienes y derechos, asociación con personalidad; propéndese en la organización de la Corporación municipal á la base popular. Pero el intento de Urquiza no se consolidó. El problema municipal perseguía, sin embargo, con cierto apremio a los hombres políticos del Plata. Cuando Buenos Aires se constituye en Estado independiente, dicta su ley Municipal de 11 de Octubre de 1854.

Pero no me propongo seguir paso a paso la historia de este

(1) Sarmiento: *Idem*, pág. 247.

régimen en la República Argentina (1); para mi objeto importa sólo fijar cómo se efectúa la última transformación política de Buenos Aires. Viene ella, según ya dije, impuesta por razones políticas e históricas, que pueden sintetizarse en el problema de la capitalidad nacional, para un Estado compuesto de elementos heterogéneos y trabajado por rivalidades internas.

Es bien sabido cuán grande importancia alcanza la cuestión de la capitalidad en los Estados, sobre todo, en los de formación federal, ó bien en aquellos en que es preciso armonizar intereses opuestos que entrañan rivalidades proyectadas en la estructura geográfica del país; una oposición del campo y la ciudad, como ha ocurrido en la Argentina. El celo natural por una autonomía reservada a los Estados, determinó en la América del Norte la fórmula de una capital nueva, federalizada en el distrito de Columbia, con su ciudad Wáshington.

En la Argentina, aunque, según el Dr. González afirma, «la capital es un resultado histórico que ha vencido a todos los propósitos legislativos en contrario» (2), como el propio escritor recuerda, no se llegó a vencer en victoria definitiva sino después de larga lucha. «Buenos Aires fué la capital del Virreynato, y después la de todos los gobiernos patrios, con raras e

(1) Una idea general de los caracteres actuales de los Municipios argentinos puede verse en el *Manual* del Dr. González, antes citado. Según este ilustre tratadista, «los Municipios, bajo el derecho constitucional y común, tienen una doble personalidad: pública, como «gobiernos» o «poderes» dotados de parte de la soberanía popular para el régimen de la localidad; y privada, en cuanto á los actos relativos á los bienes. Se forman por elección directa del pueblo de los respectivos distritos, ciudades o villas, según la división legal, con participación de los extranjeros... Sus poderes son, con raras excepciones, sólo dos: el deliberante y el ejecutivo; múltiple y con facultades y privilegios propios el primero, unipersonal siempre el segundo y elegido del seno de la Asambiea, llamada Concejo, con algunas excepciones, en que el Poder ejecutivo provincial nombra el funcionario con acuerdo del Senado local.» (Págs. 720-721.)

(2) *Manual* cit., pág. 290.

infructuosas interrupciones hasta 1853.» (1) El Congreso de 1853, siguiendo la inclinación de la Historia, declaró residencia de las autoridades federales la ciudad de Buenos Aires, bajo las condiciones que establecía una ley especial de compensación a la Provincia. Pero como el problema político fundamental era entonces el que imponía la oposición de la provincia de Buenos Aires a la Confederación, de la que dicha provincia se separaba en aquellos mismos momentos, no pudo resolverse la cuestión de la capitalidad. Buenos Aires, libre de Rosas, no aceptó la Constitución y se mantuvo aislada, hasta que sobrevino nueva guerra, y la Provincia ingresó en la Confederación, sin perjuicio de revisar la Constitución y considerar la propuesta de reforma que hiciera Buenos Aires. Paraná, que había sido designada como residencia del Gobierno en 1852, fué capital de la Confederación hasta 1862, «en que, terminada la guerra con Buenos Aires, el Gobierno convocó el Congreso para reunirse en la ciudad de Buenos Aires. Este Congreso siguió la tradición de sus antecesores, y declaró esa ciudad como capital, y federalizó todo su territorio como se había hecho con Entre Ríos; pero la Legislatura provincial rechazó aquella ley. Llegóse en seguida a un arreglo por el cual se declaraba residencia provisoria del Gobierno nacional, hasta que se cumpliera el art. 3.º de la Constitución, conservando entretanto la Nación y la Provincia sus respectivas jurisdicciones constitucionales. Cinco años después, en 1866, expirado el plazo para la revisión de la ley, sin que se adoptase la capital definitiva, el Poder Ejecutivo de la Nación, haciendo uso del derecho de las autoridades nacionales para fijar la residencia en cualquier punto del territorio, resolvió permanecer en Buenos Aires hasta la adopción de la residencia definitiva» (2).

La situación no resultaba satisfactoria. «Quejábanse los

(1) González: *Idem*, pág. 290.

(2) *Idem*: *Ob. cit.*, pág. 292.

E. M.—*Mayo 1912.*

miembros del Congreso, escribe el Dr. Matienzo, de que la seguridad de sus personas y la tranquilidad de sus deliberaciones dependiese de los agentes de la policía provincial. En 1869 se dictó una ley estableciendo la capital en la ciudad del Rosario; pero el Presidente Sarmiento le opuso su veto» (1). Hubo otras tentativas para llevar la capital a otros sitios de la República, pero sin éxito. El Presidente Avellaneda, al dirigirse al Congreso en 1879, proclamaba la necesidad de resolver el problema de la capitalidad y de Buenos Aires; declaraba inaceptable el sistema de la ciudad nueva de los Estados Unidos, y no siendo capital Buenos Aires, «la capital de la República, dice, debe serlo el Rosario...»

Pero, como recuerda el Dr. Matienzo, «los acontecimientos se precipitaron. El gobernador Tejedor organizó públicamente fuerzas militares en la ciudad de Buenos Aires, y desacatando, con ayuda de ellas, las órdenes del Gobierno nacional, decidió a éste a retirarse de esa ciudad al vecino pueblo de Belgrano, que ahora está incorporado a ella, y después de combates sangrientos en que las fuerzas nacionales triunfaron, el Congreso dictó dos leyes simultáneamente, el 21 de Setiembre de 1880, para dar solución definitiva á la cuestión capital» (2).

V

LA FEDERALIZACIÓN DE BUENOS AIRES

Los acontecimientos de 1880 vienen a consolidar la organización política nacional cuando se encontraron frente a frente el Presidente Avellaneda y el gobernador Tejedor. El general Roca, que siendo ministro realizaba la famosa campaña del Desierto conquistándolo para la civilización, que había de

(1) Matienzo: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina*, pág. 101-102.

(2) Matienzo: *Ob. cit.*, pág. 103.

ser el hombre de la paz con Chile, es el que sirve de eje de cristalización para esta etapa en que cesa la irreductible oposición entre la nación Argentina y una rica y difícil Provincia. La presidencia de Avellaneda, y antes la de Sarmiento, prepararon el espíritu provincial para «las grandes jornadas definitivas de 1880, dice el Dr. González, complicada también con una campaña presidencial. Vencido aquel vasto movimiento en campos de batalla... la influencia del espíritu provincial fué cada vez en más aumento, y no tardó en ponerse en tela de juicio el viejo problema de la capital de la República, que había quedado sin solución definitiva en los sucesos de 1852, 1859 y 1869. Esta fue la bandera de la nueva campaña electoral terminada en 1880 con la Presidencia del general Julio Al Roca. Las fuerzas políticas que condensaron y dirigieron la ejecución de su programa, realizaron una grande obra institucional y reconstructiva de la vida normal del país: la residencia de las autoridades de la Nación y de la provincia de Buenos Aires en la capital propia de éste, colocaba a la primera en condiciones de subordinación incompatibles con la esencia de los poderes y de la augusta dignidad que la Constitución les atribuía...» (1).

Nada, a mi juicio, más claro que este gran problema político e histórico. Mientras Buenos Aires, ciudad, fuera cabeza de Buenos Aires, Provincia, la unión federal—dígase nacional,—con propio Estado: la Argentina, una e indivisible, implicaba una hegemonía de una región sobre las demás; la ciudad europea, sobre el campo, que con la independencia creyera haber conquistado su plena libertad pampeana. Por otra parte, no era posible pensar en otra capital que no fuese la ciudad, cerebro hoy, de Buenos Aires... La solución estaba en separar políticamente de la provincia de Buenos Aires la

(1) González: *El juicio del siglo en la Nación del Centenario*, pág. 14. Comp. Rivarola: *Del régimen federativo al unitario*, págs. 319 y siguientes.

ciudad, para *nacionalizarla*; quizá es esta la expresión; esto es, que Buenos Aires fuese de todos los argentinos.

«Con la adopción de la capital definitiva—sigue diciendo el Dr. González,—después de reducidos los poderes de Buenos Aires, por la fuerza de las armas, a la condición de poder cumplir las formas constitucionales de las cesiones de territorio, preestablecidas en el art. 3.º, lo que se hizo por la ley de 21 de Setiembre de 1880 y la Provincial de 8 de Diciembre..., la Provincia creó su capital propia la ciudad de La Plata... En cuanto á la ciudad histórica de Buenos Aires, enaltecida al rango de Metrópoli de la Nación, neutralizada de dependencias morales y políticas de ninguna provincia en particular, adquirió de súbito un desarrollo imprevisto, condensó la atención de los poderes nacionales y de sus grandes recursos de edilidad y vida económica...» (1).

VI

LA POSICIÓN POLÍTICA DE BUENOS AIRES

Pero es tiempo de que nos detengamos á considerar, aunque sea brevemente, la organización municipal de Buenos Aires federalizada.

La Ley de 21 de Setiembre de 1880 declaraba capital de la República al Municipio de la ciudad de Buenos Aires, previa la cesión del Municipio por la legislatura provincial (2), bajo sus límites actuales. En el *Digesto Municipal* (3) se define, en su primer capítulo, la posición política, territorial y jurisdic-

(1) González: Art. cit., pág. 14.

(2) *Digesto Municipal de la ciudad de Buenos Aires*, edic. de 1907.

(3) Para el caso de una demora excesiva, se disponía la convocatoria de una Convención que reformase el art. 3.º de la Constitución, designando la capital definitiva; pero la Legislatura de Buenos Aires hizo la cesión del territorio en las condiciones de la ley, y, más tarde, agregó los municipios de Flores y Belgrano. (González: *Manual cit.*, pág. 294.)

cional de la ciudad. «Todos los establecimientos y edificios públicos (de Buenos Aires) se dice quedan bajo la jurisdicción de la Nación, sin que los municipales pierdan por esto su carácter.» El término del Municipio, ya lo hemos indicado en otro capítulo; la capital federal, forma en su territorio una Municipalidad con persona jurídica, que representa la entidad municipal de la ciudad. Coinciden, hasta cierto punto, en la agrupación capital, estos tres factores sociológicos, que no siempre se integran en una misma unidad y sistema: la *aglomeración urbana*, formada por la atracción del puerto y por la consolidación de un núcleo generador—el antiguo Buenos Aires;—la *ciudad*, obra de la continuidad histórica, y la *municipalidad*, obra de la ley. La ley ha venido a crear una nueva entidad. «El distrito federal, cuyo propio gobierno es el de la Nación, y que concurre, como las demás provincias, á la formación de los poderes y al ejercicio del gobierno general» (1).

El régimen político y administrativo de Buenos Aires entraña estas dos relaciones: una, respecto de los poderes federales, y otra como entidad municipal. En la primera, la capital es, según indicamos—con arreglo á la Constitución,—un distrito para los fines de la elección de diputados de la Nación y de senadores y del Presidente de la República, y está bajo la dependencia legislativa del Congreso; pues, según el artículo 67, núm. 27, de la Constitución, es atribución de aquél «ejercer una legislación exclusiva en todo el territorio de la capital de la Confederación»; y además, el Presidente, según el art. 86, núm. 3, de la misma Constitución, «es el jefe inmediato y local de la capital de la Confederación». Resulta así una situación política muy especial la de Buenos Aires capital; tiene, como Legislatura local, el Congreso, y como jefe inmediato municipal-político, al Presidente de la República. Pero tiene además Buenos Aires su propia Municipalidad, compuesta, según su ley Orgánica, de un *Concejo deliberante* y de un *Departa-*

(1) González: *Manual*, pág. 294. (V. art. 36, 46, 81.)

mento Ejecutivo, y revestida del carácter, como ya indicamos, de persona jurídica, continuación del anterior Municipio de la ciudad. Las dos Instituciones municipales se han organizado, según el sistema de la separación de poderes; es decir, la representación corporativa del Municipio no tiene verdadera autoridad respecto del jefe del departamento ejecutivo, o sea del Intendente municipal, que no es, en tal concepto, un Alcalde popular, sino un funcionario dependiente del Presidente de la República, que lo nombra por tres años; es un funcionario que tiene más de prefecto del Sena que de Alcalde o Mayor de Nueva York, y que no puede equipararse al Alcalde de Madrid, aunque éste sea nombrado libremente por el Gobierno, a causa de la posición, respecto de la Corporación del Concejo. Para juzgar de este régimen, no debe olvidarse que Buenos Aires es la capital federal; un Alcalde de elección popular proyectaría una cierta sombra sobre el Presidente.

VII

EL INTENDENTE MUNICIPAL Y EL CONCEJO DELIBERANTE

El Intendente municipal, como digo, lo nombra por tres años el Presidente; no puede serlo quien pertenece al propio tiempo al Concejo; tiene grandes atribuciones en materia o nombramiento de sus empleados; presenta al Concejo el presupuesto general de la administración y los proyectos sobre impuestos y recursos municipales; representa cerca de la Nación a la Municipalidad, y en los juicios o contiendas y contratos; puede imponer multa según las ordenanzas de cuyo cumplimiento está encargado; pone en ejecución el presupuesto municipal, ordena los pagos, y recauda los impuestos y rentas del Municipio, etc. En sus relaciones con el Concejo deliberante, deben tenerse en cuenta estas indicaciones: 1.^a Que puede concurrir sin voto a sus sesio-

nes. 2.^a Que puede prorrogar éstas por asuntos de urgente interés y convocarlas con carácter de extraordinarias. 3.^a Que está facultado para presentar al Concejo proyectos de ordenanzas, acompañados de mensajes, y dar a aquél los informes que le pida. 4.^a Que debe presentar al Concejo una memoria anual del estado general de la administración. 5.^a Que puede ser denunciado ante el Concejo deliberante por mala conducta o negligencia grave en el desempeño de sus funciones, estando facultado el Concejo para proceder a la formación de causa, que se seguirá ante un jurado, presidido por el Juez federal más antiguo de la capital, haciéndose representar el Concejo por dos de sus miembros.

El *Concejo deliberante*, la verdadera representación corporativa legal del Municipio, se compone de varios miembros elegidos por la capital, formando un solo distrito electoral, y por un período de cuatro años, renovándose el Concejo por mitad cada dos. El sistema electoral es por lista de diez y seis miembros, tomándose el resto de los otros candidatos que hubieran obtenido la mayoría relativa. La base electoral, no es democrática, pues para ser elector es preciso saber leer y escribir y pagar una cierta cuota contributiva o ejercer alguna profesión liberal dentro del Municipio; tienen derecho de sufragio los extranjeros, que también pueden ser elegidos, si además de reunir las condiciones de edad, riqueza o condición exigidas a los ciudadanos, pagan impuesto que no baje de mil pesos, poseen el idioma nacional y se hallan domiciliados en el municipio desde cinco años antes de la elección. Las atribuciones del Concejo deliberante, aparte las relativas al personal dependiente, imposición de ciertas multas, creación de un Cuerpo de Inspectores municipales, investigaciones administrativas, aceptar o repudiar donaciones y legados, se refieren con cierta amplitud a asuntos de Hacienda, de Obras públicas, seguridad, higiene, beneficencia y moralidad pública.

La intervención de los extranjeros en el Concejo no es una pura teoría de la ley. Cuando yo lo visitaba en 1910, forma-

ba parte de él un español, riojano, gran comerciante, el señor Sáez. La idea que parece presidir la organización del Concejo deliberante, es que el Municipio es un grupo de intereses, o más bien una empresa *de ricos*; podría creerse que la vida municipal es algo que sólo importa a las gentes de la propiedad, del comercio, de las profesiones liberales. Estamos lejos del Municipio popular contemporáneo, de la ciudad baluarte inmediato de las democracias. Acaso esta falta de raíz popular, de difusión del interés municipal por la masa, explique el fenómeno de la indiferencia social frente la vida de las instituciones municipales. No conozco bastante el problema local de Buenos Aires para emitir un juicio razonable. Pero tomo como indicación sintomática estas manifestaciones que leo en un artículo del Sr. Sáenz Valiente en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (1). Recuerda este autor la situación política general, señalando «la falta de concordia entre el progreso material y el intelectual y moral. Tanto en el orden político, como en el orden municipal, el fenómeno reviste igual trascendencia e intensidad; en uno y otro vemos desiertos los comicios, abandonadas las urnas por los ciudadanos honestos, entregado el mecanismo electoral a la acción de partidos sin principios o de caudillos sin moral...» Y estima el Sr. Sáenz que siendo mala la realidad en política, «en el orden comercial es aún peor. Jamás, dice, ha habido verdaderos partidos, sino tan sólo simples conglomerados de individuos, entidades amorfas y sin cohesión alguna, agrupaciones heterogéneas y transitorias, nacidas ante la elección para morir tras ella, después de haber vivido la vida efímera de las colectividades irresponsables...»

Pero, repito que no puedo formular juicio fundado sobre la marcha del Concejo: instalado en edificio nada suntuoso, es éste una institución con la cual hube de mantener relaciones estrechas, que me honraron sobre manera. Su presidente en-

(1) Noviembre 1911. Artículo sobre *Un partido municipal*.

tonces, el Dr. Carlos M. Coll, hombre culto, muy interesado en acentuar la labor social del Concejo, mediante la construcción de casas para obreros y la organización de bibliotecas populares, hubo de encargarme, con la anuencia del Concejo mismo, ciertos trabajos de reorganización de la *Biblioteca* del Municipio, y es ésta una de las manifestaciones de confianza recibidas en la Argentina, que en mayor estimación tengo (1).

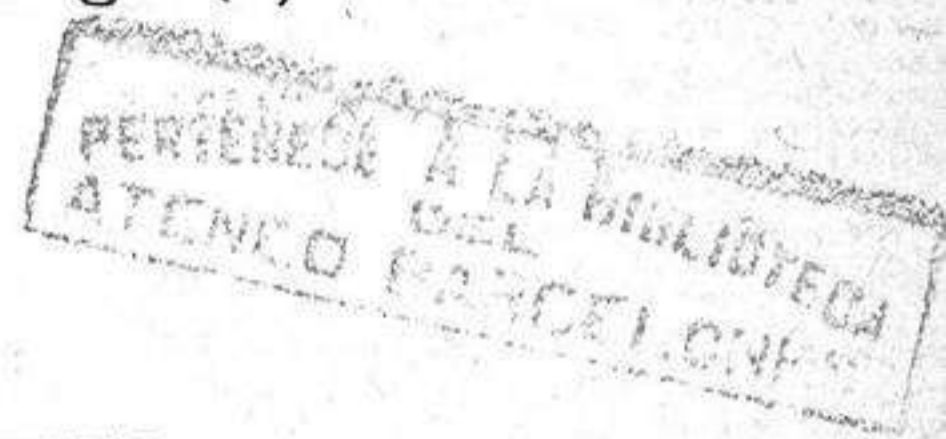
VIII

DIFICULTADES DE LA MUNICIPALIDAD DE LA CAPITAL

Hablando con un distinguido político de la Argentina, me señalaba las grandes dificultades que se ofrecen en Buenos Aires, para crear y desarrollar una fuerte y vigorosa Municipalidad. No puede prescindirse de que es la residencia de los poderes nacionales: una Municipalidad popular fuerte, ¿sería un peligro, suscitaría rozamientos? No debe olvidarse la historia de la Argentina. El Presidente no ha de tener cerca quien proyecte sobre su representación ninguna sombra: tienen que estar él y el Congreso en Buenos Aires como en su casa, jamás de huéspedes. Siempre, y en todo tiempo, han sido peligrosos los grandes municipios fuertes, como capitales nacionales: recuérdese París. Para la Argentina es más Buenos Aires, hoy por hoy, que París para Francia. Por otra parte, el Congreso es una representación en cierto modo propia para la ciudad misma; es su legislatura. ¿Qué falta hace otra asamblea local, de base democrática popular? Quizá lo más adecuado sería algo como un gobierno municipal, por comisiones responsables, ejecutivas...

—Pero, ¿elegido? Porque, ¿es posible que una gran ciudad renuncie a su autonomía, a una representación propia, a una

(1) V. mi libro *En América, Una campaña*. Madrid, 1911.



inspección directa, mediante el voto, de sus intereses? Buenos Aires no es el mismo caso de Wáshington; sería análogo al caso de Nueva-York suponiendo la enorme ciudad, capital federalizada de la Unión. El problema es difícil.

—Y cada día lo será más, porque es bien sabido que en las ciudades es donde se plantean hoy con más intensidad los problemas del bienestar común, las luchas entre la propiedad y la pobreza. La ciudad futura imaginase como el centro donde puede llegarse a una más orgánica consolidación de las aspiraciones generales, a socializar los medios de bienestar y de goce. Cuando el socialismo lucha por lograr las primeras reivindicaciones en la economía nacional, suele haber conseguido grandes victorias en la vida municipal. Ejemplo, las ciudades inglesas hace ya tiempo. No olvidemos la significación del movimiento de municipalización de servicios públicos.

—La solución podría venir si se lograra crear una vida municipal sustantiva, con problemas propios distintos de los problemas nacionales, con partidos propios para resolverlos, de suerte que no resultaran comprometidos y arrastrados por la acción absorbente y deslocadora de los partidos de la Nación. Logrado eso, abstractamente se ve la posibilidad de la coexistencia de una Municipalidad fuerte, aunque sea en la residencia de los poderes federales.

Y mi ilustre amigo recordaba la orientación de la reforma municipal norteamericana, que va muy en el sentido que acabamos de indicar, y por mi parte, le refería el gran esfuerzo intentado en España con la reforma del régimen local del señor Maura, en combinación con la reforma electoral, para apartar la vida y administración de los Municipios del engranaje triturador de los partidos.

Posteriormente, en el año 1911, y con ocasión de la renovación del Concejo deliberante de Buenos Aires, prodújose, al parecer, allí, cierto movimiento municipalista, en el sentido de crear una política genuinamente municipal, movimiento que cristalizó en un partido municipal llamado *Unión comunal*.

«Para el nuevo partido, la política nacional y la municipal deben ser independientes» (1). «Revestirá, dice el programa de la *Unión*, el doble carácter de partido político y asociación de fomento edilicio, interviniendo en las contiendas electorales que interesan al régimen municipal, no como un fin principal de su constitución, sino como el medio más eficaz de facilitar la realización de su programa», en el cual se mantienen estos puntos principales: 1.º Autonomía absoluta de la municipalidad. 2.º Municipalización de las obras de salubridad. 3.º Impuesto al mayor valor de las fincas beneficiadas por obras municipales. 4.º Supresión de los impuestos municipales de Consumos. 5.º Municipalización de servicios públicos (2).

IX

EL PRESUPUESTO MUNICIPAL

Completaré estas indicaciones sobre el Municipio de Buenos Aires con algunas cifras sobre su Hacienda, tal cual éste se refleja en sus presupuestos. Tengo a la vista los de los cinco últimos años. Me limitaré a dar los totales de gastos acordados, y los recursos calculados para cubrirlos:

	<u>P. M. N.</u>	
Año 1907 Presupuesto ordinario.....	19.211.025,64	
— Idem extraordinario..	1.540.264,36	
<i>Total</i>		20.751.300.
Cálculos de recursos.....	20.751.300	

El presupuesto extraordinario cubriase con el excedente de recursos sobre los gastos:

(1) Sáenz Valiente: Loc. cit., pág. 170.

(2) Ídem íd.: Loc. cit.

	<u>P. M. N.</u>	
Año 1908. Presupuesto ordinario.....	22.398.435,35	
— Idem extraordinario.....	<u>4.828.208,65</u>	
<i>Total</i>		27.226.644.
Cálculo de recursos. Ordinarios.....	24.936.850	
Extraordinarios.....	<u>2.289.794</u>	
<i>Total</i>		27.226.644.
Año 1909. Presupuesto ordinario.....	23.617.586,31	
— Idem extraordinario.....	<u>6.942.043,95</u>	
<i>Total</i>		30.559.630,26.
Cálculo de recursos. Ordinarios.....	27.236.900,00	
Extraordinarios.....	<u>3.322.730,26</u>	
<i>Total</i>		30.557.630,26.
Presupuesto ordinario	26.419.656,66	
Idem extraordinario.....	<u>5.185.041,01</u>	
<i>Total</i>		31.604.697,67.
Cálculo de recursos. Ordinarios.....	29.429.700,—	
Extraordinarios.....	<u>2.174.997,67</u>	
<i>Total</i>		31.604.697,27.
Año 1911. Gastos.....	36.823.286,56	
Cálculo de recursos.....	36.823.286,56	

ADOLFO POSADA

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

En el fondo del abismo.

Parce unicae spēs totius orbis.

TERTULLIANUS, *Adversus Marcionem*, 5.

Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible. El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza.

Tuvimos que abandonar, desengañados, la posición de los que quieren hacer verdad racional y lógica del consuelo, pretendiendo probar su racionalidad, o por lo menos su no irracionalidad, y tuvimos también que abandonar la posición de los que querían hacer de la verdad racional consuelo y motivo de vida. Ni una ni otra de ambas posiciones nos satisfacía. La

una riña con nuestra razón, la otra con nuestro sentimiento. La paz entre estas dos potencias se hace imposible, y hay que vivir de su guerra. Y hacer de ésta, de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual.

Ni cabe aquí tampoco ese expediente repugnante y grosero que han inventado los políticos, más o menos parlamentarios, y a que llaman una fórmula de concordia, de que no resulten ni vencedores ni vencidos. No hay aquí lugar para el pasteleo. Tal vez una razón degenerada y cobarde llegase a proponer tal fórmula de arreglo, porque en rigor la razón vive de fórmulas; pero la vida, que es in formulable; la vida, que vive y quiere vivir siempre, no acepta fórmulas. Su única fórmula es: o todo o nada. El sentimiento no transige con términos medios.

Initium sapientiae timor Domini, se dijo, queriendo acaso decir *timor mortis*, o tal vez *timor vitae*, que es lo mismo. Siempre resulta que el principio de la sabiduría es un temor.

Y este escepticismo salvador de que ahora voy a hablaros, ¿puede decirse que sea la duda? Es la duda, sí, pero es mucho más que la duda. La duda es con frecuencia una cosa muy fría, muy poco vitalizadora, y, sobre todo, una cosa algo artificiosa, especialmente desde que Descartes la rebajó al papel de método. El conflicto entre la razón y la vida es algo más que una duda. Porque la duda con facilidad se reduce a ser un elemento cómico.

La duda metódica de Descartes es una duda cómica, una duda puramente teórica, provisoria, es decir, la duda de uno que hace como que duda sin dudar. Y porque era una duda de estufa, el hombre que concluyó que existía de que pensaba, no aprobaba «esos humores turbulentos (*brouillones*) e inquietos que, no siendo llamados ni por su nacimiento ni por su fortuna al manejo de los negocios públicos, no dejan de hacer siempre en idea alguna nueva reforma», y se dolía de que pudiera haber algo de esto en su escrito. No; él, Descartes, no se propuso sino «reformar sus propios pensamientos y edificar sobre un ci-

miento suyo propio». Y se propuso no recibir por verdadero nada que no conociese evidentemente ser tal, y destruir todos los prejuicios e ideas recibidas para construirse de nuevo su morada intelectual. Pero «como no basta, antes de comenzar a reconstruir la casa en que se mora, abatirla y hacer provisión de materiales y arquitectos, o ejercitarse uno mismo en la arquitectura..., sino que es menester haberse provisto de otra en que pueda uno alojarse cómodamente mientras trabaja», se formó una moral provisional—*une morale de provision*,—cuya primera ley era obedecer a las costumbres de su país y retener constantemente la religión en que Dios le hizo la gracia de que se hubiese instruído desde su infancia, gobernándose en todo según las opiniones más moderadas. Vamos, sí, una religión provisional, y hasta un Dios provisional. Y escogía las opiniones más moderadas, por ser «las más cómodas para la práctica». Pero más vale no seguir.

Esta duda cartesiana, metódica o teórica, esta duda filosófica de estufa, no es la duda, no es el escepticismo, no es la incertidumbre de que aquí os hablo, ¡no! Esta otra duda es una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica. Porque la ciencia destruye el concepto de personalidad, reduciéndolo a un complejo en continuo flujo de momentos, es decir, destruye la base misma sentimental de la vida del espíritu, que, sin rendirse, se revuelve contra la razón.

Y esta duda no puede valerse de moral alguna de provisión, sino que tiene que fundar su moral, como veremos, sobre el conflicto mismo, una moral de batalla, y tiene que fundar sobre sí misma la religión. Y habita una casa que se está derruyendo de continuo y a la que de continuo hay que restablecer. De continuo la voluntad, quiero decir, la voluntad de no morirse nunca, la irresignación a la muerte, fragua la morada de la vida, y de continuo la razón la está abatiendo con vendavales y chaparrones.

Aún hay más, y es que en el problema concreto vital que

nos interesa, la razón no toma posición alguna. En rigor, hace algo peor aún que negar la inmortalidad del alma, lo cual sería una solución, y es que desconoce el problema como el deseo vital nos lo presenta. En el sentido racional y lógico del término problema no hay tal problema. Esto de la inmortalidad del alma, de la persistencia de la conciencia individual, no es racional, cae fuera de la razón. Es como problema, y aparte de la solución que se le dé, irracional. Racionalmente carece de sentido hasta el plantearlo. Tan inconcebible es la inmortalidad del alma, como es, en rigor, su mortalidad absoluta. Para explicarnos el mundo y la existencia—y tal es la obra de la razón,—no es menester supongamos ni que es mortal ni inmortal nuestra alma. Es, pues, una irracionalidad el solo planteamiento del supuesto problema.

Oigamos al hermano Kierkegaard, que nos dice: «Donde precisamente se muestra el riesgo de la abstracción, es respecto al problema de la existencia cuya dificultad resuelve soslayándola, jactándose luego de haberlo explicado todo. Explica la inmortalidad en general, y lo hace egregiamente, identificándola con la eternidad; con la eternidad, que es esencialmente el medio del pensamiento. Pero que cada hombre singularmente existente sea inmortal, que es precisamente la dificultad, de esto no se preocupa la abstracción. No le interesa; pero la dificultad de la existencia es el interés del existente; al que existe le interesa infinitamente existir. El pensamiento abstracto no le sirve a mi inmortalidad sino para matarme en cuanto individuo singularmente existente, y así hacerme inmortal, poco más o menos a la manera de aquel doctor de Holberg, que con su medicina quitaba la vida al paciente, pero le quitaba también la fiebre. Cuando se considera un pensador abstracto que no quiere poner en claro y confesar la relación que hay entre su pensamiento abstracto y el hecho de que él sea existente, nos produce, por excelente y distinguido que sea, una impresión cómica, porque corre el riesgo de dejar de ser hombre. Mientras un hombre efectivo, compuesto de infi-

nitid y de finitud, tiene su efectividad precisamente en mantener juntas esas dos y se interesa infinitamente en existir, un semejante pensador abstracto es un sér doble, un sér fantástico que vive en el puro ser de la abstracción, y a las veces la triste figura de un profesor que deja a un lado aquella esencia abstracta como deja el bastón. Cuando se lee la vida de un pensador así—cuyos escritos pueden ser excelentes,—tiembla uno ante la idea de lo que es ser hombre. Y cuando se lee en sus escritos que el pensar y el ser son una misma cosa, se piensa, pensando en su vida, que ese ser que es idéntico al pensar, no es precisamente ser hombre.» (*Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, cap. 3.)

¡Qué intensa pasión, es decir, qué verdad encierra esta amarga invectiva contra Hegel, prototipo del racionalista, que nos quita la fiebre quitándonos la vida, y nos promete, en vez de una inmortalidad concreta, una inmortalidad abstracta, como si fuese abstracta, y no concreta, el hambre de ella, que nos consume!

Podrá decirse, sí, que muerto el perro se acabó la rabia, y que después que me muera no me atormentará ya esta hambre de no morir, y que el miedo a la muerte, o mejor dicho, a la nada, es un miedo irracional, pero... Sí, pero... *¡E pur si muove!* Y seguirá moviéndose. ¡Cómo que es la fuente de todo movimiento!

Mas no creo esté del todo en lo cierto el hermano Kierkegaard, porque el mismo pensador abstracto, o pensador de abstracciones, piensa *para* existir, para no dejar de existir, o tal vez piensa para olvidar que tendrá que dejar de existir. Tal es el fondo de la pasión del pensamiento abstracto. Y acaso Hegel se interesaba tan infinitamente como Kierkegaard en su propia, concreta y singular existencia, aunque para mantener el decoro profesional de filósofo del Estado lo ocultase. Exigencias del cargo.

La fe en la inmortalidad es irracional. Y, sin embargo, fe, vida y razón se necesitan mutuamente. Ese anhelo vital no es

propiamente problema, no puede tomar estado lógico, no puede formularse en proposiciones racionalmente discutibles, pero se nos plantea, como se nos plantea el hambre. Tampoco un lobo que se echa sobre su presa para devorarla, o sobre la loba para fecundarla, puede plantearse racionalmente y como problema lógico su empuje. Razón y fe son dos enemigos que no pueden sostenerse el uno sin el otro. Lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional. Tienen que apoyarse uno en otro, y asociarse. Pero asociarse en lucha, ya que la lucha es un modo de asociación.

En el mundo de los vivientes, la lucha por la vida, *the struggle for life*, establece una asociación, y estrechísima, no ya entre los que se unen para combatir a otro, sino entre los que se combaten mutuamente. ¿Y hay, acaso, asociación más íntima que la que se traba entre el animal que se come a otro y éste que es por él comido, entre el devorador y el devorado? Y si esto se ve claro en la lucha de los individuos entre sí, más claro aún se ve en la de los pueblos. La guerra ha sido siempre el más completo factor de progreso, más aún que el comercio. Por la guerra es como aprenden a conocerse y, como consecuencia de ello, a quererse vencedores y vencidos.

Al cristianismo, a la locura de la cruz, a la fe irracional en que el Cristo había resucitado para resucitarnos, le salvó la cultura helénica racionalista, y a ésta el cristianismo. Sin éste, sin el cristianismo, habría sido imposible el Renacimiento; sin el Evangelio, sin San Pablo, los pueblos que habían atravesado la Edad Media no habrían comprendido ni a Platón ni a Aristóteles. Una tradición puramente racionalista es tan imposible como una tradición puramente religiosa. Suele discutirse si la Reforma nació como hija del Renacimiento o en protesta a éste, y cabe decir que las dos cosas, porque el hijo nace siempre en protesta contra el padre. Dícese también que fueron los clásicos griegos redivivos los que volvieron a hombres como Erasmo a San Pablo y al cristianismo primitivo, el más irracional; pero cabe retrucar diciendo que fue San Pablo, que fue

la irracionalidad cristiana que sustentaba su teología católica, lo que les volvió a los clásicos. «El cristianismo es lo que ha llegado a ser—se dice—sólo por su alianza con la antigüedad, mientras entre los coptos y etíopes no es sino una bufonada. El Islam se desenvolvió bajo el influjo de cultura persa y griega, y bajo el de los turcos se ha convertido en destructora incultura» (1).

Salimos de la Edad Media y de su fe tan ardiente como en el fondo desesperada, y no sin íntimas y hondas incertidumbres, y entramos en la edad del racionalismo, no tampoco sin sus incertidumbres. La fe en la razón está expuesta a la misma insostenibilidad racional que toda otra fe. Y cabe decir con Roberto Browning, que «todo lo que hemos ganado con nuestra incredulidad es una vida de duda diversificada por la fe, en vez de una de fe diversificada por la duda».

*All we have gained then by our unbelief
Is a life of doubt diversified by faith,
For one of faith diversified by doubt.*

(BISHOP BLOUGRAM'S APOLOGY.)

Y es que, como digo, si la fe, la vida, no se puede sostener sino sobre razón que la haga trasmisible—y ante todo trasmisible de mí a mí mismo, es decir, refleja y conciente,—la razón a su vez no puede sostenerse sino sobre fe, sobre vida, siquiera fe en la razón, fe en que ésta sirve para algo más que para conocer, sirve para vivir. Y, sin embargo, ni la fe es trasmisible o racional, ni la razón es vital.

La voluntad y la inteligencia se necesitan, y a aquel viejo aforismo de *nihil volitum quin praecognitum*, no se quiere nada que no se haya conocido antes, no es tan paradójico como a primera vista parece retrucarlo diciendo *nihil cognitum quin praevolitum*, no se conoce nada que no se haya antes querido. «El conocimiento mismo del espíritu, como tal—escribe Vinet

(1) Vide Troeltsch, en *Systematische christliche Religion*, de la colección *Die Kultur der Gegenwart*.

en su estudio sobre el libro de Cousin acerca de los *Pensamientos* de Pascal,—necesita del corazón. Sin el deseo de ver, no se ve; en una gran materialización de la vida y del pensamiento, no se cree en las cosas del espíritu.» Ya veremos que creer es en primera instancia querer creer.

La voluntad y la inteligencia buscan cosas opuestas: aquélla, absorber al mundo en nosotros, apropiárnoslo; y ésta, que seamos absorbidos en el mundo. ¿Opuestas? ¿No son más bien una misma cosa? No, no lo son, aunque lo parezca. La inteligencia es monista o panteísta, la voluntad es monoteísta o egotista. La inteligencia no necesita algo fuera de ella en que ejercerse; se funde con las ideas mismas, mientras que la voluntad necesita materia. Conocer algo, es hacerme aquello que conozco; pero para servirme de ello, para dominarlo, ha de permanecer distinto de mí.

Filosofía y religión son enemigas entre sí, y por ser enemigas se necesitan una a otra. Ni hay religión sin alguna base filosófica, ni filosofía sin raíces religiosas; cada una vive de su contraria. La historia de la filosofía es, en rigor, una historia de la religión. Y los ataques que a la religión se dirigen desde un punto de vista presunto científico o filosófico, no son sino ataques desde otro adverso punto de vista religioso. «La colisión que ocurre entre la ciencia natural y la religión cristiana no lo es, en realidad, sino entre el instinto de la religión natural, fundido en la observación natural científica, y el valor de la concepción cristiana del universo, que asegura al espíritu su preeminencia en el mundo natural todo», dice Ritschl (*Rechtfertigung und Versöhnung*, III, cap. 4, § 28). Ahora, que ese instinto es el instinto mismo de racionalidad. Y el idealismo crítico de Kant es de origen religioso, y para salvar a la religión es para lo que franqueó Kant los límites de la razón después de haberla en cierto modo disuelto en escepticismo. El sistema de antítesis, contradicciones y antinomias sobre que construyó Hegel su idealismo absoluto, tiene su raíz y germen en Kant mismo, y esa raíz es una raíz irracional.

Ya veremos más adelante, al tratar de la fe, cómo ésta no es en su esencia sino cosa de voluntad, no de razón, como creer es querer creer, y creer en Dios ante todo y sobre todo es querer que le haya. Y así, creer en la inmortalidad del alma es querer que el alma sea inmortal, pero quererlo con tanta fuerza que ésta querencia, atropellando a la razón, pasa sobre ella. Mas no sin represalia.

El instinto de conocer y el de vivir, o más bien de sobrevivir, entran en lucha. El Dr. E. Mach, en su obra sobre «El análisis de las sensaciones y la relación de lo físico a lo psíquico» (*Die Analyse der Empfindungen und das Verhältniss des Physischen zum Psychischen*), nos dice en una nota (I. L, § 12), que también el investigador, el sabio *der Forscher*, lucha en la batalla por la existencia, que también los caminos de la ciencia llevan a la boca, y que no es todavía sino un ideal en nuestras actuales condiciones sociales el puro instinto de conocer, *der reine Erkenntnisstrieb*. Y así será siempre. *Primum vivere, deinde philosophari*, o mejor acaso: *primum supervivere ó superesse*.

Toda posición de acuerdo y armonía persistentes entre la razón y la vida, entre la filosofía y la religión, se hace imposible. Y la trágica historia del pensamiento humano no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquélla empeñada en racionalizar a ésta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la mortalidad; y ésta, la vida, empeñada en vitalizar a la razón obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales. Y esta es la historia de la filosofía, inseparable de la historia de la religión.

El sentimiento del mundo, de la realidad objetiva, es necesariamente subjetivo, humano, antropomórfico. Y siempre se levantará frente al racionalismo el vitalismo, siempre la voluntad se erguirá frente a la razón. De donde el ritmo de la historia de la filosofía y la sucesión de períodos en que se impone la vida produciendo formas espiritualistas, y otros en que la razón se impone, produciendo formas materialistas, aunque

a una y otra clase de formas de creer se las disfrace con otros nombres. Ni la razón ni la vida se dan por vencidas nunca. Mas sobre esto volveremos en el próximo ensayo.

La consecuencia vital del racionalismo sería el suicidio. Lo dice muy bien Kierkegaard: «El suicidio es la consecuencia de existencia (1) del pensamiento puro... No elogiamos el suicidio, pero sí la pasión. El pensador, por el contrario, es un curioso animal, que es muy inteligente a ciertos ratos del día, pero que, por lo demás, nada tiene de común con el hombre.» (*Afs-luttende uvidenskabelig Efterskrift*, cap. 3, § 1).

Como el pensador no deja, a pesar de todo, de ser hombre, pone la razón al servicio de la vida, sépalo o no. La vida engaña a la razón, y ésta a aquélla. La filosofía escolástico-aristotélica, al servicio de la vida, fraguó un sistema teleológico-evolucionista de metafísica, al parecer racional, que sirviese de apoyo a nuestro anhelo vital. Esa filosofía, base del sobrenaturalismo ortodoxo cristiano, sea católico o sea protestante, no era, en el fondo, sino una astucia de la vida para obligar a la razón a que la apoyase. Pero tanto la apoyó ésta, que acabó por pulverizarla.

He leído que el ex-carmelita Jacinto Loyson decía poder presentarse a Dios tranquilo, pues estaba en paz con su conciencia y con su razón. ¿Con qué conciencia? ¿Con la religiosa? Entonces no lo comprendo. Y es que no cabe servir a dos señores, y menos cuando estos dos señores, aunque firmen treguas y armisticios y componendas, son enemigos por ser opuestos sus intereses.

No faltará a todo esto quien diga que la vida debe someterse a la razón, a lo que contestaremos que nadie debe lo que no puede, y la vida no puede someterse a la razón. «Debe, luego puede», replicará algún kantiano. Y le contrarreplicaremos:

(1) Dejo así, casi sin traducir, su expresión original *Existents-Consequents*. Quiere decir la consecuencia existencial o práctica, no de razón pura o lógica.

«no puede, luego no debe». Y no lo puede, porque el fin de la vida es vivir, y no lo es comprender.

Ni ha faltado quien haya hablado del deber religioso de resignarse a la mortalidad. Es ya el colmo de la aberración y de la insinceridad. Y a esto de la sinceridad vendrá alguien oponiéndonos la veracidad. Sea, mas ambas cosas pueden muy bien conciliarse. La veracidad, el respeto a lo que creo ser lo racional, lo que lógicamente llamamos verdad, me mueve a afirmar una cosa en este caso: que la inmortalidad del alma individual es un contrasentido lógico, es algo no sólo irracional, sino contra-racional; pero la sinceridad me lleva a afirmar también, que no me resigno a esa otra afirmación, y que protesto contra su validez. Lo que siento es una verdad, tan verdad por lo menos como lo que veo, toco, oigo y se me demuestra—yo creo que más verdad aún,—y la sinceridad me obliga a no ocultar mis sentimientos.

Y la vida que se defiende busca el flaco de la razón y lo encuentra en el escepticismo, y se agarra de él y trata de salvarse asida a tal agarradero. Necesita de la debilidad de su adversaria.

Nada es seguro; todo está al aire. Y exclama, henchido de pasión, Lamennais (*Essai sur l'indifférence en matière de religion*, III^e partie, chap. 67): «¡Y qué! ¿Iremos a hundirnos, perdida toda esperanza y a ojos ciegos en las mudas honduras de un escepticismo universal? ¿Dudaremos si pensamos, si sentimos, si somos? No nos lo deja la Naturaleza; oblíganos a creer hasta cuando nuestra razón no está convencida. La certeza absoluta y la duda absoluta nos están igualmente vedadas. Flotamos en un medio vago entre estos dos extremos como entre el ser y la nada, porque el escepticismo completo sería la extinción de la inteligencia y la muerte total del hombre. Pero no le es dado anonadarse; hay en él algo que resiste invenciblemente a la destrucción, yo no sé qué fe vital, indomable hasta para su voluntad misma. Quiéralo o no, es menester que crea, porque tiene que obrar, porque tiene que con-

servarse. Su razón, si no escuchase más que a ella, enseñándole a dudar de todo y de sí misma, le reduciría a un estado de inacción absoluta; perecería aun antes de haberse podido probar a sí mismo que existe.»

No es, en rigor, que la razón nos lleve al escepticismo absoluto, ¡no! La razón no me lleva ni puede llevarme a dudar de que exista; adonde la razón me lleva es al escepticismo vital; mejor aún, a la negación vital; no ya a dudar, sino a negar que mi conciencia sobreviva a mi muerte. El escepticismo vital viene del choque entre la razón y el deseo. Y de este choque, de este abrazo entre la desesperación y el escepticismo nace la santa, la dulce, la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo.

La certeza absoluta, completa, de que la muerte es un completo y definitivo e irrevocable anonadamiento de la conciencia personal, una certeza de ello como estamos ciertos de que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos, o la certeza absoluta, completa, de que nuestra conciencia personal se prolonga más allá de la muerte en estas o las otras condiciones, haciendo sobre todo entrar en ello la extraña y adventicia añadidura del premio o del castigo eternos, ambas certezas nos harían igualmente imposible la vida. En un escondrijo el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba para siempre su conciencia personal, su memoria, en aquel escondrijo le queda una sombra, una vaga sombra, una sombra de sombra de incertidumbre, y mientras él se dice: «ea, ¡a vivir esta vida pasajera, que no hay otra!» el silencio de aquel escondrijo le dice: «¡quien sabe»...! Cree acaso no oírlo, pero lo oye. Y en un repliegue también del alma del creyente que guarde más fe en la vida futura hay una voz tapada, voz de incertidumbre, que le cuchichea al oído espiritual: «¡quién sabe...!» Son estas voces acaso como el zumbido de un mosquito cuando el vendaval brama entre los árboles del bosque; no nos damos cuenta de ese zumbido, y sin embargo, junto con el fragor de la tormenta, nos llega

al oído. ¿Cómo podríamos vivir si no sin esa incertidumbre?

El «¿y si hay?», y el «¿y si no hay?» son las bases de nuestra vida íntima. Acaso haya racionalista que nunca haya vacilado en su convicción de la mortalidad del alma, y vitalista que no haya vacilado en su fe en la inmortalidad; pero eso sólo querrá decir a lo sumo que así como hay monstruos, hay también estúpidos afectivos o de sentimiento, por mucha inteligencia que tengan, y estúpidos intelectuales, por mucha que su virtud sea. Mas en lo normal no puedo creer a los que me aseguren que nunca, ni en un parpadeo el más fugaz, ni en las horas de mayor soledad y tribulación, se les ha aflorado a la conciencia ese rumor de la incertidumbre. No comprendo a los hombres que me dicen que nunca les atormentó la perspectiva del allende la muerte, ni el anonadamiento propio les inquieta; y por mi parte no quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón; quiero más bien que se peleen entre sí.

En el cap. IX del Evangelio según Marcos se nos cuenta cómo llevó uno a Jesús a ver su hijo preso de un espíritu mudo, que dondequiera le cojiese le despedazaba, haciéndole echar espumarajos, crujir de dientes e irse secando, por lo cual quería presentárselo para que le curara. Y el Maestro, impaciente de aquellos hombres que no querían sino milagros y señales, exclamó: «¡Oh generación infiel! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmele!» (v. 19), y se lo trajeron; le vió el Maestro revolcándose por tierra, preguntó a su padre cuánto tiempo hacía de aquello, contestóle éste que desde que era su hijo niño, y Jesús le dijo: «Si puedes creer, al que cree todo es posible» (v. 23). Y entonces el padre del epiléptico o endemoniado contestó con estas preñadas y eternas palabras: «¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!» Πιστεω, κυριε βοηθει τη απιστια μου (v. 23).

¡Creo, Señor; socorre a mi incredulidad! Esto podrá parecer una contradicción, pues si cree, si confía, ¿cómo es que pide al Señor que venga en socorro de su falta de confianza?

Y, sin embargo, esa contradicción es lo que da todo su más hondo valor humano a ese grito de las entrañas del padre del endemoniado. Su fe es una fe a base de incertidumbre. Porque cree, es decir, porque quiere creer, porque necesita que su hijo se cure, pide al Señor que venga en ayuda de su incredulidad, de su duda de que tal curación pueda hacerse. Tal es la fe humana; tal fué la heroica fe que Sancho Panza tuvo en su amo el Caballero Don Quijote de la Mancha, según creo haberlo mostrado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*; una fe a base de incertidumbre, de duda. Y es que Sancho Panza era hombre, hombre entero y verdadero, y no era estúpido, pues sólo siéndolo hubiese creído sin sombra de duda en las locuras de su amo. Que a su vez tampoco creía en ellas de ese modo, pues tampoco, aunque loco, era estúpido. Era, en el fondo, un desesperado, como en esa mi susomentada obra creo haber mostrado. Y por ser un heroico desesperado, el héroe de la desesperación íntima y resignada, por eso es el eterno dechado de todo hombre cuya alma es un campo de batalla entre la razón y el deseo inmortal. Nuestro Señor Don Quijote es el ejemplar del vitalista cuya fe se basa en incertidumbre, y Sancho lo es del racionalista que duda de su razón.

Atormentado Augusto Hermann Francke por torturadoras dudas, decidió invocar a Dios, a un Dios en que no creía ya, o en quien más bien creía no creer, para que tuviese piedad de él, del pobre pietista Francke, si es que existía (1). Y un estado análogo de ánimo es el que me inspiró aquel soneto titulado «La oración del ateo», que en mi *Rosario de sonetos líricos* figura y termina así:

Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si tú existieras
existiría yo también de veras.

Sí, si existiera el Dios garantizador de nuestra inmortalidad.

(1) A. Albrecht Ritschl. *Geschichte des Pietismus*, II, 1 Abt. Bonn 1884, página 251.

dad personal, entonces existiríamos nosotros de veras. ¡Y si no, no!

Aquel terrible secreto, aquella voluntad oculta de Dios que se traduce en la predestinación, aquella idea que dictó a Lutero su *servum arbitrium* y da su trágico sentido al calvinismo, aquella duda en la propia salvación, no es en el fondo sino la incertidumbre que aliada a la desesperación forma la base de la fe. La fe—dicen algunos—es no pensar en ello; entregarse confiadamente a los brazos de Dios, los secretos de cuya providencia son inescudriñables. Sí, pero también la infidelidad es no pensar en ello. Esa fe absurda, esa fe sin sombra de incertidumbre, esa fe de estúpidos carboneros, se une a la incredulidad absurda, a la incredulidad sin sombra de incertidumbre, a la incredulidad de los intelectuales atacados de estupidez afectiva, para no pensar en ello.

¿Y qué sino la incertidumbre, la duda, la voz de la razón era el abismo, el *gouffre* terrible ante que temblaba Pascal? Y ello fué lo que le llevó a formular su terrible sentencia: *il faut s'abêtir*, ¡hay que entontecerse!

Todo el jansenismo, adaptación católica del calvinismo, lleva este mismo sello. Aquel Port Royal que se debía a un vasco, el abate de Saint-Cyran, vasco como Íñigo de Loyola, y como el que estas líneas traza, lleva siempre en su fondo un sedimento de desesperación religiosa, de suicidio de la razón. También Íñigo la mató en la obediencia.

Por desesperación se afirma, por desesperación se niega, y por ella se abstiene uno de afirmar y de negar. Observad a los más de nuestros ateos, y veréis que lo son por rabia, por rabia de no poder creer que haya Dios. Son enemigos personales de Dios. Han sustantivado y personalizado la Nada, y su no Dios es un Anti-Dios.

Y nada hemos de decir de aquella frase abyecta e innoble de «si no hubiera Dios habría que inventarlo». Esta es la expresión del inmundo escepticismo de los conservadores, de los que estiman que la religión es un resorte de gobierno, y cuyo

interés es que haya en la otra vida infierno para los que aquí se oponen a sus intereses mundanos. Esa repugnante frase de saduceo es digna del incrédulo adulador de poderosos a quien se atribuye.

No, no es ese el hondo sentido vital. No se trata de una policía trascendente, no de asegurar el orden—¡vaya un orden!— en la tierra con amenazas de castigos y halagos de premios eternos después de la muerte. Todo esto es muy bajo, es decir, no más que política, o si se quiere ética. Se trata de vivir.

Y la más fuerte base de la incertidumbre, lo que más hace vacilar nuestro deseo vital, lo que más eficacia da a la obra disolvente de la razón, es el ponernos a considerar lo que podría ser una vida del alma después de la muerte. Porque, aun venciendo, por un poderoso esfuerzo de fe, a la razón que nos dice y enseña que el alma no es sino una función del cuerpo organizado, queda luego el imaginarnos que pueda ser una vida inmortal y eterna del alma. En esta imaginación las contradicciones y los absurdos se multiplican y se llega, acaso, a la conclusión de Kierkegaard, y es que si es terrible la mortalidad del alma, no menos terrible es su inmortalidad.

Pero vencida la primera dificultad, la única verdadera, vencido el obstáculo de la razón, ganada la fe, por dolorosa y envuelta en incertidumbre que ésta sea, de que ha de persistir nuestra conciencia personal después de la muerte, ¿qué dificultad, qué obstáculo hay en que nos imaginemos esa persistencia a medida de nuestro deseo? Sí, podemos imaginárnosla como un eterno rejuvenecimiento, como un eterno acrecentarnos, e ir hacia Dios, hacia la Conciencia Universal, sin alcanzarle nunca; podemos imaginárnosla... ¿Quién pone trabas a la imaginación, una vez que ha roto la cadena de lo racional?

Ya sé que me pongo pesado, molesto, tal vez tedioso, pero todo es menester. Y he de repetir una vez más que no se trata ni de policía trascendente, ni de hacer de Dios un gran Juez o Guardia Civil; es decir, no se trata de cielo y de infierno para apuntalar nuestra pobre moral mundana, ni se trata de nada

egoísta y personal. No soy yo, es el linaje humano todo el que entra en juego; es la finalidad última de nuestra cultura toda. Yo soy uno, pero todos son yos.

¿Recordáis el fin de aquel «Cántico del gallo salvaje», que en prosa escribiera el desesperado Leopardi, el víctima de la razón, que no logró llegar a creer? «Tiempo llegará—dice—en que este Universo y la Naturaleza misma se habrán extinguido. Y al modo que de grandísimos reinos e imperios humanos y sus maravillosas acciones que fueron en otra edad famosísimas, no queda hoy ni señal ni fama alguna, así igualmente del mundo entero y de las infinitas vicisitudes y calamidades de las cosas creadas no quedará ni un solo vestigio, sino un silencio desnudo y una quietud profundísima llenarán el espacio inmenso. Así este arcano admirable y espantoso de la existencia universal, antes de haberse declarado o dado a entender, se extinguirá y perderáse.» A lo cual llaman ahora, con un término científico y muy racionalista, la *entropía*. Muy bonito, ¿no? Spencer inventó aquello del homogéneo primitivo, del cual no se sabe cómo pudo brotar heterogeneidad alguna. Pues bien; esto de la entropía es una especie de homogéneo último, de estado de perfecto equilibrio. Para un alma ansiosa de vida, lo más parecido a la nada que puede darse.

*
* *

He traído hasta aquí al lector que ha tenido la paciencia de leerme al través de una serie de dolorosas reflexiones, y procurando siempre dar a la razón su parte y dar también su parte al sentimiento. No he querido callar lo que callan otros; he querido poner al desnudo, no ya mi alma, sino el alma humana, sea ella lo que fuere y esté o no destinada a desaparecer. Y hemos llegado al fondo del abismo, al irreconciliable conflicto entre la razón y el sentimiento vital. Y llegado aquí, os he dicho que hay que aceptar el conflicto como tal y vivir de él. Ahora me queda el exponeros cómo, a mi sentir y hasta

a mi pensar, esa desesperación puede ser base de una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión y hasta de una lógica. Pero en lo que va a seguir habrá tanto de fantasía como de raciocinio; es decir, mucho más.

No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso. El divino Platón, después que en su diálogo *Fedón* discutió la inmortalidad del alma—una inmortalidad ideal, es decir, mentirosa,—lanzóse a exponer los mitos sobre la otra vida diciendo que se debe también mitologizar. Vamos, pues, a mitologizar.

El que busque razones, lo que estrictamente llamamos tales, argumentos científicos, consideraciones técnicamente lógicas, puede renunciar a seguirme. En lo que de estas reflexiones sobre el sentimiento trágico resta, voy a pescar la atención del lector a anzuelo desnudo, sin cebo; el que quiera picar que pique, mas yo a nadie engaño. Sólo al final pienso recogerlo todo y sostener que esa desesperación religiosa que os decía, y que no es sino el sentimiento mismo trágico de la vida, es, más o menos velada, el fondo mismo de la conciencia de los individuos y de los pueblos cultos de hoy en día, es decir, de aquellos individuos y de aquellos pueblos que no padecen ni de estupidez intelectual ni de estupidez sentimental.

Y es ese sentimiento la fuente de las hazañas heroicas.

Si en lo que va a seguir os encontráis con apotegmas arbitrarios, con transiciones bruscas, con soluciones de continuidad, con verdaderos saltos mortales del pensamiento, no os llaméis a engaño. Vamos a entrar, si es que queréis acompañarme, en un campo de contradicciones entre el sentimiento y el raciocinio, y teniendo que servirnos del uno y del otro.

Lo que va a seguir no me ha salido de la razón, sino de la vida, aunque para trasmitíroslo tengo en cierto modo que racionalizarlo. Lo más de ello no puede reducirse a teoría o sistema lógico; pero como Walt Whitman, el enorme poeta yanqui, os encargo que no se funde escuela o teoría sobre mí.

I charge that there be no theory or school founded out of me.

(MYSELF AND MINE.)

Ni son las fantasías que han de seguir mías, ¡no! Son también de otros hombres, no precisamente de otros pensadores, que me han precedido en este valle de lágrimas y han sacado fuera su vida y la han expresado. Su vida, digo, y no su pensamiento sino en cuanto era pensamiento de vida, pensamiento a base irracional.

¿Quiere esto decir que cuanto vamos a ver, los esfuerzos de lo irracional por expresarse, carece de toda racionalidad, de todo valor objetivo? No; lo absoluta, lo irrevocablemente irracional es inexpresable, es intrasmisible. Pero lo contra-racional no. Acaso no haya modo de racionalizar lo irracional; pero le hay de racionalizar lo contra-racional y es tratando de exponerlo. Como sólo es inteligible, de veras inteligible, lo racional, como lo absurdo está condenado, careciendo como carece de sentido, a ser intrasmisible, veréis que cuando algo que parece irracional o absurdo logra uno expresarlo y que se lo entiendan, se resuelve en algo racional siempre, aunque sea en la negación de lo que se afirma.

Los más locos ensueños de la fantasía tienen algún fondo de razón, y quién sabe si todo cuanto puede imaginar un hombre no ha sucedido, sucede o sucederá alguna vez en uno o en otro mundo. Las combinaciones posibles son acaso infinitas. Sólo falta saber si todo lo imaginable es posible.

Se podrá también decir, y con justicia, que mucho de lo que voy a exponer es repetición de ideas, cien veces expuestas antes y otras cien refutadas; pero cuando una idea vuelve a repetirse, es que, en rigor, no fué de veras refutada. No pretendo la novedad de las más de estas fantasías, como no pretendo tampoco, ¡claro está!, el que no hayan resonado antes que la mía voces dando al viento las mismas quejas. Pero el que pueda volver la misma eterna queja, saliendo de otra boca, sólo quiere decir que el dolor persiste.

Y conviene repetir una vez más las mismas eternas lamentaciones, las que eran ya viejas en tiempo de Job y del Eclesiastés, y aunque sea repetirlas con las mismas palabras, para que vean los progresistas que eso es algo que nunca muere. El que, haciéndose propio el vanidad de vanidades del Eclesiastés, o las quejas de Job, las repite, aun al pie de la letra, cumple una obra de advertencia. Hay que estar repitiendo de continuo el *memento mori*.

¿Para qué?—diréis.—Aunque sólo sea para que se irriten algunos y vean que eso no ha muerto, que eso, mientras haya hombres, no puede morir; para que se convenzan de que subsisten hoy, en el siglo xx, todos los siglos pasados y todos ellos vivos. Cuando hasta un supuesto error vuelve, es, crédmelo, que no ha dejado de ser verdad en parte, como cuando uno reaparece, es que no murió del todo.

Sí, ya sé que otros han sentido antes que yo lo que yo siento y expreso; que otros muchos lo sienten hoy, aunque se lo callan. ¿Por qué no lo callo también? Pues porque lo callan los más de los que lo sienten; pero, aun callándolo, obedecen en silencio a esa voz de las entrañas. Y no lo callo, porque es para muchos lo que no debe decirse, lo infando—*infandum*,—y creo que es menester decir una y otra vez lo que no debe decirse. ¿Que a nada conduce? Aunque sólo condujese a irritar a los progresistas, a los que creen que la verdad es consuelo, conduciría a no poco. A irritarles y a que digan: ¡lástima de hombre!; ¡si emplease mejor su inteligencia...! A lo que alguien acaso añada que no sé lo que me digo, y yo le responderé que acaso tenga razón—¡y tener razón es tan poco!,—pero que siento lo que digo y sé lo que siento, y me basta. Y que es mejor que le falte a uno razón que no el que le sobre.

Y el que me siga leyendo verá también cómo de este abismo de desesperación puede surgir esperanza, y cómo puede ser fuente de acción y de labor humana, hondamente humana, y de solidaridad y hasta de progreso, esta posición crítica. El lector que siga leyéndome verá su justificación pragmática. Y

verá cómo para obrar, y obrar eficaz y moralmente, no hace falta ninguna de las dos opuestas certezas, ni la de la fe ni la de la razón, ni menos aún—esto en ningún caso—esquivar el problema de la inmortalidad del alma o deformarlo idealísticamente, es decir, hipócritamente. El lector verá cómo esa incertidumbre, y el dolor de ella y la lucha infructuosa por salir de la misma, puede ser y es base de acción y cimiento de moral.

Y con esto de ser base de acción y cimiento de moral el sentimiento de la incertidumbre y la lucha íntima entre la razón y la fe y el apasionado anhelo de vida eterna, quedaría, según un pragmatista, justificado tal sentimiento. Mas debe constar que no le busco esta consecuencia práctica para justificarlo, sino porque la encuentro por experiencia íntima. Ni quiero ni debo buscar justificación alguna a ese estado de lucha interior y de incertidumbre y de anhelo; es un hecho, y basta. Y si alguien encontrándose en él, en el fondo del abismo, no encuentra allí mismo móviles e incentivos de acción y de vida, y por ende se suicida corporal o espiritualmente, o bien matándose o bien renunciando a toda labor de solidaridad humana, no seré yo quien se lo censure. Y aparte de que las malas consecuencias de una doctrina, es decir, lo que llamamos malas, sólo prueban, repito, que la doctrina es para nuestros deseos mala, pero no que sea falsa, las consecuencias dependen, más aún que de la doctrina, de quien las saca. Un mismo principio sirve a uno para obrar y a otro para abstenerse de obrar; a éste para obrar en tal sentido, y a aquél para obrar en sentido contrario. Y es que nuestras doctrinas no suelen ser sino la justificación *a posteriori* de nuestra conducta, o el modo como tratamos de explicárnosla para nosotros mismos.

El hombre, en efecto, no se aviene a ignorar los móviles de su conducta propia, y así como uno a quien habiéndosele hipnotizado y sugerido tal o cual acto, inventa luego razones que lo justifiquen y hagan lógico a sus propios ojos y a los de los demás, ignorando, en realidad, la verdadera causa de su acto, así todo otro hombre, que es un hipnotizado también, pues

E. M.—*Mayo 1912.*

que la vida es sueño, busca razones de su conducta. Y si las piezas del ajedrez tuviesen conciencia, es fácil que se atribuyeran albedrío en sus movimientos, es decir, la racionalidad finalista de ellos. Y así resulta, que toda teoría filosófica sirve para explicar y justificar una ética, una doctrina de conducta, que surge en realidad del íntimo sentimiento moral del autor de ella. Pero de la verdadera razón o causa de este sentimiento, acaso no tiene clara conciencia el mismo que lo abriga.

Consiguientemente a esto creo poder suponer que si mi razón, que es en cierto modo parte de la razón de mis hermanos en humanidad en tiempo y en espacio, me enseña ese absoluto escepticismo por lo que al anhelo de vida inacabable se refiere, mi sentimiento de la vida, que es la esencia de la vida misma, mi vitalidad, mi apetito desenfrenado de vivir y mi repugnancia a morirme, esta mi irresignación a la muerte, es lo que me sugiere las doctrinas con que trato de contrarrestar la obra de la razón. ¿Estas doctrinas tienen un valor objetivo? — me preguntará alguien, — y yo responderé que no entiendo qué es eso del valor objetivo de una doctrina. Yo no diré que sean las doctrinas más o menos poéticas o infilosóficas que voy a exponer, las que me hacen vivir; pero me atrevo a decir que es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre el que me inspira esas doctrinas. Y si con ellas logro corroborar y sostener en otro ese mismo anhelo, acaso desfalleciente, habré hecho obra humana, y sobre todo, habré vivido. En una palabra, que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré muerto yo, esto es, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o mejor aún que la cabeza, el corazón, yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella.

Y nada tampoco se adelanta con sacar a relucir las ambiguas palabras de pesimismo y optimismo, que con frecuencia nos dicen lo contrario que quien las emplea quiso decirnos.

Poner a una doctrina el mote de pesimista, no es condenar su validez ni los llamados optimistas son más eficaces en la acción. Creo, por el contrario, que muchos de los más grandes héroes, acaso los mayores, han sido desesperados, y que por desesperación acabaron sus hazañas. Y que aparte de esto y aceptando, ambiguas y todo como son esas denominaciones de optimismo y pesimismo, cabe un cierto pesimismo trascendente engendrador de un optimismo temporal y terrenal, es cosa que me propongo desarrollar en lo sucesivo de este tratado.

Muy otra es, bien sé, la posición de nuestros progresistas, los de la *corriente central del pensamiento europeo contemporáneo*; pero no puedo hacerme a la idea de que estos sujetos no cierran voluntariamente los ojos al gran problema y viven, en el fondo, de una mentira, tratando de ahogar el sentimiento trágico de la vida.

Y hechas estas consideraciones, que son a modo de resumen práctico de la crítica desarrollada en los seis primeros ensayos de este tratado, una manera de dejar asentada la posición práctica a que la tal crítica puede llevar al que no quiere renunciar a la vida y no quiere tampoco renunciar a la razón, y tiene que vivir y obrar entre esas dos muelas contrarias que nos triturarán el alma, ya sabe el lector que en adelante me siga, que voy a llevarle a un campo de fantasías no desprovistas de razón, pues sin ella nada subsiste, pero fundadas en sentimiento. Y en cuanto a su verdad, la verdad verdadera, lo que es independientemente de nosotros, fuera de nuestra lógica y nuestra cardíaca, eso quién sabe?

MIGUEL DE UNAMUNO

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD

SEGUNDA PARTE

JUVENTUD Y CARRERA MAYOR

I

La elección de carrera.

Había llegado el verano de 1842; frisaba, por consiguiente, en los quince años. Agitábase mi buena madre con la idea de la perentoria necesidad de que su hijo eligiese una carrera; mi padre abundaba en igual deseo, pero con la calma que él sentía respecto a todo lo futuro.

Como la guerra había terminado, aun sintiéndome con más vocación para militar que para otra cosa, enfriaban mi empeño los estudios matemáticos.

Entonces, como ahora, resultaba un problema difícilísimo este de procurarse cualquier modo de vivir.

La agricultura, reducida a la rutina del *arate cavate*, no estaba al alcance más que de los propietarios terratenientes; mi familia no tenía otras tierras que la arenilla de la salvadera. Tampoco había más industria que la del chocolate; y de comercio, las ruinas del de las perdidas Américas.

Quedaban las llamadas *carreras*. De la Iglesia no había que hablarme: mejor optara por marinero o ganapán.

Bien sonaban a mis oídos las palabras Arquitecto e Ingeniero; empero, salíanme al paso el sumar y el dividir, las ecuaciones y los pícaros triángulos.

No quedaban más que las tres grandes *botas de turbios* a que van a parar las masas de la juventud en la clase media y menos que mediana: Leyes, Medicina y Farmacia. Ninguna, a la verdad, me enamoraba.

¿Boticario? ¡Ni por pienso! Era oficio demasiado sedentario para mi espíritu intranquilo. Por venir de cepa, hubiese preferido el Derecho; conceptuábame más discutidor que mi abuelo y que mi padre, y creía poder sacar mejor partido. Pero la Universidad estaba en Sevilla, y la Escuela de Medicina en la misma Cádiz, donde residía la familia; tan importante circunstancia me obligó a aceptar a regañadientes la candidatura de Galeno.

En Octubre del dicho año 42 tomé matrícula en el preparatorio de Medicina y Cirugía, para cursar las asignaturas de Física experimental y Química, que explicaba, o debía explicar, nuestro catedrático D. José María López; y la de Botánica, que explicaba, en efecto, y enseñaba, el muy digno y distinguido profesor D. Manuel María de Porto.

Ignoro si alguien ha parado mientes en los grandes efectos educativos del primer año de los cursos de una carrera mayor: constituye la verdadera divisoria de aguas de la vida. Por eso, pido perdón si en el relatar y describir esa divisoria resultase demasiado prolijo.

El Colegio de Medicina de Cádiz fue fundado por el marqués de la Ensenada, con el fin de dotar a las escuadras de un personal médico-quirúrgico propio, adornado de los mejores conocimientos de la época.

Para la mejor realización de su propósito, delegó todas sus facultades en D. Pedro Virgili, cuyas sabiduría, fama y experiencia eran entonces preeminentes. De Barcelona pasó dicho

PERTENECER A LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

señor a Cádiz. Dió sus instrucciones a los arquitectos, y se levantó de plano el edificio donde subsiste la celebrada Escuela.

En tanto se daba término a la obra, eligió D. Pedro los médicos cirujanos jóvenes más inteligentes y aplicados de su Escuela de Barcelona, para que pasasen a Inglaterra, Francia e Italia a perfeccionar sus estudios, ordenándoles también según sus aptitudes las ciencias que deberían ampliar más especialmente. Decir los nombres de los elegidos es dejar abonados el acierto y la sabiduría del elector.

A Gimbernat lo mandó a Inglaterra para que conociese sus ya entonces adelantados ciencia y arte quirúrgicos. A Mutis, a Francia, Suecia y otros países que hacían grandes progresos en Botánica y demás ciencias naturales. A Lubet, mi bisabuelo, padre de mi abuela paterna, a Bolonia y otras ciudades de Italia, para ampliar sus conocimientos en Higiene y Patología.

Con éstos, más Ametller y el mismo Virgili, comenzó la enseñanza, dándose al Colegio carácter y fuero de Marina; de modo que marinos eran, y con obligación de servir en los buques del Estado por cierto número de años, los que, terminados sus estudios, habían seguido gratis, alimentados, y con una pequeña paga encima, la carrera en el Colegio gaditano.

II

Vejámenes y novatadas.

Vejámenes y novatadas constituían dos singulares costumbres universitarias y escolares, de que hoy no es fácil dar perfecta idea. Los vejámenes tenían más carácter del elemento frailuno que impregnaba las Universidades. Las novatadas respondían al elemento militar, que formaba el otro polo de la sociedad vieja española.

El *vejamen* era muy grosero: consistía en un público, solemne y escandaloso ludibrio y remoquete del estudiante, cuando concluía su carrera y tomaba el grado en Cánones o Teología, y aun en Leyes y Medicina.

La *novatada*, al revés, no era del final, sino de los años primero y segundo de la carrera. No constituía un acto único, sino un período duro y cruel a veces, mezcla de mofa y sujeción a estado de esclavitud, algo atenuado en el segundo año.

Ya en 1842, como no teníamos por junto más barcos que el vetusto *Soberano*, la fragata *Cortés* y dos bergantines apollillados, sobraban los médicos de la Armada, y sólo iban al mar los estudiantes que lo solicitaban. El Colegio, por otra parte, no vivía del presupuesto: allá se las arreglaba con los productos de sus grados y matrículas; pero eso no obstante, seguía los usos y costumbres de las novatadas traidoras.

El día 1.º de Octubre de dicho año, a eso de la una menos cuarto de la tarde, cualquier transeunte por la plaza de Frajela, que fuese observador, bien podría fijarse en un grupo de ochenta y dos mozolejos, más o menos zangones, estrechamente apiñados, encogidos, cabizbajos y que dirigían las miradas recelosas hacia la puerta del jardín botánico del Colegio de Medicina.

Hallábame entre ellos. Eramos los ochenta y dos *fisiqueros*, el rebaño corderil que esperaba temeroso la hora de entrar por vez primera en clase, a través de las horcas caudinas que se sirvieran imponernos los despiadados estudiantes *mayores*.

Sonó la hora fatal, y dirigióse el apretado grupo al jardín, para ganar el claustro por su puerta, subir la escalera principal e invadir de sopetón el aula, donde ya se estaba salvo por el pronto.

Ya en el jardín aguardaban algunos *mayores*, quienes interpellaron a algunos *fisiqueros* de esta o parecida manera:

—Mira, tú, Napoleón, ven acá; que queremos nos cuentes tus hazañas.

Napoleón era un *fisiquero* chiquitín y anchote, llamado

Pepe Erostarbe, a quien desde ese punto le quedó el nombre del héroe medio loco, medio risible, con que tanto se infatuaron los franceses. Efectivamente, aun sin sombrero de tres picos, por su porte, por su levita larga, por su frente ancha y recta, Pepe Erostarbe se parecía extraordinariamente a un Napoleón de barro.

Como es natural, una vez citado, el *fisiquero* no tenía más remedio que dejarse secuestrar a merced del interpelante, abandonando la manada.

—Tú, boquirrubio, o mucho me engaño o tu madre tiene que ser muy buena moza. Dime dónde vive y si es aficionada a la tauromaquia.

Y allí quedaba sujeta la víctima hasta que se cansaban de tomarle el pelo de la ropa, y salía corriendo y corrido para clase. Y gracias si en el camino, al topar con otros mayores, sólo sufría un torniscón, o los efectos de un bastón que, atravesándole por entre los pies, le hiciera dar un batacazo, o algún apabullo en el sombrero.

Estas bromas eran de las del género mejor. Yo escapé aquel día y otros milagrosamente; porque el peligro se repetía a la salida.

—Caballerito, tenga usted la bondad de escucharme. Estoy sin costurera y sin criada. No tengo quien me cosa, ni quien me arregle el cuarto. Usted parece una doncellita púdica, y queda a mi servicio.

Esto decía un interno a Pepe Bores, a quien siempre llamamos después «el púdico Bores»; porque, en efecto, era tan vergonzoso y ruboroso, que por cualquiera cosa se ponía como la grana. Le cayó la lotería al pobrecillo muchacho, teniendo que pegar los botones al desastrado *mayor*, hacerle la cama, llevarle el agua, limpiarle el orinal y otra porción de impertinentes menesteres.

—A ver, *fisiquero*, ¿con qué méritos cuenta usted para atreverse a seguir la carrera de Medicina?

El muchacho le contestaba lo que podía o quedábase callado.

—Me parece usted muy bruto y que no sirve para el caso. ¡A ver, a ver qué habilidades tiene usted! ¿Sabe usted bailar? Baile usted un poquito de gavota.

Y quieras que no, a bailar hasta echar el quilo, si el buen *mayor* no era algo benigno.

—Baila usted muy mal, sin arte y sin gracia. Cante usted.

Y a cantar. Si el *fisiquero* tenía correa e ingenio, menos mal; pero si se atufaba o demostraba ser hosco, voluntarioso o mal educado, ¡de Dios le viniera el remedio! Lo menos malo que le podía suceder es que le dijeran:

—Vamos, usted no sabe nada ni sirve para nada; por consiguiente, usted no sabrá nunca más que rebuznar. Rebuzne usted, ¿a ver si me equivoco?

Desdichado de él si no rebuznaba a medida y satisfacción del tirano.

—¡Bien! ¿Lo ve usted? Para eso sirve. Pero usted es demasiado modesto, y yo sé que sus facultades alcanzan a más. Vuelva a rebuznar, con más energía.

Y así lo llevaba rebuznando por los claustros, por el patio; y lo sacaba a la Plaza, le hacía subirse en un asiento del paseo, haciéndole rebuznar *urbi et orbi*.

No había resistencia posible; porque la desobediencia, la insolencia u otra protesta cualquiera pagábase con mantenimiento, rapado de cabeza y cejas, y hasta con violencias y herejías.

Al hablar del Colegio de San Pedro y referir los malos tratos que dábamos al bueno de Piedra, al guardiñoso Riva y al avieso *Paimogo*, ya noté que estas cosas de chiquillos, por irregulares y deplorables que fuesen, no resultaban injustas ni vanas (mucho menos) para el fin educativo.

Al tocar ahora este duro trato que se daba a los colegiales novicios, veo que constituían en el fondo, a través de sus for-

mas groseras, vejatorias y violentas, una disciplina educativa de no escasos ni perjudiciales frutos.

Era un cierto modo de corregir la ñoñería y el encogimiento de los espíritus viciados por la mala educación doméstica. Avispaba a los muchachos, obligándoles a mostrar su carácter, el mayor o menor despejo, tolerancia o intolerancia, irritabilidad o paciencia, orgullo o llaneza. Era una esgrima del arte del mundo, tan necesaria para saber defenderse en el trato con las gentes de sus malicias, burlas, discreteos y otros recursos que constantemente, aun hasta los hombres serios, empleamos en sociedad para averiguar y saber los grados de inteligencia y educación, las cualidades que posee una persona, y discernir si vale o no vale, si es tonto o discreto, instruído o ignorante, fatuo o sencillo, y hasta si es bueno o es malo.

Mi novatada, por fortuna, se redujo a bien poco: un apabullo que sufrí en el sombrero al subir la escalera y alguna broma de no mal género, que recibí con tranquilidad, y a la cual respondí con la más agradable cortesía que me fue posible. Criado en libertad, como habrá advertido el lector por todo mi relato, tenía el mundo que era dado tener a los quince años de vida un tanto agitada. Por otra parte, no dejó de saberse en el Colegio que me picaba de espadachín; y una y otra cosa hizo que al mes no fuese gallina en corral ajeno; y a los cuatro, aunque *fisiquero*, tan *mayor* en fueros y preeminencias como otro colegial de años mayores.

Del mismo, más o menos tardíamente, fueron «tomando la tierra» algunos colegas del año, a medida de sus condiciones particulares; siendo las más valedoras y eficaces la gracia y el espíritu abierto, sin llegar a travieso.

En otros, por el contrario, se dilató el período de novatada; algunos todavía andaban en los últimos años siendo pasto de las burlas de sus compañeros: los vanidosos, los egoístas, los escasos de inteligencia, los embusteros, etc., o lo que es igual, los más defectuosos.

III

* **Un catedrático como otros, y de los que aún hoy quedan vestigios.**

Éralo de Física y Química D. José María López, tipo tan singular que hoy más parecerá inventado que vivo y efectivo.

Juro por Dios en mi ánimo que, lejos de exagerar las líneas de su retrato, he de suavizarlas respondiendo al afecto que le tuve y conservo a su memoria; porque sus imperfecciones, defectos o lo que quiera que fuesen, quedaban todos disimulados y perdonados por una originalidad, una gracia y un cierto dón de atraerse las voluntades, que no podré decir en qué consistía.

D. José María López era chiclanero; su aspecto, formas y tono, los de un capataz de bodega vestido de domingo. Y es el caso, que de tres cosas se jactaba:

La primera, ser el mayor inteligente en vinos de todo el Universo; la segunda, saber de tauromaquia más que el que la inventó, debiéndose a ello y a sus lecciones la fama de su paisano el célebre Montes, alias *Paquiro*; y la tercera, saber más Física que Dios y más Química que María Santísima. Todas estas jactancias van expresadas con sus palabras textuales, cual si de ellas diese fe un escribano.

Cómo un hombre de tan bastas formas había llegado a ser catedrático de una Escuela donde el profesor que menos, poseía una cultura exquisita y muy superior entonces a la de todos los científicos de España, es cosa que debe saberse.

D. José María López concluyó su carrera en el Colegio de Cádiz, tomando primer embarque en el navío *Asia*, en ocasión de conducir a México al último Virrey, el general Apodaca. Cayó éste enfermo en la travesía, y López le asistió. Quedóle agradecido, y tan prendado, que al desembarcar en Veracruz no quiso desprenderse del doctor; como Autoridad suprema que era, dispuso darle de baja en el navío y llevárselo a México de médico de cámara.

Las circunstancias políticas en que encontró el Virreinato no podían ser más desastrosas. Y fue lo peor que se agravaron hasta el punto de verlo perdido en sus manos y tener que reembarcarse mirando atrás y diciendo:

—¡Ahí queda eso!

Pero, en el entretanto, el bueno de D. José, con sus arranques, su carácter, cierta travesura y malicia de campesino y aquel dón ignoto que no he podido explicar, se apoderó del afligido Virrey, en tal manera, que desde entonces la voluntad del General fue sustituida por la de D. José María López.

Y es que en los grandes conflictos de la vida, cuando pesa en el alma una gran responsabilidad, cuando en la desgracia sólo se ven ingratos, cuando los amigos huyen y todo se resuelve en defecciones, el temple más viril se apoca; y si queda un amigo, y éste es de ánimo entero y fanfarrón, y da consejo con imperioso desahogo, ese amigo se mete en las entrañas.

Así es que, desde entonces, antes le arrancarían las telas del corazón al Apodaca que arrancarle su médico.

Llegó a Madrid con él, y todo el resto de la influencia que puede quedarle a un desgraciado se empleó: primero, en obtener licencias y más licencias para D. José María López; después, para conseguir que el tiempo que le retenía a su lado, le fuese valedero como de servicios en la Armada; más tarde, para conseguir, contra leyes y estatutos, que fuese ascendido a médico primero de Sanidad de la Armada por sus extraordinarios servicios al Virreinato y a la causa de España en críticos momentos; y finalmente, para que fuese nombrado, de Real orden, catedrático de la Escuela gaditana, con opción a la primera, segunda, tercera o cuarta vacante (todo con el fin de declararlo catedrático por derecho propio) y con facultad de que permaneciera junto a su protector mientras viviese. A la postre, Apodaca, viejo, achacoso y apesarado, dejó este mundo y a su amigo, no sin declararlo único y exclusivo albacea y testamentario.

Libre D. José, solicitó la inmediata vacante, y fué a dar en

Cádiz con su persona, para ilustrar al Colegio en sus cátedras de Física, Química y Clínica médica.

Aunque rapado de conocimientos, un instinto especial, cierta intuición muy común en andaluces, y sobre todo un desenfado admirable, suplían en él con creces todas las deficiencias.

Apoderóse de la Secretaría, y encastillado allí, en todo hizo su santísima voluntad, lo mismo tuerto que derecho. En el Claustro, nadie levantaba el gallo más que él; los profesores más respetables tenían que ceder, so pena de andar a puñetazos; el decano y todos concluyeron por transigir, cual marido prudente con esposa imperfecta.

Y no se diga que los tales señores catedráticos serían unos mandrias o benditos de Dios; nada de eso. Andando el tiempo, D. José fue trasladado a Madrid; y siendo el último en llegar, se metió a todo su Claustro en el bolsillo. Uno solo, carácter duro y entero, cuya fama de tal iguala o supera a la que adquirió de sabio, y que como tipo de carácter ha llegado a ser personaje de novela, procuró resistirle, estando de su parte el derecho y la razón; y, sin embargo, sucumbió derrotado por D. José María López, teniendo que recurrir como protesta a abandonar su honrada toga y su clientela, retirándose de Madrid. Y es que D. José María tenía *un no sé qué*, lo cual nadie podrá decir qué cosa era.

No visitaba más enfermos que los soldados de la clínica; pero sacaba sus provechos, para ayudar al sueldo de la cátedra, por cien caminos que él sabía discurrir.

De Física confeccionó un libro gordo, con retazos de acá y de allá, por el que hacía pagar a cada *fisiquero* cincuenta reales de vellón. Para evitar trampas y filtraciones, comenzó el discurso inaugural de esta manera:

«Señores: la Física es la asignatura primera y más importante de la carrera. A los médicos se les llama *Físicos*: ¡ya ven ustedes! No se les dice anatómicos, ni patólogos, ni terapéutas, sino *Físicos*. Lo cual quiere decir que la medula de todo lo que hay que estudiar para saber curar está en la Física.

»Pero, por mucho que yo trabaje para metérsela a ustedes en la cabeza, sería inútil si no tuviesen un libro de texto. Ninguno de los que había valía cuatro cuartos: unos compendios que sólo podían servir para dar alguna idea a los muchachos graduados de bachilleres en los Seminarios; pero no para los *Físicos* o *médicos*.

»Para ayudar a ustedes y facilitarles el estudio, he hecho el libro que tienen ustedes aquí y que sólo aquí se vende. Cincuenta reales: los libreros son unos ladrones y les llevarían más caro. Me ha costado muchos dolores de cabeza el hacerlo. Cuando lo imprimí me costó mucho dinero, y todavía estoy entrampado.

»Los que traigan los cincuenta reales, que se acerquen a la mesa para llevarse el libro. Los que no traigan el dinero, que vengan mañana con él para comprarlo. Porque, caballeros, ya sabe todo el mundo que yo soy un catedrático justiciero. Al que sabe, le apruebo; pero el que no sabe, no pasa, y no lo levanta ni la paz y la caridad.»

Terminado este inaugural, que ya sabíamos por fama, nos acercábamos los prevenidos escolares, sacando del bolsillo los dos duros y medio.

—¿Cómo se llama usted?—preguntaba.

—Fulanito de Tal.

Y en la primera hoja escribía el nombre del alumno, y ponía una rúbrica.

Quedaron varios sin comprar el libro. En la lista de matrícula anotó los nombres de los adquirentes, poniendo al margen una crucecita; y a los que no se habían provisto del texto se lo recordaba, conminándoles para que al día siguiente sin falta trajesen el dinero para el libro.

—Conque... hasta mañana, que empezaré la explicación.

Al día siguiente, antes de sentarse, leyó la lista de los todavía no crucificados, la mayor parte de los cuales venían provistos de los respectivos *cincuenta* consabidos. Quedaron unos pocos insolventes, y les dijo:

—¿Por qué no han traído ustedes el dinero?

Unos contestaron que no eran de Cádiz y tenían que escribir para que se lo mandaran; otros, que habían estado en casa de sus apoderados sin hallarlos. Un estudiantillo majete, de capa, faja y calañés, con facha de «guapo Francisco Esteban» en estado fetal, contestó con empaque:

—Tengo el libro.

—¿Cómo que lo tiene?

—Véalo usted—y lo sacó de debajo de la capa.

—¡Veneno con el tunante! ¿Quieres robarme? ¿Dónde lo has comprado?

—En un puesto de la calle Nueva, por una peseta.

—¡Veneno! ¡Eso no vale, eso es estafarme mi trabajo! ¿No ves que este libro está firmado y sirvió ya para otro?

—Sí, señor; pero como no le falta ninguna hoja, yo creí...

—¡Déjate de retóricas, tunante!—interrumpió amostazado D. José.—Quiere decir que estoy yo aquí para quemarme las pestañas, para gastarme todo el dinero que tenía y empeñarme además, para que con una veintena de libros que vendiese, pasando en manos de un estudiante a otro, quedara yo cornudo y apaleado... ¡Vete de aquí, que no te vuelva a ver; y hasta que compres tu libro no vuelvas a entrar en clase!

Veneno, a quien le quedó ese nombre, embozóse con gran donaire en su capita corta, de vueltas encarnadas, se caló el calañés de media alcuza, y con todo el garbo y continente de un majo en miniatura salió dando compases.

Cuatro o cinco días después, poco antes de la hora de clase, vimos llegar a la plaza del Colegio a nuestro *Veneno*. Varios estudiantes nos dirigimos a él, y uno le preguntó:

—¿Vienes a comprar el libro?

—¡No!—contestó secamente.

—¿Vas a entrar en clase?

—¡No sé!

En tanto contemplaba yo a mi héroe detenidamente.

En efecto, ofrecía bastantes particularidades aquel muchacho, que, aun con la añadidura de su sombrero de media alcuza, apenas nos llegaba al hombro. Su carilla, tostada y seria, parecía la de un hombre hecho ya, pasada la juventud y un tanto marchito. No tenía bozo, ni menos indicio de barba, por lo que campaba descaradamente en su mejilla izquierda la hundida cicatriz de un tremendo *jabeque*, que le corría de la oreja a la boca. Por el borde superior de su encarnada faja asomaba el cabo de una navaja jerezana. La pequeñez de su estatura contrastaba con las más correctas proporciones de grosor y relación en cabeza, tronco y miembros. Calculando, observando y comparando mucho, venía a aquilatarse que aquella criaturilla ni era tan niño como a primera vista parecía, ni tan viejo como la inspección detenida hacía presumir. Parecióme, en definitiva, que podría tener de diez y siete a diez y ocho años mal medrados y envejecidos al mismo tiempo.

—De modo que—prosiguió el interpelante,—¿no tienes el dinero para el libro?

—¡Lo jugué!—respondió, siguiendo su camino y separándose de nosotros, sin dar lugar a más interpelaciones.

No entró en clase ni por ella le volvimos a ver. Un día, a cosa de las doce y media, me dirigía hacia el castillo de Santa Catalina; al pasar delante de la derruida muralla de la Bomba, vi las cuadrillas de presidiarios que la estaban reparando, sentados en varios grupos, concluyendo el rancho unos, descansando del trabajo otros. Uno, entre ellos, más arrebuñado, formando estrecho corro, casi cerrado en bóveda por la inclinación de todas las cabezas al centro, me llamó la atención. Acerquéme, y fue grande sorpresa encontrar en el grupo a *Veneno*, tirando el *cané* a los presidiarios, sobre su maja capa que hacía de tapete.

Me aparté pensativo de aquel lugar. Muchas veces había oído en labios de personas mayores esta frase escueta: «¡los peligros de la juventud!» No me hacía eco; como declamatoria, resultaba vacía. Ahora vino al pensamiento, posándose en

un hecho real. Pero todavía repuse: «¡peligros de la juventud... y de los viejos!»

Dejando por el momento el episodio de *Veneno*, vamos a la lección de D. José.

Luego que se hubo desahogado y calmado, dió comienzo a ella de la siguiente manera: alargó la mano, tomó un cuaderno manuscrito y empezó a leer en él, punto por punto y *c* por *b*, lo mismo que impreso contenía la primera lección de su texto. Nadie podría tacharle de inconsecuente. No existía más diferencia sino que en el libro estaba en letras de molde, y en el cuaderno manuscrito con grande y clara redondilla.

También se echaba de ver que D. José sabía leer tan de corrido, que no hacía puntos ni comas; lo que, añadido a su voz de sochantre y gorda lengua andaluza, daba el admirable resultado de mi bernardina matemática, pero con incomparable mayor perfección y maestría.

Como las primeras lecciones correspondiesen a las generalidades, divisiones, definiciones, etc., no se hicieron experimentos; pero en las siguientes sí, hasta fin de curso. Mientras abejorreaba D. José, un su sobrino (Cisneros), de años mayores, ayudado del mozo del gabinete de física, hacía los experimentos, y así pescábamos alguna cosa.

El gabinete era magnífico, aunque un tanto anticuado; pero estaba prohibido que entrásemos los estudiantes en él, porque no rompiésemos los aparatos.

Terminada la lectura y sus correlativos experimentos, pasaba lista el ayudante, y su tío comenzaba a preguntar:

—Don Fulano de Tal. ¿Qué es Física?

Y el muchacho contestaba de carretilla, o se atascaba así:

—Física es la ciencia... Física es la ciencia... la ciencia...

Y D. José le ayudaba sílaba a sílaba:

—Que... la ciencia que... trata...

—Que trata...

Y era de ver, y no menos de holgarse, con aquel método de

E. M.—*Mayo 1912.*

enseñanza silábica del graciosísimo, singularísimo, pacientísimo y a la vez impaciente D. José.

Pero lo más divertido era cuando llegaba el punto a las explicaciones de la óptica. Como la cátedra había de quedarse a oscuras para hacer los experimentos, ¡aquí te quiero ver! El aula, a pesar de ser la mayor, el mismo salón de grados o *Paraninfo* (como hoy se llama, no sé si con dejo pedantesco), llenábase de bote en bote. A tales experimentos no faltaba ningún matriculado, ni los estudiantes traviosos de los demás cursos.

Leído en plena luz el capítulo correspondiente, D. José echaba una mirada imponente, corriéndola por todos y cada uno de los bancos, y acto continuo endilgaba este discurso oral:

«Señores. Todo lo que corresponde a la luz y a sus leyes, su composición, su descomposición por el prisma, etc., etc., que habeisme oído explicar, no se puede comprender bien sin ver las cosas por sus experimentos.

»Como esto interesa a los que estudian Física, pero aún más a los que estudian Fisiología (porque sin eso no pueden saber lo que es el ojo, ni cómo se ve, ni por qué se ve), y también importa a los Médicos y más a los Cirujanos (para operar las cataratas, etc., etc.), no extraño que esté llena la clase.

»Pero, ¡cuidado conmigo! Suelen venir algunos colegialitos a darla de graciosos y perturbar el orden, aprovechándose de quedar la clase a oscuras. Pues ¡mucho ojo! Porque tengo dadas mis disposiciones, y al que coja lo reviento, así sea el *sursum corda*.

»Andrés (*éste era el conserje*), tú te pones a la puerta de la ventana; y si hay escándalo, cuando yo te diga «¡abre!», abres la puerta de par en par.

»Alonso (*éste era el portero*), tú te pones a la puerta del aula, y no dejas salir a ningún pillo que trate de escabullirse.

»Tú, Cisneros, con el mozo, a atender a los experimentos y a cuidar de que no se rompa ninguna lente.

»Conque... ¡mucho ojo, y lo dicho dicho!»

Cerrábanse las puertas, dejando tan sólo perforación por donde entrara un delgado haz de luz. La clase quedaba en un silencio sepulcral.

D. José tosía, para dar comienzo a su papel de «Maese Pedro». Apenas había acabado de pronunciar la primera frase de «¡Ahora verán ustedes!», interceptándola un *ajo* pelado y desgarrado de las amplias fauces de D. José, era contestado con una carcajada universal, unísona y espontánea, que a la vez salía de todos los ámbitos de la clase.

—¡Ya salió la jeringuita! Alonso, ¿tienes echada la llave a la puerta? Nadie ha de salir sin ser registrado. ¡Ya se lo diré yo al de la jeringuita cuando concluyan los experimentos!

Verdaderamente, D. José no hablaba con propiedad. No era una jeringuita, sino jeringa y muy jeringa, sustraída del Hospital por los estudiantes de Clínica; sólo que para que sus efectos fuesen más eficaces al caso, no se disparaba en grandes masas, sino a pequeños chorretones, para rectificar la puntería en la oscuridad y repetir los asperges.

—Decía, señores, que la luz es un fluido imponderable...

Tolón, tolón. Y de un banco salía el badajeo de un cencerro.

D. José, revistiéndose de paciencia, hacía caso omiso y continuaba:

—Pero no es un cuerpo simple, porque se descómponen en siete colores: rojo, anaranjado, amarillo...

Sonaba la esquila, y contestaban multitud de sonoros instrumentos, campanillas, pitos, trompetas y tejuelas de cacharros castañeteantes, que apagaban la voz gorda del maestro en el seno de un ruido infernal. Después venía un intermedio silencioso, y D. José exclamaba:

—Si no he de poder hablar, ustedes se lo pierden; se harán los experimentos sin explicación. Cisneros, pon el prisma y proyecta el espectro. ¡Otro jeringacito! Ha venido de mi izquierda. ¡Hoy voy a reventar a uno!

A la amenaza contestaban estridentes carcajadas, cence-

rros, pitos, trompetas y tejuelas, golpes de bastón sobre los respaldos de los bancos, taconeos en el piso y cuanto desapa- cible y ruidoso se podía discurrir. Sobrevenía otro intervalo de calma, y decía D. José:

—Están ustedes abusando de mi paciencia, y si esto sigue se concluyen los experimentos. Andrés, en cuanto vuelva el ruido, abre de repente la ventana. Cisneros, dirige un haz a reflector.

Si había un programa expreso para los experimentos, tam- bién lo había tácito para la broma escolar. Cada acto iba en *crescendo*, agregando al anterior alguna novedad. A veces, se declaraba una lluvia de patatas, que cruzaba de banco a banco, y muy principalmente hacia el centro del estrado, donde se suponía al Profesor. No dejaba de alcanzarle algún tubérculo, y advertido Andrés, abría de pronto la ventana; pero más presto quedaba todo en sepulcral silencio, y los alumnos serios y quietos como estatuas.

—¡Está muy bien! ¿Quién, al ver a todos ustedes con los ojos bajos y tan recogiditos como monjas acabadas de confe- sar, había de creer que eran ustedes unos *tales* y unos *cuales*? Pues, ¡ajo! no olviden ustedes que soy de Chiclana, y a mí ninguno me hace la *tal* y la *cual*. ¡Bueno sería que se me su bieran a las barbas cuatro boquirrubios, que me los paso por debajo de los calzones! ¡A mí, que he navegado cincuenta años, y que yo solo reduje y metí bajo la escotilla a los marineros cuando se sublevaron en el navío *Asia!*... ¡Pues no faltaría más!

Descargado su enojo con tan enérgica filípica, añadía:

—Andrés, cierra la ventana, ¡y vamos a ver quién es el guapo que se menea!

No era tan pronto el quedarse a oscuras, como desenvol- verse con mayor estrépito la anterior escena de ruidos, pata- leos, patatazos, *gatadas* y *raterías*. Porque dos o tres gatos muertos, recogidos a prevención en los estercoleros, volaban por el aire, y otras tantas ratas; sin faltar alguno que otro re-

presentante vivo de tales felinos y roedores, que aumentaban la confusión.

—¡Ajo, Andrés, abre!

Entraba la luz del pleno medio día, para alumbrar aquel campo de Agramante, sembrado de patatas, cadáveres de alimañas y algún aparato derribado. La inmovilidad, la seriedad y el silencio sólo eran interrumpidos por el *fu* o el *miau* de algún gato espantado o por la fugaz carrera de una rata que procuraba escabullirse y ocultarse.

—¡Ahora nos vamos a ver las caras! Alonso, Andrés, ¡a la puerta de salida! Abrid sólo una raja, y que no salga nadie sin que yo lo registre por mí mismo. Ahora veremos quién es el de la jeringuita, el que sonaba el esquilón, y los de las trompetas y los pitos. ¡A ver! Aquí ni Dios se menea como yo no lo mande. Por bancos. Usted que está el primero, venga acá.

Salía el interpelado y se dejaba registrar por D. José. Su pito o lo que fuese había ya corrido de mano en mano entre los bancos, y el pecador aparecía completamente limpio. Desesperado D. José a los veinticinco o treinta registros infructuosos, jurando que se la habían de pagar, abandonó su tarea de empleado del resguardo y fuése a dar las quejas al Director, título que entonces correspondía al de Decano.

Éralo a la sazón D. José Benjumeda, hijo de la Escuela, padre refunfuñón, y por consiguiente débil; amantísimo de los estudiantes, cuyas travesuras le encantaban, aunque por obligado disimulo de su Autoridad le hacían poner cara cómicamente hosca.

—Señor Director, vengo a que quite usted a los estudiantes que han asistido hoy a mi clase.

—¿Qué han hecho, que los quiere usted arcabucear?

—Aquí no puedo fusilar. ¡Si estuviera en el navío *Asia*, ya se lo diría yo! Lo que quiero es que nos reunamos en junta de catedráticos, y que de cada cinco alumnos echemos uno a la calle y pierda la carrera.

—Pero ¿qué han hecho?

Punto por punto, D. José le relataba lo ocurrido.

—Pues eso, D. José, es lo mismo que sucedió el año anterior y que le ha pasado siempre. ¡Cosas de muchachos, hombre, cosas de muchachos!

—¡Eso es! Así esto resulta una merienda de negros, y ni se puede explicar ni cabe hacer experimentos. Si yo fuera Director, ya vería usted qué pronto lo arreglaba.

—¡Sí, sí, dígamelo usted a mí, D. José! Usted no se acuerda de que yo era inspector cuando usted estndiante. Entonces estábamos bajo las Ordenanzas de la Armada; y si yo hubiese sido tan riguroso con usted, sería hoy grumete y no catedrático. ¡Vaya, vaya, pues a fe que era usted un chicianerito chusco!

Con tales recuerdos se aplacaba el enojo de D. José. Estas escenas se repetían todos los años; no obstante lo cual, ninguno dejó de hacer sus experimentos de óptica.

IV

*** En que prosigue el retrato de D. José y la última página de Veneno.**

Como ocho días antes del Patriarca, pasada lista, nos largó D. José la siguiente alocución:

«Ha llegado a mis oídos que, según costumbre de todos los años, andan ustedes pensando qué me han de regalar el día de mi santo.

»Unos querrán darme música; otros, un ramillete de esos grandes que se llevan en parihuelas.

»No hagan ustedes tonterías. ¡Para músicas estoy yo! Me alborotan la vecindad, me obligan a salir al balcón a media noche y que pille un catarro.

»Pues, ¿y los dulcecitos? Porque el catafalco de guirlache y merengue no se eche a perder, es preciso estarse atracando

una semana, y se les descompone la barriga a todas las mujeres de la casa.

»Nada de tonterías. ¡Mandádmelo en duros!»

Acto seguido, abrió el cuaderno y comenzó el trabajo de su lectura.

No tardó mucho el mes de Mayo, último de curso, y en que la proximidad de los exámenes pone en un hilo el ánimo estudiantil.

El día primero del referido mes volvió D. José María López a usar de sus arengas, y aquélla fue tan breve como sigue:

—Señores, desde que soy catedrático, no he conocido un curso de peores estudiantes. El que no es un bruto, es un desaplicado. Y aquí me tienen ustedes en el conflicto de tener que darles calabazas a todos, sin excepción.

»No me gusta hacer daño, y menos oír lamentos y ruegos; pero ya sabe todo el mundo que en los exámenes tengo que ser justiciero.

»Lo único que puedo hacer por ustedes es darles un repaso por las tardes, para que así puedan contestar algo en el examen,

»¡No lo hago por interés! Paga adelantada: el repaso, cinco duros.»

No hay que decir que aquí no había tu tía. Los cinco duros eran el *pasavante* indispensable para la aprobación. A los dos o tres días, cada *fisiquero* había satisfecho su contribución; excepción hecha de *Veneno*, que no había vuelto a aportar por la cátedra, ni aun por la plaza del Colegio.

El repaso lo dábamos a las cuatro de la tarde, consistiendo en lo siguiente: D. José dió lectura muy corrida al cuadernillo en que iba la primera lección del curso, y después dedicó un cuarto de hora a hacer preguntas.

Si leyendo despacio no se entendía lo leído (porque el tono uniforme, la voz gruesa y la falta de pausas de punto y de coma que dieran sentido a las oraciones, producían un rumor más bien que otra cosa), figúrese el lector qué sucedería leyendo D. José de mogollón y para salir pronto del paso.

Aquel *runrún* producía mareo, que, unido a la hora pesada de la tarde, a la pereza de la primavera y al zumbar de muchos moscardones (de cierto, atraídos por la lección de D. José), terminaba en el mas profundo sueño. Así, al cuarto de hora, el aula dejaba en pañales a la leyenda de los siete durmientes; porque no eran siete, sino 70 u 80 escolares profundamente narcotizados, muchos de ellos roncadores.

D. José no debía parar mientes en aquello, y aun sospecho que se hipnotizaba a sí mismo; porque de otra manera no se comprende cómo no prohibía las salidas de tono, las paradas en firme, los altos y bajos de los múltiples ronquidos del atento auditorio.

Cuando cesaba el leer y comenzaban las preguntas, la mayoría salía del letargo. Algunos pobres rezagados seguían entonando su respectiva nota musical; que, según fuese entre otras la más sobresaliente (por sonora, destemplada o ridícula), obtenía como premio el fijar a D. José en quién era el artista... y preguntarle la lección.

Paréceme estar oyendo aún el gangoso, sibilante y estridente ruido del rezagado Pablo Subirá, interrumpido de súbito por la potente voz del catedrático:

—D. Pablo Subirá, dígame usted las leyes de la fuerza centrífuga.

Asustado el muchacho, se levanta de repente como impelido por un resorte, mira con espanto a todos lados cual si saliera del caos y se encontrara en un mundo desconocido.

—D. Pablo Subirá—repitió D. José,—diga usted las leyes de la fuerza centrífuga.

Pasados unos momentos, en que ya pudo Subirá darse cuenta de sí mismo, se pasó la mano por la frente como haciendo esfuerzos por traerse a la memoria las susodichas leyes; pero, por más que hizo, no pudo decir una palabra.

Apretado, oprimido y exprimido por nuevos mandatos imperativos de D. José, concluyó por ofuscarse de tal modo, que

estoy cierto de que si le preguntan entonces por el nombre de su padre no hubiera sabido contestar.

Viendo D. José la inutilidad de su imperio, desistió, ordenando al muchacho que para la tarde siguiente trajese aprendidas las leyes de la fuerza centrífuga.

Pablito no se durmió aquella tarde; y aun le vimos, mientras abejorreaba D. José, musitar una y otra vez, pararse, mirar alternativamente al libro y al techo, y seguir entre dientes recitándolas.

Llegó el momento de las preguntas, y fiel a su propia orden repitió D. José:

—D. Pablo Subirá, diga usted las leyes de la fuerza centrífuga.

—Las leyes de la fuerza centrífuga son once. La primera...

Y aquí se atascó; siendo lo más extraño que, si no todas, las siete u ocho primeras las había aprendido de corrido y las había *dado* muchas veces para sí.

—¡Diga usted las leyes de la fuerza centrífuga!—gritó el chiclanero profesor.

—Las leyes de la fuerza centrífuga son once. La primera...

Y mientras más gritaba D. José, menos el pobre de Subirá daba pie con bola. Sudoso y angustiado éste, sofocado aquél, concluyóse la escena como la tarde anterior:

—Para mañana, me aprende usted las leyes de la fuerza centrífuga. Porque, ¿o usted las aprende, o yo le reviento!

De igual manera se repitieron las cosas tres veces más. Compadecido desde el segundo día de las angustias del pobre Pablito, antes de entrar en el repaso le dije:

—¿Traes aprendida la retahila que te pide D. José?

—Creo que sí—me contestó;—hace dos noches que no duermo y no hago más que rezarlas entre dientes.

—Dímelas.

Y en efecto, con leves tropezones, las enjaretó una tras otra.

Mi espíritu, que tenía por necio e injusto el sistema de exá-

menes, en presencia de aquel caso me hizo conocer que además era inhumano.

El cerebro de aquel muchacho, amodorrado por el sueño, sale de él bajo la turbación de una sorpresa y queda por un momento inhábil para recordar ni discurrir. Se le ordena que aprenda una larga jerigonza, de memoria. Pone toda su voluntad en conseguirlo; pero, apenas la emoción que le produce la pregunta del profesor hiere su cerebro, se trastorna en el mismo sentido que la vez primera; una obnubilación naturalísima impide todo recuerdo y toda facultad intelectual. Mas, en el caso de Pablito bien puede decirse que no hay mal que por bien no venga. Avergonzado, no volvió a clase, abandonando la carrera. Nada volvimos a saber de Subirá.

Doce años después, yo, el más afortunado entre los 82 compañeros, el que a los cuatro años de médico había sido mejor tratado por la fortuna, tuve que ir a Carmona, llamado para una consulta. Allí encontré a Pablo Subirá.

Mientras sus condiscípulos seguíamos engullendo jerigonzas como la de las leyes de la fuerza centrífuga, él, saltando por exámenes y grados, vendiendo fajas y marselleses, calzoncillos y refajos, había adquirido un fuerte capital y una posición honrosa. Era alcalde, y estaba muy estimado. Ningún hijo de Esculapio fue favorecido como lo fue él por Mercurio.

¡Lástima de sociedad ésta, que se empeña en que toda la juventud ha de vivir a la ubre de las carreras profesionales! Gracias a las leyes de la fuerza centrífuga, Subirá tomó mejor ama de cría.

A la semana de repaso, los bancos se fueron aclarando; pocos días después, apenas si concurríamos seis o siete escolares. Llegó a tal punto la deserción, que D. José tuvo que cantar la nana tan sólo a D. Antonio Aragonés y a mí. ¡A esto quedó reducido su auditorio! Concluída la lectura, nos dijo:

—¡Vámonos! ¿Han visto ustedes año de peores estudiantes? Luego, los compromisos son para mí. Van a examinarse, no contestan una palabra, y para que los aprueben tengo que

andar a puñetazos con los catedráticos que conmigo forman el tribunal.

Verdaderamente que D. José tenía razón, pero no dejaban de tenerla a su vez los colegiales. Los cinco duros poseían la mayor virtud; eran la bula que redime toda clase de pecados. Y, por otra parte, ¿quién aguantaba el *runruneo* aturridor de D. José?

Ni él se enteraba de lo que leía, ni a sí mismo se oía apenas. La prueba de este aserto está en el hecho que voy a referir.

Según dijimos, a más de la cátedra nuestra, explicaba Clínica médica a los estudiantes de sexto y séptimo año.

Su sistema era igual para todas las asignaturas: leer la lección, que llevaba manuscrita en un cuadernillo de papel y que copió de cualquier libro el primer año que tomó el oficio de catedrático. Ya, con tan cómodo expediente, los años sucesivos redujo su trabajo a ir puntualmente (eso sí) a su cátedra y leer los cada vez más añosos manuscritos. Pero, ¿cómo los leería, cuando un *clínico* que llegó a cátedra antes que D. José, al ver el cuadernillo sobre la mesa, le dió la tentación de escribir una diablura en el claro de una línea que quedaba después de un punto y aparte?

D. José comenzó la tarea de su lectura. No atendió siquiera a la variación del carácter de la letra, y en su monótona faena llegó a barbotear de corrido estas palabras: «*Es una vergüenza que un catedrático de Clínica explique por un cuadernillo. Los síntomas di...*»

Hasta llegar a la primera sílaba de la palabra «diferenciales», no cayó en la cuenta. Poniéndose de súbito en pie, cerrando el puño y lanzándolo adelante cual si quisiera hundirlo en las narices del auditorio, le apostrofó de esta manera:

—¡Me hago la *tal* y la *cual* en el *tal* por el *cual* que ha escrito esto!

Y salió bufando.

El primero de Junio comenzaron los exámenes. Grande

fue nuestra sorpresa cuando vimos pasear por el claustro a *Veneno*.

—¿A qué vienes aquí?

—A examinarme.

Todos nos quedamos con la boca abierta.

—¿A examinarte, tú?

—A examinarme, yo.

Y echó a andar, con desprecio, para no dar explicaciones.

Aunque los exámenes eran públicos, por concierto expreso de los estudiantes, resultaban secretos. Sólo entraban uno a uno, a medida que era llamado por lista y repetido su nombre en alta voz por el bedel. Entraba el examinando; y los compañeros quedábamos guardando la puerta para evitar la fiscalización indirecta, y hacer que en el caso de un desastre fuera éste menos vergonzoso.

Veneno tenía el número 8 en la matrícula. Aunque desde la escena del libro fue borrado de la lista, aquel solemne día sonó su nombre, y entró en la sala con su habitual traje y acostumbrado desplante.

A pesar de la consigna, algunos *fisiqueros* nos quedamos con medio cuerpo fuera y medio dentro del salón, para ver lo que iba a pasar.

Presidido por D. José, como profesor de las principales asignaturas, formaban parte del tribunal D. Manuel María de Porto, profesor de Botánica (cuya asignatura daba en el primer trimestre), y otro catedrático que no puedo recordar, y que hacía de secretario.

Lo primero fue extrañarse del caso D. Manuel de Porto, y decir al alumno:

—Usted está borrado de mi lista, porque sólo asistió los dos días primeros a mi clase.

Veneno no contestó, pero D. José lo hizo por él de esta manera:

—Es verdad. Cayó enfermo con unas intermitentes, me llamó para que le asistiera; y, aunque le atraqué de quinina,

siguió con las calenturas hasta que tomé el partido de mandarlo a su tierra, y ya no pudo venir hasta pasadas las vacaciones de Navidad; pero en mi clase ha sido muy asistente y sabe bien la asignatura.

D. Manuel meneó la cabeza; y antes de que dijera nada, comenzó D. José a hacer preguntas a *Veneno*, las cuales contestaba éste de corrido.

Preguntó después Porto, y no le contestó ni una sola palabra. Antes que el Secretario preguntase, D. José dijo á *Veneno*.

—Puede usted retirarse.

Salió, y los curiosos despejamos la puerta. Tardaron bastante tiempo en llamar al número 9; oíamos voces de altercado entre Porto y D. José. Al fin votaron D. José y el Secretario por la aprobación y D. Manuel por la reprobación; pero, constituyendo los primeros mayoría, quedó *Veneno* a flote.

¿Cómo se había hecho este milagro? Ahora se sabrá; y se sabrá por boca del mismo D. José.

Cursaba con nosotros Física un hombre hecho y derecho, de más de treinta años, a quien ya he nombrado: D. Antonio Aragonés. Como persona formal, le distinguía D. José; y después de clase, se iban en compañía hablando amigablemente.

D. José, con sus genialidades y defectos, incluso el de andaluz exagerador e inventor de embustes (que él mismo consideraba a veces hechos reales), era un espíritu ajeno a toda clase de hipocresía. La absoluta carencia de tal vicio declaraba los que tenía, sin hojas de parrá ni veladuras, haciéndole tomar cierto aspecto cínico; pero sin producir repugnancia, sino risa, por las razones que luego manifestaré.

Pasados los exámenes, Aragonés interpeló al profesor:

—D. José, ¿cómo fue que *Veneno* ganó el año?

—¡No me hable usted de eso! ¿No sabe usted lo que ha pasado?

—No, señor, y por eso lo pregunto.

—Pues voy a contar a usted lo que ha hecho ese pillo.

«El día antes de los exámenes se presentó en mi casa con su padre, quien se echó a mis pies, y me dijo que su niño se lo había confesado todo: que no había ido a clase, que no había comprado el libro ni estado en el repaso. Pero que él era un pobre labrador, que hacía grandes sacrificios por dar carrera al niño. Que si éste era desaplicado y de mala conducta (cosa disculpable en un muchacho), en cambio era más valiente que un gallo inglés, por lo cual tenía fama y era el niño mimado en Ronda y toda la Serranía. Que si perdía el año, su madre se iba a morir de pena; tanto más que estaba de meses mayores. Que yo era el cuchillo y él la carne. Que era persona muy agradecida, y que no perdería yo ni lo del libro ni lo del repaso, ni el favor de aprobar al niño. En fin, tanto me suplicó y me dijo, que no pude resistir. ¡Vamos, que con este corazón que Dios me ha dado, casi se me saltaron las lágrimas! Pero, como yo he *corrío* mucho mundo y a mí nadie me la pega, dije al padre:

»—Voy a hacer por usted un imposible: voy a que *Veneno* gane el año. Pero de mí no se burla nadie, y ya sabe usted lo que pasó con el libro y el repaso.

»—Sí, señor, se lo pagaré a usted todo: siete duros y medio. Y por el favor de aprobarle, le daré hasta veinte.

»Como usted comprende, quedaban doce duros y medio por la aprobación (lo cual era una mezquindad), por lo que le dije que *no*, y me cerré a la banda.

»Preguntóme que cuánto quería, y le contesté que cincuenta duros; pues menos no era decente que tomase un catedrático como yo. Me dijo que era un pobre, casi un *penjabro*; que nos fuésemos a la tienda de la esquina a tomar unas cañas, y allí acabaríamos de arreglarnos.

»Salimos y me convidó. Tomamos unas cañas; y, tira y afloja, quedamos en que me daría veinticinco duros por la aprobación. Pero como yo le hiciera ver la importancia y dificultad del servicio, por causa de mis compañeros de tribunal y principalmente del maricón de Porto, el padre no se avi-

no a entregarme el dinero hasta que el niño no obtuviese la aprobación. Y como yo no soy interesado, propuse que se depositara el dinero en manos de Bonifacio, el montañés dueño de la tienda. Convenido, llamamos a Bonifacio, se le entregó el dinero, se le enteró del trato; y pidiéndole medio pliego de papel, tintero y pluma, escribí:

»—*¿Qué son cuerpos?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Cuáles son las propiedades de los cuerpos?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Qué es calórico?*—Y aquí va la contestación.

»—*¿Qué instrumentos son los que sirven para medir el calórico?*—Y aquí va la contestación.

»En seguida le dije a *Veneno*:

»—Aprende bien esto, y no me comprometas.

»*Veneno* contestó bien a mis preguntas. Pero el maricón de Porto, conque no había concurrido a su clase, y conque no le contestó a nada de Botánica, quería reprobarle y se atestó y le echó bola negra, por más que yo le eché la escandalosa. Pero, como yo era el presidente y el catedrático de la asignatura principal, el secretario, a quien ya le había yo hablado, se vino conmigo y gané la votación.

»Pero, ahora entra lo gordo, lo que no se le puede a usted pasar siquiera por la imaginación. ¿Qué cree usted que hizo el pillo de *Veneno*? Pues, apenas supo que había salido bien, salió corriendo mientras yo quedaba en el tribunal examinándoles a ustedes. Cuando concluí, pasé a la tienda y pedí a Bonifacio los veinticinco duros. Se puso blanco, y me preguntó:

»—¿El muchacho salió bien?

»—¿Pues no había de salir? ¡Y poco trabajo que me ha costado! Dame los veinticinco.

»Se puso más blanco todavía, y me soltó el muy bestia casi a punto de llorar:

»—¡D. José de mi alma, ese tunante de muchacho me ha engañado! Entró aquí muy cabizbajo y se sentó en ese banco, junto al mostrador; le pregunté cómo había salido, y me

dijo que le habían dado calabazas. Que usted se había peleado con el tribunal y hecho cuanto pudo; pero que no contestó a los otros señores, y por sus dos votos contra el de usted quedó reprobado. Así estuvo mucho tiempo, mirando al suelo y dando suspiros, y después me dijo:

«—Mi padre, de la pena, se ha puesto malo; y me manda para que recoja los veinticinco duros.

»—¿Y se los dió usted?—le pregunté.

»—¡D. José de mi alma, perdóneme usted y dígame lo que quiera; pero me engañó el tunante, y le di los veinticinco duros!

»Como usted calculará, yo monté en cólera y le dije todo lo que me vino a la boca. Le manifesté, por último, que yo no tenía nada que ver con eso; que él era el depositario y, por consiguiente, el responsable de la cantidad. ¡Pero, nada! Aquí me tiene usted sin el dinero, sin saber dónde paran el sinvergüenza de *Veneno* ni su padre, ni cómo voy a sacárselo al bestia de Bonifacio. Y, créalo usted, D. Antonio: no siento tanto la pérdida de los veinticinco duros como siento el haber sido burlado por un chiquillo. ¡A mí, burlarse de mí, que tengo rozados los calzones de pasarme por debajo el presidio del navío *Asia!*»

Grosero, pero genuinamente andaluz, espontáneo y gracioso, con su superabundante y aberrada imaginación, falto de instrucción y de cultura, suplía sus deficiencias con intuición innata, que le permitía ser práctico felicísimo en el tratamiento de los enfermos de su clínica. Sano de cuerpo, fuerte estructura, osado y de enérgica voluntad, tenía el dón de mando, imponiéndose de grado o por fuerza.

Parecía cínico, y no lo era realmente: él creía buenos sus actos. Miraba como cosa justa vender sus libros, y como una picardía que no se los compraran; el agasajo del día de su santo, como una adehala honesta y corriente, abonada por la costumbre. Él, que no conocía la hipocresía ni el disimulo, no

podía entender los refinamientos que la sociedad actual llama delicadeza; y encargaba que no gastasen el obsequio en músicas ni en dulces.

Los cinco duros del repaso consideraba en serio que constituían obvención aneja a su destino; y así de todos los provechos que podía discurrir.

Esta moral de manga ancha (¡no hay por qué asustarse!) chocaba en D. José... porque D. José vivía retrasado.

V

¡Qué tiempos aquellos!

Esa moral era la imperante, la corriente como cosa naturalísima a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, en todos los cargos, jerarquías y oficios, desde la Iglesia y la curia eclesiástica hasta la administración de justicia, desde los reyes hasta los regidores perpetuos, del primero al último de los funcionarios.

El rey consideraba como su propio peculio el de toda la nación. Así pudo verse que un soberano como Fernando VII, que reinó pocos años y en una época tan pobre y calamitosa, pudiera legar en su testamento fabulosa fortuna.

Muchos cargos oficiales carecían de retribución, siendo compensada ésta con arbitrarias obvenciones; todavía, cuando esto escribo, quedan restos de organismos tan imperfectos cual se puede ver en la socaliñadora curia eclesiástica y en la escala baja de la judicial.

Tiempos atrás no se solicitaban las magistraturas en América, ni los empleos, ni aun los cargos de virreyes, por el mero sueldo; sino por las obvenciones, los estipendios y elásticas adehalas que cada cual medía a su sabor. Pretender que todos nuestros antepasados fueran impuros, sería injusto; pero hay que confesar que la pureza tenía en la opinión límites menos estrechos que en la actualidad.

E. M.—*Mayo 1912.*

En nuestros tiempos, D. José María López resulta un pequeño trasunto del histórico Verres; cuarenta años atrás, era un catedrático como tantos otros en esto de inventar socialidades para pasar la vida. Hoy se comete un desfalco: si se sabe, se denuncia, lo publica un periódico y lo repiten ciento. Antes, ni aun existía fiscalización capaz de denunciarlo: cuando menos, quedaba oscurecido y no producía escándalo.

Respecto al modo de enseñar leyendo un manuscrito, también si se examina caeremos en la cuenta de que es recuerdo de pretéritos sistemas de enseñanza. Los maestros de los pasados siglos no daban enseñanzas orales, sino lecturas. *Lectores* se llaman aún los maestros de las órdenes monásticas. *Lector* de Cánones, Teología, Leyes, Medicina, se decían los catedráticos de las Universidades. Leer a tontas y a locas, sin puntos ni comas, sin sentido y sin atender siquiera a lo que se leía, era ya el último eco de un modo de enseñanza degenerada y pervertida, tan detestable como la que hoy impera, consistente en charla insustancial y gárrula, urdimbre de lugares comunes y vulgaridades que se ensartan un día y otro día, para rellenar una hora y salir del paso.

Abrigo la esperanza de que el cuerpo docente, volviendo pronto por los fueros de su propia dignidad, se fije en sus deberes. Al efecto, darán de mano a las parodias oratorias. Las enseñanzas subjetivas (como el Derecho, la Moral, la Literatura, etc.) se darán leyendo los tratados serios, examinándolos, compulsándolos y explicándolos con notas y observaciones orales breves del maestro, para que sean mejor comprendidas por los discípulos. Tal sistema de enseñanza es el que prevalece en Alemania y otros países donde la pedagogía se encuentra adelantada. Y bueno es decir que ya en España algún profesor digno y celoso comienza a practicar dicho sistema, dando de mano a la infeliz pretensión de convertir la cátedra en un aprendizaje del Parlamento.

Las ciencias objetivas (como las Físicas, Naturales, etc.) se enseñarán... enseñando los objetos, mostrándolos a la vista, a

la atención, a la observación, a la experimentación y al propio estudio de los alumnos; dándoles verbalmente las noticias, los datos y relaciones que los objetos examinados sugieran, así como las claves para su clasificación y observación.

Causa grima tener que repetir cosas tan triviales, evidentes y sabidas; pero a la repetición obliga el hecho verdadero y desgraciado de que no se practiquen ni aun por la minoría de los que tienen el sagrado oficio de la enseñanza.

¡Ay! ¡Cuántos bochornos, cuántas torpezas, cuántas ignorancias hubiera yo dejado de sufrir y cometer, si me hubiesen educado y enseñado de tan sencilla manera!

VI

* El Sr. D. Manuel José de Porto.

¡Cuán grato es su recuerdo para mí! ¡Cuánto respeto me inspira su memoria!

En 1842 tendría próximamente cuarenta y cinco años. Su estatura y continente eran muy análogos a los de D. Salustiano Olózaga; no tan bello como éste, pero sí del mismo porte grave y distinguido. Su cara algo achatada y con muchos hoyos de viruela; cuidadosamente afeitado, usaba peluca de color castaño, bien peinada y no ridícula. Vestía con conveniente elegancia, adecuada a su edad: tan limpio y tan flamante, que parecía su ropa acabada de salir de casa del sastre.

Tan severas sus costumbres, que, por no tener vicios, ni aun fumaba. Era soltero, y no se hacía memoria en él de ningún devaneo. Por esto y su pulcritud le llamaba D. José María López «maricón», a sus espaldas, pues en su presencia le guardaba mucho respeto; hasta el punto de que sólo al Director y a Porto trataba de *usted*.

Hacía religión de sus deberes. Era tipo de hombre ilustrado; no llegaba a profundo, sino en las asignaturas que tenía

que estudiar para enseñarlas. Aun en estas, no hacía gala de sus conocimientos, y eso que estaba al día con los últimos. Hablaba con facilidad y sobria elegancia, preocupándose de la claridad y porque los alumnos le entendieran. Enseñaba bien la Botánica, mejor la Fisiología, y sobre todo, la Patología general.

Visitaba muy poco, y sólo a familias distinguidas, de manera que le quedaba tiempo holgado para estudiar y asistir puntualmente a sus cátedras.

En el partido progresista era jefe del matiz más avanzado, contrastando con sus hábitos tranquilos y de orden.

Respecto a esto último, bien podría ponerse de modelo. Sin tener caudal, su orden llegaba a permitirle vivir con dignidad y desahogo. Su casa parecía su retrato: limpia, amplia, amueblada con tal decencia que inspiraba respeto, sin la impresión envidiosa que provoca el lujo.

Trataba a los estudiantes con consideración, pero a distancia. Molestábanle la grosería y malas formas. Repugnaba la capa y el *calañés* en los estudiantes: a estar en su mano, hubiera proscrito de la cátedra tales vestimentas.

Sereno y justo, no llegaba a severo; los estudiantes malos le respetaban, los buenos le amaban y respetaban. Su sistema era más oral que objetivo; tenía, sin embargo, algo de lo último.

Fue diputado a Cortes varias legislaturas. Vino de catedrático a Madrid, juntamente con D. José María López; Porto quedó de catedrático a secas; D. José llegó a Decano en la Central.

VII

* Mis camaradas fisiqueros.

Pretender que la educación y la enseñanza se obtienen exclusivamente de los maestros, es el concepto más estrecho y absurdo que se puede imaginar.

Por el curso de estas notas resulta demostrado que todo educa y enseña a la criatura, así los animales como las gentes, así la tierra como el agua y cuanto encierran los que decimos hoy medio interno y medio externo. No hay duda, enseñan y educan las propias sensaciones y emociones, los goces; aún más los dolores y las pesadumbres. Educa asimismo todo lo que nos rodea, y nos enseña e instruye desde que nacemos hasta la muerte.

Tanto como de los maestros, más que de los maestros, aprendí yo del comercio y trato con mis compañeros.

Desde el primer día se estableció en el cuerpo escolar la corriente de compenetración que constituye las sociedades. Dentro de esa especie de piña se construyeron asociaciones particulares de tres o más individuos que, por atracción de carácter, edad, educación o simpatía, venían a hacerse camaradas.

El grupo particular de mi filiación lo compusieron D. Antonio Aragonés, Imperial Iguino y un servidor de ustedes.

D. Antonio Aragonés era un hombre de treinta y cuatro años de edad, mediano de cuerpo, fornido y cerrado de barba negra.

Vestía con lujo, pero sin elegancia, por más que seguía la última moda. Llevaba grandes alfileres de brillantes en la pechera, ricas y numerosas sortijas inmovilizaban sus cortos y robustos dedos, y (para mayor declaración de abundancia en bienes de fortuna) usaba calabrote de oro para el reloj.

Los antecedentes de su vida eran interesantes. De muchacho, se acomodó de mozo en una tahona y después en una fábrica de fideos. Hízose muy perito en el oficio, llegó a maestro y partícipe en la fábrica; años después quedó dueño exclusivo. Exportó sus pastas a las Américas, y le fué viento en popa.

Satisfecho por este lado, sintió el noble deseo de adquirir ilustración, siguiendo una carrera; y, en efecto, a fuerza de firme voluntad, pasó la segunda enseñanza y entró a cursar el preparatorio de Medicina.

El amor propio, juntamente con su edad, le imponían grandes esfuerzos para distinguirse de la turba de los mozalbetes. Estudiaba con testarudez para conseguirlo, y buscó la amistad de Imperial Iguino, que era el número uno de la clase.

Iguino contaba diez y seis años. Yo, entonces, quince; pero, alto de más de cinco pies y ancho de pecho, aunque ligero de carnes, seguía como siempre representando tres o cuatro años más. Resultaba, por consiguiente, después de Aragonés, el más hombre de la clase; circunstancia que señaló mi puesto en aquella trinidad.

Imperial Iguino era el hijo mayor de un catedrático de aquella Escuela de Medicina, de su mismo nombre y apellido. Mi camarada, para su temprana edad, tenía uno de esos talentos prodigiosos y envidiables que rara vez concede la Naturaleza: inteligencia clara como el chorro de una fuente, memoria fenomenal, casi irritante. Dirigido por su padre, había hecho los estudios de la segunda enseñanza con seriedad. Sabía Matemáticas al dedillo; Historia Universal y de España, no con puntos ni comas, sino por obras maestras; conocía los clásicos latinos, con pelos y señales; la Literatura española, a fondo. Había leído y podía recitar *c* por *b* desde las obras de San Isidoro y de Santa Teresa hasta los escritos de Jovellanos. Además del latín, hablaba correctamente italiano y francés. Por último, era un erudito a modo de los Ménendez Pelayo.

Los apuros que yo pasaba para no hacer un papel deslucido en el triunvirato, sólo Dios lo sabe. Aragonés pasaba las noches estudiando en el libro de texto; Iguino, a los cinco días lo sabía de memoria. Yo lo abrí, y apenas pude leer la primera hoja; tal y tan arraigada de antiguo era ya mi aversión a los libros dogmáticos.

Nada podía sacar en claro del runrún del profesor, quedándome con alguna idea que sacaba de la vista de los experimentos, más alguna otra que me sugería la intuición del len-

guaje técnico y que fué pegándose al oído, de las recitaciones que hacía a su modo Aragonés para su propio uso, y de la contestación que a mis observaciones y disputas osadas daba Iguino. Por ejemplo:

—Todo eso es ignorancia—decía yo;—la luz y el calor son una misma cosa y no distintas, como tú aseguras por la autoridad de los libros.

—Esa idea no es tuya—replicaba Imperial;—es un pedazo de añejas y abandonadas doctrinas, como la teoría de los cuatro elementos, doctrinas en que creyeron los antiguos filósofos Fulano y Zutano, Mengano y Perengano.

Y seguía ensartando una retahila de nombres griegos y aun latinos, con los textos correspondientes, que me desesperaban.

—Pues mira—decíale yo;—no he leído ni por el forro a esos señores, y apenas si los conozco de nombre; lo que afirmo es que así se presenta a mi razón; y me carga que, con tus erudiciones, quieras suponer que he cometido un plagio.

A cada paso armábamos disputas semejantes, resultando siempre que todo cuanto se me ocurría habíaseles ocurrido ya a cien personas y cien siglos antes.

De todas suertes, yo con mis inventivas e Iguino con su saber, andábamos constantemente enredados; Aragonés reservaba su opinión, pero nos oía con la boca abierta. Después de todo, hablando y hablando de lo que no sabía una jota, iba pescando algo y haciendo mis composiciones de lugar.

El caso fue que, llegados los fementidos exámenes, los tres obtuvimos nota de sobresaliente: Aragonés, porque se metió el texto en la mollera; Imperial, porque se lo merecía; yo... no se sabe por qué.

VIII

* Cosas del mundo.

El paralelismo de los hechos obligame a suspender el relato de las cosas escolares y relatar otras que, no siendo escolares, enseñan y educan.

En las vacaciones del verano empleé mal el tiempo: los meses de Junio y Julio los pasé sin hacer otra cosa que tirar al florete; Agosto y Setiembre, en Jerez correteando.

Alguna ventaja saqué por el lado de la esgrima. Desde las once a las cuatro de la tarde, con intervalos de descanso y conversación, asaltaba con cualquiera hasta rendirlo, y luego a otro y a otro. Casi en ropas menores, a pesar del calor del verano y del sudor debilitante, proseguía ágil tan violentos ejercicios.

Así adquirí solidez y rapidez en los movimientos, bastante sensibilidad en lo que se llama *tacto de hierro* y el conocimiento práctico del *medio*, o sea de la distancia más oportuna en cada instante para el ataque o la defensa.

La variación de jugadores también producía enseñanzas y ventajas, así por lo que a la esgrima se refiere, como por lo que respecta a otras esferas. Bien dice el refrán: en la mesa y en el juego se conoce la educación de las personas. En el juego de la esgrima, mucho más: viene a ser el simulacro de una lucha personal, que pone al desnudo toda la oculta cantidad de amor propio de que están dotadas las criaturas; saca a plaza los defectos más secretos del corazón y del carácter; descubre las condiciones morales, las virtudes simuladas y los grados en que están las verdaderas. Al fin y al cabo, suaviza la soberbia, establece una disciplina que obliga a reconocerse superior a unos e inferior a otros; educando así la resignación, que toma la figura de humildad digna; y educando también el sentido de nobleza, que adquiere la forma de generosidad disimulada.

Por otra parte, siendo Cádiz puerto de mar, ofrecía ocasión para el estudio de una clínica abundante de bribones, matachines, fanfarrones, desgraciados y hombres de bien, venidos de muchos puntos, y todos vistos al desnudo en el espejo de la esgrima. Ya daré cuenta, a su tiempo, de algunos ejemplares.

Couozcamos ahora al que fue mi maestro, D. Juan Camas. Híbrido franco-hispano, firmaba Camas por españolizar su apellido Campmas: altísimo de cuerpo, colorado y grueso; cincuenta y dos años en 1843, con el aditamento de una peluca rubia; ágil y tirador de la buena escuela francesa.

Su historia, ¡vaya usted a saberla! Y no es porque dejase de contarla todos los días, sino porque en tratándose de este punto, era tan embustero, que trabajo le mando a quien procurase averiguarla.

Ya decía que pasó una noche herido, en Rusia, y gracias a que, muerto al lado su caballo, le abrió la barriga y se metió bonitamente en ella como en su caracol Bernardo el Ermitaño; ya aseguraba que fue prisionero en Austerlitz; ya que había servido por la causa española en la guerra del Rosellón.

En último término, de todo el berengenal de hazañas, cuentos, inverosimilitudes e imposibilidades cronológicas, sólo pude sacar en claro que había sido soldado, gracias a un *tatuaje* que tenía en el brazo izquierdo, algo borrado por vejigatorios, y que procuraba ocultar cuidadosamente.

Por apariencia física, continente, frases y género de fanfarronería, debió de servir en el ejército francés; pero cuando ya descansaba de su fatuidad Napoleón en Santa Elena. De soldado aprendería la esgrima, llegaría a maestro, y traído a España como uno de los cien mil hijos que parió San Luis para nuestro regalo, cumpliría en Cádiz; y en Cádiz se quedó, de maestro de florete.

Sea lo que quiera, sólo sé de ciencia cierta que le conocí por vez primera en el Colegio de San Pedro, y en el punto y hora en que fuí a iniciarme bajo su magisterio.

El ejercicio de la esgrima obliga al cuerpo a mantenerse

en firme equilibrio en todas las circunstancias, en los diversos movimientos y posiciones. Tal condición se adquiere con el hábito de esgrimir; da a la persona cierto desplante en el modo de estar y de andar, que resulta provocativo y fanfarrón si el individuo no lo advierte y lo corrige por virtud de una educación delicada.

Careciendo de ella Camas, y vaciado en la turquesa del ejército que se comía los niños crudos, resultaba una caricatura a este respecto. Como toda caricatura impresiona a modo de mascarón, prodújome un efecto educativo; y entiendo que no debe echarlo en saco roto la Pedagogía. Advertido de ello, procuré atenuar mis desplantes, disimular la firmeza en las actitudes con maneras de la mayor urbanidad y cortesía. Y véase cómo lo que no pudo conseguir D. Diego Choquet de Isla, etc., etc., con sus afectados cumplimientos y la sempiterna lectura de su libro, lo consiguió Camas sin pretenderlo ni saberlo y por opuesto camino.

Si Camas era así por fuera, por dentro resultaba un bendito de Dios. Buen padre y mejor esposo, trabajaba cuanto podía por ganar el pan de su familia, sintiendo todo el apego a la vida que es propio del instinto de conservación, aumentado por los lazos de mujer e hijos.

Pero, he aquí un contraste: creía que su papel de maestro de armas le obligaba a echárselas de plancheta con todo el mundo y más con los tiradores forasteros, principalmente si ofrecían visos o señales de pretender establecerse en Cádiz para hacerle competencia.

Las primeras veces que asistí a esas escenas me temblaban las carnes: creí que iba a llegar la sangre al río. Las palabras gordas, las provocaciones, los insultos recíprocos llegaban hasta el punto de echar mano a los sables o saltar los botones de los floretes y ponerse en guardia. Mas era el caso que en llegando aquí, sin saber cómo, volvíase todo agua de cerrajas. Eso sí, continuaba el ceño y aun los malos modos; pero cada *feroche* se iba por su lado.

IX

*** En Jerez de la Frontera.**

España estaba en armas. El Duque de la Victoria defendía su Gobierno con cierta parte del ejército. Poblaciones de importancia, sólo le quedaban Madrid, Zaragoza y Cádiz; sublevada Sevilla, sufría el bombardeo, cuyo eco llevaba la noche serena hasta Jerez.

La familia Torres, enemiga de progresistas y *ayacuchos*, estaba más contenta que unas pascuas; no así yo.

Pasé triste la temporada. Hallábase casada María Pepa. Veía venirse encima grandes nublados. No tuve gusto para registrar la librería del *Caballero*. Andaba taciturno. Escribía algunos versos, menos vacíos que los de antaño.

En Setiembre regresé a Cádiz, matriculándome en primero de Medicina. Antes de empezar el curso, habían ocurrido graves sucesos.

En Torrejón de Ardoz recibió el último golpe la causa del Duque de la Victoria; éste levantó el sitio de Sevilla. Las tropas fueron abandonándole; y sólo llegó con los más fieles hasta el Puerto de Santa María, donde a duras penas pudo embarcarse y tomar asilo en un buque de guerra inglés que le esperaba en la bahía.

Las avanzadas de D. Manuel de la Concha no encontraron resistencia. Cádiz permanecía aún por el Duque; pero como su causa era perdida, bastó que salieran gritando algunos carabineros para que se abriesen las puertas a D. Manuel de la Concha.

Según uso y costumbre, constituyó una Junta; y su primer acuerdo fue el siguiente oficio, que leyó mi padre, a las cuatro de la tarde, estando con nosotros a la mesa, acabado de comer:

«De orden de la Junta Suprema, saldrá usted de Cádiz y su

provincia en el término de veinticuatro horas precisas.—El Presidente, Manuel de la Concha.»

Mi padre sacó un bolsillo de seda verde, y de él tres monedas de oro de a cuatro duros. Dió dos a mi madre, y se quedó con una.

—No tengo más dinero—dijo.

Arregló sus papeles, hizo la maleta, y en un falucho que salía al despuntar el alba para Málaga, tomó pasaje por tres duros.

X

* La escuela de los apuros.

Ocho duros por todo capital bien poca cosa es, y más poca si se trata de una familia algo numerosa.

Componíase la nuestra, a la sazón: de mi buena madre y su virtuosa y hermosísima hermana Dolores; de tres hijas, Victorina, enferma de la razón; Amalia y Paz, enferma de hidropesía; de dos hijos, Pepe, entonces de cinco años, y un servidor de ustedes, de diez y seis.

La primera medida fue despedir la casa y arrendar un piso de seis duros al mes; despedir el criado y las criadas; vender en almoneda los muebles de la sala y todo lo demás que, cual las camas y otros menesteres, no resultaba tan preciso.

Con esto se fué tirando un par de meses. Mi madre y su hermana lo hacían todo, desde la cocina al lavado y arreglo de la ropa; Amalia ayudaba en lo que podía y en el cuidado de las enfermas.

El tercero y el cuarto mes se pasaron vendiendo los cubiertos de plata; el quinto, los pendientes y alguna gala que se pudo arañar; el sexto y los siguientes... no lo sé, ¡la Providencia!

En tan angustiosa situación hallábame al comenzar la carrera. La tristeza me hizo más reflexivo; si a los catorce años

parecía tener diez y seis, a los diez y seis representaba veinte.

Con la mayor y mejor voluntad que en una criatura puede darse, comencé a estudiar Anatomía, y me dije: «Hasta ahora has sido un malísimo estudiante, no has abierto un libro; has ganado los años sin saber cómo, por misericordia de Dios y haciendo unos exámenes de farfulla. ¡Vida nueva! Aprende de tu madre, que no descansa ni de día ni de noche; que, porque salgas limpio, se pasa lavando hasta la madrugada, y luego se pone a coserte la ropa y a quitarle las manchas, para disimular en la calle la pobreza. Ya que no sabes ganar un cuarto para aliviar a la familia y cumplir con tu deber, estudia al menos, para ser algún día útil y digno.»

Majarón estudiaba, así como Coterá y Palau (mis paisanos y antiguos camaradas en la Aurora), el tercer año; no necesitaban ya el texto de Anatomía, y Majarón me prestó el suyo, un tanto sucio y deshojado.

No bien hube llegado a casa con mi libro, cuyo autor era Boyer, comencé a leerlo. No entendía la lectura.—«Párate, hombre; párate, y lee con paciencia y con más atención, párrafo a párrafo, oración por oración. Pero, ¡si parece que esto no está en castellano! *La Anatomía se divide en Osteología, Miología, Angiología, Neurología y Esplacnología.*» ¡Demonio de nombres tan extraños! Y tendré que conservarlos en la memoria. *Miología...* no, primero *Osteología*, eso es, *Osteología...* ¿Qué sigue? *Miología*. ¿Y ahora? *Esplacnología*. Ya sé, *Osteología, Miología...* ¡No me acuerdo! A ver el libro: *Angiología, Neurología y Esplacnología*. ¡Por vida del diantre, que voy a estar repitiendo estas palabras hasta que San Juan baje el dedo!

Y me echaba a andar por la casa como un insensato, repitiendo: *Osteología, Miología...* Ya rendido, y no sin trabucar el orden a lo mejor de la taravilla, continuaba la lectura. «*La Osteología es la primera parte de la Anatomía, y estudia y trata de los huesos, de las articulaciones y de los ligamentos.*» De los huesos, lo entiendo; de las articulaciones, lo entiendo; de los

ligamentos..., ¿qué ligamentos serán éstos? En fin, ya me lo dirán.

«*La Miología es la segunda parte de la Anatomía, y trata de los músculos y aponeurosis.*» Músculos, músculos... deben de ser las carnes rojas; sigamos leyendo. «*Llámanse así de mus, muris, el ratón, por tener parecido estas partes al ratón desollado.*» ¡Diablo de etimología, tan ridícula y pedantesca! Pero, en fin, sea de ello lo que quiera, sé que la *Miología* es la parte que se ocupa en estudiar la disposición de las carnes. ¡Adelante!

«*De los músculos y de las aponeurosis.*» Aponeurosis, aponeurosis... ¡qué demonio de nombre! ¿Y qué significará? No lo dice aquí; lo dirá más adelante. Pero, en el entretanto, ¿cómo voy a conservar este nombre raro, bailando en mi cabeza, sin ninguna imagen de objeto o cosa que lo represente?

En fin, como a cada paso topaba con uno de estos tropiezos, la cabeza se ponía a tres bombas. Procuraba repasar en la memoria lo leído, para ver si me acordaba, y desesperábame al ver que lo que zurcía por un lado, se descosía por otro.

En esta brega seguí un día, una semana, un mes. Llegó a ofuscárseme la inteligencia de tal suerte, que lo mismo era llegar a una palabra como *apófisis, epitróclea*, etc., cuyo significado no entendía de primera impresión, que una nube espesa y negra, corriendo por la mente, me dejaba en estupor; tan estúpido y soñoliento, que, para apreciar las cosas más corrientes y usuales, tenía que levantarme, andar y pasarme repetidas veces la mano por la frente.

—Pues, señor, soy un animal; soy inepto para todo estudio. ¿Qué voy a ser? ¿Qué va a ser de mí y de toda mi familia?

Volvía a abrir el libro, y no estudiaba: lloraba sobre él.

XI

* **El Director Excmo. Sr. D. José Benjumeda.**

Por lo mismo que nada podía sacar en claro del libro, concurría a clase con puntualidad, atendiendo con los cinco sentidos y potencias a nuestro viejo catedrático.

Desgraciadamente, cifraba su sabiduría anatómica en saber lo mismo que Boyer: seguía su propio método (no muy metódico), detallista y prolijamente descriptivo, por lo cual resultaba confuso. De todos modos, como los objetos de la descripción los presentaba en cátedra, algo podía recoger. Con el libro a la vista y el coronal en la mano, no acertaba cuál era la cara anterior ni cuál la posterior; porque la primera más parecía superior que anterior, y la segunda más inferior que posterior. Pero estas dificultades desaparecían cuando D. José señalaba la cara de referencia, quitándome dudas y cavilaciones.

Aun con tal ayuda, confieso que la Anatomía resultaba a mi inteligencia, y más a mi memoria, una cosa insuperable.

Andaba profundamente preocupado. Veía a Iguino tan satisfecho, navegando viento en popa por los golfos anatómicos. Aragonés, masculla que masculla y pasando las noches en claro a la luz de un quinqué, llevaba corrientes sus lecciones. Y yo, en cada *apófisis*, y en cada *epífisis*, y en cualquiera *gónfosis*, tropezaba con un escollo y sentía el naufragio de la pobre inteligencia. Hallábase afligido mi ánimo con esto, y abatido además con la triste escasez de la pobreza, rayana en la negra miseria si no la blanqueasen, ocultándola, el aseo y las virtudes de mi heroica madre.

En lo más profundo de uno de mis abatimientos, caído el *esfenoides* de la mano, fijos los ojos en el libro, pero extraviados, sin leer ni aun percibir las letras, me levanté repentina y nerviosamente, diciendo:

«—¡Ajo! Pero, ¿qué es estudiar Anatomía? Estudiar el cuerpo humano, saber sus entradas y salidas, recovecos y escondrijos, dónde están sus partes, qué vecindad tienen las unas con las otras, cuáles son sus rincones. ¡Ajo! Pues ¿no sé yo andar por mi casa, no sé andar por Cádiz con los ojos vendados, sin que ningún libro empachoso me lo haya hecho aprender? Pues si yo sé de Cádiz para ir y venir, manejar y cuanto me es preciso, y si me propongo averiguarlo, puedo sin maestro ni libro saber hasta cuántas casas de lenocinio hay en la Mirandilla, ¿qué necesidad tengo de libros ni de nadie para aprender tan bien como Vesalio hasta la última entretela del corazón?

Aquellas interjecciones a lo D. José María López, intercaladas en el razonamiento, produjeron un efecto mágico en mi espíritu. Sentíme con un vigor que se desbordaba en osadía, tiré el libro y no volví a abrirlo sino para consultar alguna que otra vez los datos de mi propia observación, confrontándolos con lo inquirido y establecido por la ciencia. El Boyer quedó como un libro de consulta, pero no como un texto para aprender por él.

Seguí escuchando atentamente a D. José. Quedábame luego examinando el esqueleto y observándolo en conjunto, luego en sus partes, después en las partes de sus partes. Así adquirí un método natural de investigación y observación, lo transporté al correlativo de descripción, y aprendí por mí mismo a ver y describir las cosas, llegando de este modo a un resultado final extraño: a no saber nada de Anatomía sin tener el objeto delante, porque el objeto es el libro que me guía y dice todo; y a saber más Anatomía que la generalidad de los anatómicos regulares, cuando el cuerpo muerto o vivo, mostrándome una sola superficie o parte, revela, a modo de telón que se descorre, todo cuanto detrás y encima y a los lados debe haber y hay en efecto. Podrá olvidárseme el nombre de un filete nervioso; pero, que debe estar allí, que está y cómo está, eso no se me olvida.

Comenzaron a poco los ejercicios prácticos de Osteología y Miología; se acostumbró el oído al lenguaje técnico de la ciencia, y pude ya correr sin andadores y sin trabajo.

Imperial Iguino, a pesar de su inteligencia y memoria prodigiosa, comenzó a sentirse contrariado. Sabía el Boyer tan bien como D. José; pero, a medida que iba aprendiendo descripciones y detalles, la acumulación de los mismos le impedía formarse idea precisa y apropiada de las cosas. Sospechaba que le pudieran disputar el puesto de primer estudiante, y para no descender de él, procuraba marcar nuestras distancias haciéndome preguntas como ésta:

—¿A que no sabes el origen del 5.º par, los filetes que de él proceden y la distribución de todos ellos?

Claro está que no podía contestarle de memoria cumplidamente, y entonces él relataba *c* por *b* y punto por punto cuanto había leído.

Pero yo persistía en mi sistema. Si Imperial era asistente a la cátedra y a los ejercicios, yo atendía con más fuerza; y si él, cumplidos sus deberes, se marchaba a su casa a leer enciclopedias, libros de viajes y de historia, yo me quedaba en el anfiteatro con los disectores, ayudándoles primero y haciendo después los trabajos y preparación de las lecciones; por lo cual, no hay que decir si les sería simpático y me quedarían agradecidos.

La emulación de Iguino no pasó a envidia ni a pasión baja; bien es verdad que yo procuraba no mortificarle y reconocía de grado su superioridad. Disputaba, sí, con él, pero no sobre Anatomía. El caso es que en las disputas me enseñaba muchas cosas de que yo estaba ignorante.

No recuerdo qué guerra había por entonces o amenazaba haberla; lo cierto es que, tocando la cuerda sensible de mis innatas y no extinguidas aficiones militares, hízome soltar la sinhuero desmedidamente. Escuchábame Iguino entre un buen círculo de estudiantes, y atajando mi taravilla, comenzó a hablar tan eruditamente de táctica, estrategia, organización de

E. M.—*Mayo 1912.*

los ejércitos, líneas de ataque, defensa y retirada, de la artillería, castrametación, fortificaciones interinas y permanentes en castillos y plazas fuertes, que a todos nos dejó embobados. Así que hubo concluído, añadí yo:

—Es muy sabio todo lo que has dicho, mas hay un punto que desde niño tengo entre ceja y ceja. Si las grandes líneas de batalla tienen su aplicación, los combates colectivos se deciden por la misma ley que las luchas personales: vence el fuerte al débil. Pero si la fuerza está en relación contraria al movimiento, un débil ligero puede vencer a un fuerte pesado. Después, el *quid* está en combinar la mayor fuerza posible con la mayor velocidad posible en un momento preciso; y para esto no me parece lo mejor los ataques en masas profundas, dispuestas en cuadrado o en paralelógramo, como hoy se usa, sino en triángulo o cuña. Un cuadrado, y más un paralelógramo, en dirección normal al frente enemigo, no ofrecen más acción destructora que las filas primera y segunda; todas las restantes son peso inerte, pero no fuerza activa.

—¡Calla, calla!—repuso Iguino.—Extrañaría que no salieses con alguno de tus plagios. Pues, esa invención tuya que dices, no tiene más fecha que una anterior a Jesucristo; es la célebre cuña romana, que saben por lectura hasta los chiquillos de la escuela.

Pero, nos hemos alejado de D. José Benjumeda.

Ya conoce el lector lo principal, a lo que añadiré: sesenta años de edad, pequeñuelo de cuerpo, un tanto rechonchete, nariz breve y labios gordos. El tener los pies deformados por juanetes y callos, le obligaba a andar dolorido con torpeza y las piernas abiertas, influyendo tales circunstancias en su carácter, que resultaba malhumorado y refunfuñón. Mas, como D. José era por dentro tan benigno, indulgente y bueno, la apariencia contraria lo hacía más simpático, respetado y querido. Siempre decía que *no a todo*; al peticionario le echaba una peluca, y apenas éste volvía la espalda, llamábale D. José y le decía:

—Pero, ¿qué quiere usted? Eso no puede ser. ¡Déjeme usted en paz!

—Pero, Sr. D. José, si...

—Vamos, vamos, no le dejan ustedes a uno vivir... Lo haré, lo haré... pero ¡déjeme usted en paz!

Y, en efecto, lo hacía, como no fuese cosa irregular.

D. José, con ser menos talentoso que otros catedráticos, gozaba en Cádiz del primer crédito y la mayor autoridad; siendo muy respetado y querido de toda la población, lo mismo de las clases altas que de las ínfimas. Había logrado el mayor triunfo que deben procurar los hombres: la estimación general. El secreto de ello estaba en su bondad, puesta más de relieve por su aspecto y hablar hosco. Era, por tanto, una figura de mucho claroscuro. Con esto, y con ser formal y exacto cumplidor de sus deberes, cosa que escasea entre andaluces; con tener un talento bien equilibrado y mejor administrado, aunque no descollase en nada, y con ser buen operador para su tiempo, queda explicado y sabido lo que atañe a mi bien amado maestro y respetable decano.

XII

* Dos pecados capitales.

Desde que hice la vida de libertad que corresponde al estudiante de carrera mayor, procuré frecuentar los correspondientes círculos de amistades y relaciones.

Queda dicho que Majarón cursaba Medicina: segundo año, cuando yo el preparatorio; tercero, cuando yo primero. Conservábale cariño, y ya se sabe por qué: era noblón, bondadoso y valiente; me había demostrado afecto, tomando voluntariamente mis deseos por mandatos.

Claro está que, al encontrarnos otra vez unidos en la carrera, procuraría cultivar su trato y amistad. Pero, mi pobre

amigo ya no era el mismo; su fondo igual, mas profundamente modificado en sus manifestaciones y aspecto. Aquel moce-tón, criado en la doméstica y frailería servidumbre, en cuanto se vió libre y emancipado en Cádiz, sintió los vivos apetitos de la carne reprimida. El placer le ató al dolor. Las clases y el estudio se le hicieron pesados, indiferente la amistad. No iba a cátedra casi nunca; estudiaba poquísimo, casi nada o nada. Pasábase las noches en las casas donde se compra el amor falsificado; los días enteros, mimando a una, confidente de otra y amante apasionada de todas. Dejábase ver con dificultad, se le veía taciturno y como disgustado, sólo se hallaba bien en la sociedad aquella de jóvenes alegres y desdichadas.

Al tercer año de esos trotes, Majarón era una ruina: la sífilis luchaba victoriosa contra su potente organismo. En las vacaciones del cuarto año marchó al Puerto, para caer postrado y morir, dejando en el mayor desconsuelo al solitario padre.

La casa de pupilos donde vivía Majarón era de estudiantes. Aunque nunca dormía allí, y si comía no almorzaba, iba yo con frecuencia por si pudiera encontrarle. Muchas veces le esperaba, y con esto conocí a otro tipo estudiantil digno de estudio: Julián Reyes, matriculado en último año, tocando, por consiguiente, el término de la carrera, mediano de cuerpo, enflaquecido, con pelo rojo y chapetas coloradas.

La pupilera era una patrona gaditana, de cuarenta años, sucia, flaca y mal *jateada*. Tenía una hija de veinte, y nada más; allí no había padre, ni tíos, ni primos, ni más familia. La jovenzuela parecía concebida en su misma madre y por su propia madre; al menos, allí no aparecían vestigios de masculina filiación.

El pensamiento principal, único, exclusivo de la pupilera, pensamiento y deseo que constituía casi una obsesión, consistía en casar a todo trance a la muchacha. Realmente, ésta no tenía nada de bonita: pasadera y nada más; pero ¡vaya usted a poner una breva a la puerta de una escuela!

La madre todo era atisbar algún caso *in fraganti*, para ar-

mar escándalo y pedir al colegial goloso que le devolviera el honor, casándose con su hija.

Esas escenas se repetían alguna que otra vez; pero todo se reducía a que el escolar mudase de casa y patrona, sufriendo después por más o menos tiempo las súplicas, los denuestos y persecuciones de las ofendidas.

Llegaban éstas en último recurso a escribir a la familia del delincuente, haciendo la historia que la Dueña Dolorida a Don Quijote, y apelando al honor, la religión y otras muchas cosas. Pero, a pesar de tantos lances, siempre sacaban el anzuelo sin pez y sin carnada.

Ultimamente la madre dió a la niña instrucciones severas de moral, haciéndole entender que la promiscuidad era un pecado grave, y que no concediera dádivas sino a quien le conviniere por mayor blandura de corazón.

Desde entonces reinó como señor absoluto Julián Reyes, y con nuevas artes le fueron enredando para pescarlo.

El estado moral de Julián era lo que me parecía más digno de un fino estudio.

Ya porque estuviera tísico, ya porque dada su predisposición a la tisis la adquiriese con la vida que hacía, lo cierto es que desde tres años atrás, grado a grado, quedándose primero en la cama hasta las diez, después hasta las once o las doce, luego hasta la una, y así de más en más tarde, Julián resultó la personificación de la inactividad y la pereza. Solía levantarse, a las ocho de la noche, mal vestirse, peor lavarse, cenar con los colegas de pupilaje y jugar al tute, si tenía con quién, o al solitario, si le faltaba pareja, hasta las altas horas de la madrugada. Entonces se volvía a acostar, ¡y Cristo con todos! No hace falta decir qué tal estudiante resultaría.

Lo cierto es que ya venía haciendo de tiempo atrás ese género de vida, con su pereza... y con la hija de la pupilera.

Por un lado, que el diablo las carga, y por otro, que tanto va el cántaro a la fuente hasta que al fin se rompe, o no sé si por tantas lamparillas de aceite como madre e hija encendie-

ron a los piés de San Antonio... se opiló la niña; y Julián, quizá por pereza de dejar la cama y mantener fieras disputas, se avino a legalizar la situación, aceptando el dulce y santo yugo del matrimonio. No es de ponderar la alegría por tan deseada y valiosa pesca: un estudiante de séptimo año, un señor médico dentro de muy poco.

Pero el hombre propone (las mujeres, mejor dicho aquí), y Dios dispone.

Julián era sobrino de un cura bien acomodado de un pueblo de la provincia de Jaén, y este tío cura le costeaba la carrera. Llegó a sus oídos el fregado del bodorrio, montó en cólera y no dió cuartel. Suspendió la mesada a Julián, la patrona tuvo otra boca más que mantener, y luego pagar ama para el engendro de la escasa y especializada actividad de los ocios de su yerno.

En fin, la cosa no pudo salir peor. Julián no pudo examinarse, ni menos allegar el dinero para la reválida. Las pupileras se desquitaban llamándole pillo y haragán a cada instante, y escribiéndole al cura muchas desvergüenzas por su falta de cristianismo.

Julián llegó a no levantarse ni de noche. Algunos ratitos jugaba al solitario sobre las sucias mantas de su cama. Otras veces alargaba la mano y mecía la cuna del llorón chiquillo.

Y así la tisis le fué dejando hueco, y abandonó este pícaro mundo para buscar el del eterno descanso.

XIII

* **Fisiopatología de la pereza.**

Considero el vicio digno de atención pedagógica. La pereza es un vicio, nadie lo dudará. Los vicios, como las pasiones, tienen su raíz en una facultad, en una propiedad o función natural y fisiológica. Así, todo vicio y toda pasión representan

una facultad trastornada. Por tanto, la pereza tiene un origen: su fundamento está en la ley de intermitencia de la vida, en períodos de actividad y descanso alternativos.

Vulgar es, de puro sabido, que no hay función fisiológica que no sea intermitente: desde la nutrición y las excreciones, hasta la locomoción, la respiración y la circulación.

A primera vista, parece que el sistema nervioso infringe la ley; pero es una falsa apariencia. Con decir que actúa por vibraciones, queda demostrada la esencial intermitencia de su funcionamiento; verdad es que los intervalos son infinitesimales, pero también lo son en el elemento activo de la onda. Todavía hay funciones nerveas cuya intermitencia es perceptible, por ser, digámoslo así, macroscópicas; la atención, entre otras. Su límite es el descanso, la abolición de la misma por un intervalo proporcional al esfuerzo y al tiempo que se atendió. El vulgo dice que el pensamiento no puede estar parado; nada tan falso. Sin traer a cuento los síncope y otros estados anormales, en la misma normalidad se da la *suspensión*, fenómeno muy común precisamente en los grandes pensadores. No insisto con mayores y más numerosas pruebas; sería ocioso.

Ahora bien, la pereza es una perversión del descanso natural y necesario. Tal vicio asciende a pasión desde el momento en que sojuzga a la voluntad. Hablemos de este punto.

Nótese primeramente que, ya vicio, ya pasión, está muy relacionado con el clima y con el temperamento de los individuos. En los climas fríos no se observa la pereza, sino a veces el estupor que precede a la congelación. Por el contrario, en los climas cálidos es cosa frecuente; y puedo hablar con conocimiento de causa y ciencia propia, como nacido en Andalucía.

El temperamento es otro factor importante: cualquiera diría que el linfático; no es cierto. El linfático es pesado, poco activo, lento en sus resoluciones, apático; pero, por lo mismo, es rítmico; igual, así en su acción como en su descanso. Los

perezosos salen de las personas nerviosas, ya nervioso-sanguíneas, ya nervioso-linfáticas.

Los primeros despliegan, excitados por grandes estímulos, una actividad admirable, para caer después en una inactividad estupenda. He conocido a muchos paisanos míos así: don Nicolás María Rivero, como ejemplo; yo mismo, y por eso conozco el paño.

Los segundos, o sea los linfático-nerviosos, una vez que se paran y se dejan seducir por los placeres de la pereza, ya no los levanta nadie; porque la pereza es un placer seductor, embriagador, casi inefable. Pertenece a la peor categoría de los vicios, a la categoría de los vicios solitarios.

El borracho necesita procurarse los alcohólicos, el erótico, la mujer; el jugador, el garito; pero el perezoso, con echarse en cualquiera parte, ya tiene lo que necesita. Sólo le contrarían las necesidades personales; si tiene asegurado el alimento, aunque sea escaso, nada le hace sufrir como no sean las funciones de excreción. Por eso, orina y defeca de tarde en tarde; está reventando por orinar, y aguanta todavía, por no alargar la mano e interrumpir su beatífica quietud buscando el orinal.

Por el mismo motivo, le picarán las moscas y no hará por espantarlas. Si está en la cama y hace frío, aguantará el frío mejor que levantarse y procurar una manta. Hay más: tendrá sofocos de calor, y seguirá incómodo por no incorporarse y aligerar las cubiertas.

La pereza puede ser total o parcial. Cuando es total, todo el sér reposa en una obnubilación nihilista; tomar un poco de alimento de tarde en tarde, hacer sus necesidades, a esto se reduce todo. Cuando es parcial, reposa el cuerpo y hasta se pierde el tacto y aun la noción de existir; en tanto que el cerebro goza de cierta plácida tranquilidad, semibeatífica, nirvánica.

Muéstranse varios grados en el particular. A veces, el cerebro parece que funciona por sí mismo, con fácil espontaneidad,

ofreciendo en una medio somnolencia pensamientos profundos, puntos de vista luminosos y acertados, resolución fácil a intrincados problemas.

Otras veces, de la meditación humana se va el pensar, como por una escala cromática, a sutiles regiones metafísicas y teológicas. Y sin esfuerzo, a modo de revelación, aparecen escritos en la mente nuevos *Génesis*, nuevos *Apocalipsis*, nuevas *Imitaciones*, nuevas *Moradas*, nuevos *Nombres*; de tal manera que, si no se borrasen del recuerdo, si una actividad, intercambiándose en la perdida voluntad, viniera a fijar tales imaginaciones y a movernos para predicarlas, resultaríamos un Daniel o un Isaías más o menos auténticos.

En todos los estados y grados de pereza, las sensaciones y los dolores físicos se atenúan. Siéntese la molestia de una prolongada e incómoda postura o posición, y, sin embargo, se soporta por no interrumpir el placer de la quietud ensoñadora. Al fin y al cabo, la parte queda anestesiada, y sólo se percibe el entumecimiento adolorido cuando termina forzosamente el ciclo perezoso.

La posición social y los medios de fortuna modifican mucho las formas de la pereza: en los altos y bien acomodados arraiga más hondo; en los pobres, los lleva a la haraganería y a la mendicidad. Si la sociedad presente retrocediera a la Edad Media, los haraganes pobres no serían mendigos desharrapados y vulgares; elegirían la vida de eremitas, y aun puede que la de penitentes extáticos. Bastante más podría discurrir sobre tan importante materia; temo ser pesado y que arrojen el libro los lectores.

No he de concluir sin rogar a los pedagogos de los climas cálidos que fijen su atención educadora en estos puntos. Observen, no a los niños, sino a los jóvenes de quince años en adelante. Es vicio que no corresponde a la primera infancia; se inicia en la juventud y va creciendo hasta la edad de los cuarenta años; luego hace estado o decrece, pero cuando ya el cuerpo se halla enfermo y el espíritu entumido.

A poco que se inicien en el joven los albores de este vicio, es necesario acudir con la higiene y la terapéutica pedagógicas, que deberán variar según sea el tipo pático a que el individuo corresponda.

En general, convienen los juegos corporales, de preferencia al aire libre, y los baños fríos de impresión. Pero sobre todo, romper el hábito del reposo prolongado, imponiendo la voluntad del educador a la del educando. Al hacerlo así, tenga presente que el perezoso, al dejar forzado a ello su quietismo, salta malhumorado, muchas veces iracundo, algunas furioso y como demente. Sépalo para que no lo extrañe ni se dé por resentido, ni menos por desaforado de su autoridad. En su consecuencia, no cometa el desacierto de responder al viciosillo, y mucho menos desistir del empeño de romper su cadena.

XIV

*** Crecen los apuros en la familia del desterrado**

Soportaba las escaseces, pero sufría mucho. El concepto moral que había adquirido de la pobreza era parecido al de un cierto como rebajamiento y menosprecio, incompatibles con la dignidad personal.

Si la pobreza se hubiera podido encerrar entre las cuatro paredes de mi casa, menos mal; pero, ver que se traslucía y no quedaba oculta a los ojos de las gentes, producíame un sentimiento de vergüenza igual a si tuviese que andar en paños menores por la calle.

Por más esfuerzos que ha hecho el Cristianismo para dignificar la pobreza, no lo ha conseguido; antes bien, creo que ha dado lugar a un efecto contrario, al menos en España. Confundiendo la pobreza con la mendicidad, deshonró a la primera y fomentó la segunda. En sus predicaciones nos presentaba al Salvador del mundo sin tener dónde reclinar la cabeza; y en

sus imágenes ofrecíalo a los ojos de los fieles vestido con ricas túnicas bordadas en oro y recamadas de piedras preciosas. Declaraba los trabajos de la Santísima Virgen, sumida en los mayores dolores y penurias de la vida, y la ostentaba coronada de perlas, esmeraldas y brillantes.

Para ejemplo vivo, creaba, en vez de órdenes que viviesen pobremente y con decoro de su trabajo, órdenes que vivían y medraban por la mendicidad en contubernio con las más altas vanidades humanas. Así, el *General* de la orden de los mendigos era el primero de los *Grandes de España*.

Tales absurdos, tantas aberraciones, produjeron unos efectos deplorables: trocaron en mendigos a los tres cuartos de la población española, y en vanidosos a la otra cuarta parte.

Ahora podrá el lector hacerse cargo de mi sufrir, cuando veía a mi señora madre salir de noche con una labor penosamente labrada por sus manos y las de su hermana Dolores, correr de una en otra tienda para venderla, sufriendo ya una destemplada negativa, ya un sofión; y gracias si al fin, y como acto de caridad, la compraba alguno por mitad de precio.

Hubiérame producido menos vergüenza, menos emoción, cualquier insulto, que la frase de:

—¡Eres un pobre!

¡A cuántas desdichas, a cuántos dolores del alma dan lugar los conceptos equivocados de las cosas!

Por mucho que fuese nuestro silencio y disimulo, no era posible que dejara de transparentarse la realidad. Un pariente lejano nuestro, D. Ramón Pardillo, notario desahogado, se presentó a mi madre para hacerla aceptar el pago del arriendo del *partido* (o sea del cuarto que habitábamos). Mi madre acogió el favor con lágrimas de gratitud; yo, con lágrimas de gratitud (¡Dios se lo pague!) y de vergüenza (¡Dios me lo perdone!).

Mi padrino, D. Francisco Miranda, aunque seguía residiendo en el Puerto, también se percató de nuestra pobreza y de cuando en cuando nos socorría. Mi buen tío Manuel, generoso, aunque de varia fortuna y muchas veces escasa, vino a

decirnos que él quería atender a los gastos de matrículas y libros.

Cada uno de estos favores me llevaba a pensar que era un sér inútil; que, hombre y robusto, no sabía el modo de ganar honrada y dignamente la subsistencia de mi familia. Pensaba y repensaba en esto inútilmente, no encontrando la solución del problema.

Así terminé el primer año de Anatomía. Quedábanme aún seis años de carrera: ¡seis siglos que me parecían de Purgatorio!

Marché a Jerez, a pasar las vacaciones. Escociáme estar libre aquellos meses de las penurias de mi familia; pero consideraba que, pues en nada la podía aliviar, por lo menos la descargaba de una boca.

Para mal de mis pecados, topé en Jerez con un personaje singular; y no parece sino que el mismo tentador me lo puso por delante para probarme.

A Conchita Torres, por esa fecha algo jamona, le había salido un novio por el cual estaba loca: el bestia más ganso que ha nacido ni nacerá en Jerez de la Frontera, Diego Barrero.

Figúrese el lector un tío de campo, alto, que no cabía por las puertas, fornido en proporción, con la cara tan cargada de carnes, que éstas borraban las facciones, reemplazándolas por unas prominencias que sólo permitían a sus azules ojos asomarse entre dos hendiduras horizontales.

Toda su persona vestida a lo labrador, esto es: sombrero calañés, faja, botines, calzón corto, chaquetón, muchas chorreras, y más cadenas, botones y alfileres de diamantes gordos.

Su padre había muerto pocos años atrás. Fue un gañán que se echó a pegujalero, y de pegujal a rancho, y de rancho a cortijo; comiendo gazpacho, vivió a lo pobre y murió rico. Su hijo, así educado, encontróse de repente con una gran labor, numerosas piaras y una ganadería de toros bravos con que ilustrar su nombre; *item* más, repletos los graneros, y no pocas botijas de pesos duros y onzas de oro.

Todo esto sería muy bueno, si el muy bestia no hubiera pasado a ser un ente tan poseído de sus riquezas, que sólo sabía hablar de ellas; no bastando a su jactancia recrearse en el continuo relato de su posesión, sino que, para más elevarse, despreciaba a todo el mundo. Para él, los demás labradores eran unos pobretes; las personas de más viso, unos piojosos; no hay que decir con cuánto menosprecio trataría a los trabajadores y a quienes carecíamos de medios de fortuna.

El primer día que me vió, su salutación (sin levantarse del sofá donde estaba sentado cabe su novia, y volviendo la cara hacia ella) fue la siguiente:

—¿Este es el muchacho *probe* que ustedes recogieron?

No sé cómo no le contesté:

—Sí, tío bestia. Yo soy; que pobre y todo no me cambio por usted ni por toda su casta; y que no le doy de palos, como a un mulo, por respetos a esta casa.

Pocas veces me ha costado tanto trabajo reprimirme, y bien puede la familia Torres tomarlo como la mayor prueba que podía darle de mi cariño, respeto y gratitud.

Ya he hablado páginas atrás del *impatismo* y de los *impatizadores*; difícilmente podría presentarse un ejemplo mejor que este D. Diego, de *impatizador* e *impatuoso*.

Lo que me hizo sufrir en aquella temporada, sólo Dios lo sabe. No bastaba que yo huyera de él cielos y tierra; no siempre podía, viviendo en aquella casa. Además, moralmente, estaba él allí perenne. Conchita era la niña mimada; enamorada de aquel montón de carnuza, no se podía decir de él «buenos ojos tienes». Hasta el silencio en el coro de sus alabanzas era sospechoso, y yo temía reventar a cada momento y tirar los trastos por la ventana.

En verdad que son insoportables las gentes mal educadas enriquecidas. Comprendo la inquina que los obreros tienen a los de su clase que se enriquecen, pues no a humo de pajas dice el refrán: «Ni sirvas al que sirvió, ni pidas a quien pidió.»

¡Cosa rara! Aquel medio Sansón, medio Becerro, murió tí-

sico. Aquel, cuya frase estereotípica, y que no se le caía de la boca, era: «¡Yo *ajogo* a ése con onzas!», murió pobre.

XV

* Algo de Historia.

Cayó Espartero a impulsos de una coalición heterogénea; tan opuesta en sus condiciones esenciales, que sucedió lo que tenía que suceder: los disidentes progresistas, con Olózaga el elocuente y listo, cayeron en la ratonera de los señores moderados, por roer el hueso de Isabel II.

Narváez estableció una política dura, de resistencia y permanente persecución. Los progresistas y ayacuchos, y todo bicho viviente que no fuese moderado, declaráronse en conspiración perpetua, cada cual a su modo y como Dios le daba a entender.

Claro está que yo tenía mi puesto virtual: hijo de un desterrado y padeciendo persecuciones por la justicia, aunque mancebo, ¡cátate a Periquito hecho fraile!

Mala voluntad conservaba contra ciertas gentes, para mí *non sanctas*, que habían sido en Cádiz instrumento de los moderados para combatir a Espartero. Dábanla de republicanos, cuando no había republicanos ni por un ojo de la cara; y escribían cierto periódico anarquista, por el estilo de *El Huracán*, para hacer odiosa la libertad de imprenta.

Redactábanlo y dirigíanlo un Sr. Goyena, patriota insulso y vividor; y un tal Mendoza, pillo redomado que siguió haciendo comercio de la política hasta la Revolución del 68 inclusive. Pero, en fin, el caso fue que los señores moderados de Cádiz no pagaron sus servicios; y, por consiguiente, el periódico se declaró en oposición a la subida de Narváez. Este no se anduvo en chiquitas, como Espartero, y metió a la prensa en un zapato.

Como ni Goyena ni Mendoza sabían escribir más que desvergüenzas, y no estaba la Magdalena para tafetanes, recurrieron a D. Pedro O'Cruley, a quien ya conocen los lectores, maestro mío en el Colegio de San Pedro y muy capaz de escribir cosas fuertes bajo formas untadas con manteca. Pero, no le sirvió; mandaron prenderle, mas D. Pedro pudo huir y ocultarse.

Como yo hube de conservar trato y amistad con el maestro, y como su causa era la mía, claro está que nos ligamos también políticamente. Iba a verle al escondite, le llevaba y traía recados de la familia, y hacía de grumete en planes de conspiraciones y en burlas a la policía.

De varios escondites fue preciso saltar. Gracias a que en el Cuerpo de los mismos esbirros siempre solía haber algún patriota o algún tunarra que, por comer a dos carrillos, daba el alerta.

La temporada más larga la pasó D. Pedro en un casarón de cierta calle, cuyo nombre no recuerdo, entre la catedral nueva y la vieja: Estuvo deshabitado, tenía aspecto misterioso y como de casa de duendes. Allí no entraba nadie más que yo, con las necesarias precauciones y recatos; y también un antiguo conocido, que no había vuelto a ver desde años atrás, el famosísimo Carniago, mi primero en la compañía de granaderos.

Según pude columbrar, Carniago era el conserje de aquella casa inhabitada, disponiendo de ella como de cosa propia. Por su misma mano, pero ocultos bajo capa, llevaba a O'Cruley el almuerzo y la comida. Disponía éste de un jergón tendido en el suelo de una sala espaciosa, y de un sillón viejo que fue dorado en sus mocedades. Nada menos y nada más.

Sobre mi oficio de correveidile, también servía a mi maestro en otra cosa: llevaba todos los días una botella de anisado, sin el cual no podía vivir; lo tomaba con agua; pero, lechada a lechada, consumía un cuartillo diariamente.

En aquella monótona soledad, hablábamos de Retórica y Poética, de noticias y proyectos de conspiraciones. Como muy

ilustrado que era, él me hablaba de otras muchas cosas que no dejaban de instruirme. Sabio, quitábale seriedad cierta dosis de bohemia.

Después he tropezado en mi camino con tantas personas así, que llegué a sospechar si no dependerá esto del medio externo, del país, de la educación española, de nuestra historia. Lo que puede afirmarse es que la mayoría de las grandes inteligencias nuestras se malogran por esa ligereza de costumbres a que hemos dado el nombre de *Bohemia*.

El que necesita ocultarse, entre otras mortificaciones, sufre la del aburrimiento. Don Pedro, cuando no íbamos ni Carniango ni yo, se echaba en la cama y solía dormirse. Al encontrarle a veces en tan pacífico estado, considerándolo el mejor, yo no lo interrumpía y me esperaba.

Un día me aburrí también de esperar, y entreteniendo el ocio, quise curiosear el casarón desierto.

Era grande y destartalado. Las principales puertas estaban cerradas bajo llave; por el ojo de una de ellas asomé el mío, y con gran trabajo, gracias a un alto ventanillo que, dando al corredor, crepusculaba el espacio, parecióme distinguir otra puerta en el fondo; más allá todo oscuro, y sobre la puerta algo pintado, que no era adorno ni figura, ni percibí qué fuese.

Renuncié a más curioseos, y volví al salón de mi durmiente, quien despertó al sonido de los pasos.

—¿De quién es este casarón tan viejo y destartalado?

D. Pedro no me contestó de seguida; detúvose como el que tropieza con una dificultad, y luego dijo:

—No sé de quién es; el amigo Carniango lo ha puesto a mi disposición.

Sencillamente, se me ocurrió observar esto:

—¿Quién había de decir que mi primero de granaderos podría hoy disponer de una casa como ésta? Porque según lo veo de hateado, debe de estar peor de fortuna que cuando tenía a su cargo la mayoría y el botiquín del teatro del Puerto.

D. Pedro sacó conversación por otro lado. No me pare-

cieron naturales las salidas de mi maestro, con lo cual entré en cavilaciones y mayor curiosidad.

En sus ojillos negros y redondos me pareció leer que pensaba en algo distinto de lo que estaba hablando. Suspendió la conversación, y después de un intervalo de silencio, me preguntó:

—¿Has oído tú algo sobre masones?

—Sí, en el púlpito algunas veces; y a las viejas beatas las he visto santiguarse como si se tratara del diablo.

—¿Y qué juicio tienes formado de eso?

—Pues... le diré a usted... No sé; pero tengo entendido que inspiraron o les inspiraron las ideas de la Enciclopedia, y que ayudaron poderosamente a la Revolución francesa; por lo cual me son simpáticos. Además, por palabras sueltas que en conversación con algunos amigos oí alguna vez a mi padre, barrunto que anduvo en logias y que algo tuvo de masón.

—¿De modo que ni te inspiran odio ni crees que tienen rabo como el diablo?

—No tal.

—Pues, oye: yo soy masón. Esta casa es una Logia. Ahora están en suspenso las asambleas, y los sucesos políticos han llevado a cada uno por su lado. Carniago es un hermano, de los más antiguos y consecuentes; tiene las llaves de la casa y hace de conserje hasta que esto se reorganice.

—Si cada masón anda por su lado, uno será carlista, otro cangrejo, otro progresista. ¿Cómo van a reorganizarse?

—Te diré. La Masonería es una sociedad universal; existe en todas las naciones de Europa y de América, en Oceanía y en las ciudades comerciales de Asia y Africa. Abarca miembros de todas religiones y creencias, así filosóficas como políticas. Tenemos por vínculo una moral universal, y la obligación de protegernos y auxiliarnos mutuamente. Si es verdad que las luchas políticas nos han desorganizado aquí en España, nuestro espíritu reformista y contrario al oscurantismo subsiste. Lo que se necesita hacer aquí es dejar a un lado los

E. M.—*Mayo 1912.*

tránsfugas y afiliar gente nueva. En la Masonería se entra de aprendiz y luego se va ascendiendo en grados. Yo pertenezco al rito Escocés y tengo el grado 33.

—¿Y usted toma en serio todo eso?—le interrumpí.

—¡Pues no lo he de tomar en serio, niño! ¿Crees tú que la Revolución de Francia se hubiera hecho sin nuestra sociedad? La misma Revolución española, ¿por quién se inició sino por nosotros? Por eso nos tienen tanta tirria el clero y los sostenedores del mundo viejo. Si fueras a Inglaterra, a Alemania, a los Estados-Unidos, no harías esa pregunta. Allí verías a las personas más preeminentes ocupar los altos puestos del Gobierno, siendo masones declarados. Aquí, ahora mismo y a pesar de nuestra decadencia, hay hermanos muy distinguidos en las ciencias, en el comercio y en la misma Iglesia. Casi todos los capitanes de buques, así extranjeros como españoles, están afiliados; les sirve de mucho cuando llegan a los puertos y hasta en los casos de naufragio.

—¿Y cómo les sirve? ¿Llevan alguna señal en la cara?

—No, hombre. Para eso tenemos ciertos signos. Por ejemplo: cuando nos vemos en algún peligro, enlazamos los dedos de ambas manos, y colocándolas así (cruzadas delante de la frente), gritamos: «¡*Conmigo los Hijos de la Viuda!*»

—Eso es—repuse yo;—y si está usted en Rusia, le entenderán como a mi abuela.

—Puede que no entendieran las palabras; pero, como verían tu actitud, ya comprenderían que se trataba de un hermano. Cuando vino el Ejército de Angulema, muchos patriotas debieron su salvación a los hermanos que venían en el Ejército francés; y si Riego no comete la torpeza de huir después de la batalla y se deja coger prisionero, otra hubiera sido su suerte.

—Todo eso podrá estar muy bien; pero si no es más que una sociedad de socorros mutuos, no veo la necesidad de tanto misterio.

—Te diré—me replicó.—La confraternidad universal es una idea alta y noble, muy superior al pensamiento (loable,

sin duda) de socorrerse los hombres como hermanos. Tenemos aún más altos pensamientos, representados por símbolos. Procuramos honrar y dignificar el trabajo: por eso tomamos por emblemas el compás, la escuadra y el triángulo; denominamos al Supremo Hacedor el Gran Arquitecto del Universo. Nuestra doctrina se divide en varios grados; los hermanos se van iniciando en ella en relación a los grados a que ascienden.

—Me extraña, amigo D. Pedro, que usted, que es más bien ligero que grave, y que es tan dado a la ironía, hable tan seriamente de esas cosas. No sé por qué, se me antoja que en nuestra tierra de España, donde tan poca afición hay al compás ni a trabajar, la mayoría de los hermanos han de tomar esto como un *modus vivendi* y un camino para buscar empleos.

—De todo hay, por desgracia. Pero no faltan hombres de buena fe; ahí tienes al pobre de Carniago.

—Es verdad—contesté;—pero Carniago me parece un poco tonto, y en esta tierra nuestra han desaparecido los Don Quijote, han disminuído los Sancho Panza y se han multiplicado de una manera prodigiosa los Ginesillo de Pasamonte. Y si no, que lo diga su colega de usted, Mendoza.

—En verdad que no dejas de tener razón; pero el mundo no es España. Yo tengo facultad para iniciar y conceder los primeros grados. ¿Quieres entrar en la sociedad?

—¿No, señor.

—¿Por qué?

—Por una cosa muy sencilla: porque detesto todo lazo, toda cosa que me obligue a algo; porque mi voluntad procuro sujetarla a mi pensamiento, y mi pensamiento es mudable. Hoy creo que una cosa es verdad, y mañana entiendo que no lo es. Así, yo no he nacido para ninguna disciplina. Hoy siento, con más vehemencia que ningún otro sentimiento, el sentimiento de mi libertad y el odio a la tiranía.

—Pues no adelantarás nada; serás un solitario inútil para ti, y más inútil para la patria.

—Allá lo veremos, D. Pedro.

(Continuará.)

FEDERICO RUBIO

CRUEL DESTINO

NOVELA

Sobre toda la existencia de Vassili Fiveisky pesaba una fatalidad misteriosa y sombría. Víctima de maldiciones desconocidas, había soportado, desde su juventud, la carga de la tristeza, del dolor y de la enfermedad, y las heridas siempre frescas de su corazón no se cicatrizaban nunca.

Por medio de los hombres, iba solitario, rodeado, a lo que parecía, de una atmósfera deletérea y especial, como de una nube invisible y transparente.

Hijo de un padre humilde y resignado, pobre sacerdote desconocido, también él era un humilde y un resignado, y durante mucho tiempo, no se dió cuenta de la solapada y perversa premeditación de que usaban las miserias para descargar sobre él.

Caía pronto y se levantaba lentamente, para volver a caer, y a levantarse de nuevo con lentitud mayor; era una hormiga laboriosa, y, brizna a brizna, grano de arena a grano de arena, sin cesar, restauraba su hormiguero destruído en los caminos de la vida.

Y cuando se hubo ordenado de sacerdote, y, casado con una hermosa muchacha, dióle ésta un hijo y una hija, creyó

su destino bien sentado, sólida y definitivamente, como el de los demás hombres;—y bendijo a Dios, porque creía en El, y porque su alma no tenía malicia.

Ahora bien; al sétimo año de su felicidad, en una tórrida tarde de Julio, ocurrió esto: los niños del pueblo fueron a bañarse, y, con ellos, el hijo del pope, llamado Vassili, un muchachito moreno y reservado, como su padre. Y Vassili se ahogó.

La joven popadia, que acudió a la orilla con la multitud, asistió al simple y desgarrador espectáculo de la muerte: jamás olvidó ella los latidos de su corazón, tan sordos y tan lentos, que cada uno de ellos parecía que había de ser el último; ni la transparencia insólita del aire, por donde pasaban y tornaban las figuras familiares, pero extranjerizadas en aquel instante; ni la singular confusión de los discursos, en los que cada palabra oída parece redondearse en el aire, para deshacerse y desaparecer al punto, en medio de nuevas palabras.

Con esto concibió para toda su vida el espanto de los días claros y soleados; hacían revivir ante sus ojos los compactos grupos destacados en pleno sol, los pies desnudos sólidamente afianzados sobre los restos de legumbres esparcidos por la orilla, el impulso regular de la lancha blanca, en la que reposa, allá en el fondo, el cuerpecillo grácil y encogido, tan próximo y ya tan lejano, extrañado para siempre.

Y mucho tiempo después, cuando ya la hierba hubo brotado sobre la tumba del pequeño Vassia, la popadia repetía aún, incansable, la plegaria de las madres desgraciadas.

—¿Señor, toma mi vida, pero devuélveme a mi hijo!...

*
* *

Desde entonces, todo el hogar del padre Vassili se puso a temer los días luminosos del estío, en que el sol arde con un fuego demasiado vivo; en que el río falaz, incendiado por los rayos del astro, brilla con intolerable resplandor...

En esos días, cuando todo se explayaba alrededor, los hombres, los campos, los animales, miradas de angustia clavábanse en la popadia, y todos, de intento, se esforzaban en hablar alto y reír ruidosamente. Pero ella, indolente y taciturna, fijaba en ellos una mirada tan singular y tan obstinada, que apartaban los ojos; ella se ponía a vagar por la casa en busca de objetos familiares: de las llaves, de un vaso, de una cuchara. Poníanle al alcance todos estos objetos; pero ella continuaba buscando, cada vez más ansiosa y más tenaz, a medida que el sol lucía más alegremente y más alto en el cielo.

Entonces, ella iba á su marido, poníale una mano glacial en el hombro, y repetía indefinidamente su vana pregunta:

—¿Vassia, di, Vassia?

—¿Qué, querida mía?—contestaba el padre Vassili, humilde y acongojado; y con sus dedos temblorosos, de uñas incultas y manchadas de tierra, alisaba suavemente el pelo desordenado.

Ella era todavía joven y bonita, y en la sotana raída del sacerdote, su mano, caída y blanca, reposaba como una mano de mármol.

—¿Qué hay, querida? ¿Quieres tomar un poco de té? Todavía no lo has tomado.

—¿Vassia, di, Vassia?—seguía ella implorando, y, apartando su mano desalentada, continuaba su busca, siempre febril y con mayor impaciencia.

Una vez explorada la casa con sus cuartos desordenados, iba al jardín, del jardín al patio, para volver otra vez a la casa; mientras tanto, el sol proseguía su marcha por el cielo, a través de los árboles; el río resplandecía tibio y tranquilo, y la hija de la popadia, Nastia, agarrada a las faldas de su madre, la seguía paso a paso, ya taciturna y grave, como si la sombra negra de las cosas futuras hubiera invadido su cerebro de seis años; sus pasos medidos se esforzaban en igualar los pasos largos y distraídos de la madre, y sus ojos, calladamente bajos, dirigían tristes miradas al jardín familiar, pero siempre lleno de un misterioso atractivo.

* * *

En cuanto el sol había llegado al cenit, la popadia se encerraba en su cuarto, con las maderas cerradas; y allí, en la oscuridad, bebía hasta la embriaguez, avivando a cada trago la amargura de su pena y el escozor de sus recuerdos.

Lloraba y se hablaba a sí misma, con voz arrastradiza e incierta, como las personas que leen trabajosamente una obra difícil: eran indefinidamente las mismas historias, en que vivía, reía y moría un niño apacible y moreno; y en sus palabras canturreantes y en sus frases de libro, los ojos, la sonrisa y los razonamientos vejetes del niño revivían un instante.

Cuando el padre Vassili advirtió, por primera vez, que su mujer se embriagaba, comprendió, en su actitud de protesta exasperada y de amarga alegría, que aquello no tenía remedio; se puso a restregarse las manos secas y ardorosas, y prorrumpió de pronto en una risa silenciosa y estúpida que no tenía fin; por fin se irguió, y apartándose de su mujer, que lloraba dolorosamente, logró contener su intempestiva hilaridad; pero continuó un buen rato con estímulos de risa que sofocaba, con las manos puestas en la boca, como un colegial travieso.

De repente se puso serio y sus mandíbulas se cerraron como un estuche de hierro; no supo hallar una palabra de ternura o de consuelo para la popadia que divagaba; solamente cuando ella se hubo dormido, hizole él tres veces en la frente la señal de la cruz, se detuvo en el jardín junto a Nastia para acariciarla friamente el pelo, y se fué al campo.

Anduvo largo rato por entre altas espigas de centeno, con los ojos fijos en el polvo blanco y blando del camino, en donde se leía aún la huella redondeada de los pies desnudos. En un recodo se detuvo. Ante él, alrededor de él, hasta el horizonte lejano, las espigas cuajadas ondulaban sobre los tallos gráciles; arriba, en el cielo azul, pálido de color, resplandecía un sol implacable, y esto era todo. ¡Ni un árbol, ni una casa, ni un hombre!

Él estaba solo, perdido en la inmensidad de las espigas, ante la visión lejana del cielo tórrido.

El padre Vassili alzó los ojos: eran pequeños y hundidos, negros como carbones, y ardían con fuego sombrío, reflejo de la irradiación del cielo; cruzó los brazos sobre el pecho y quiso hablar. Las mandíbulas de hierro, cerradas como un estuche, se estremecieron, rechinaron sus dientes, y, con un esfuerzo semejante a un bostezo convulsivo, el pope abrió la boca y pronunció estas palabras con voz alta y clara:

—¡Yo creo!

El grito de su corazón, lanzado como un reto, se perdió, sin eco, en la inmensidad del cielo y de los campos; y otra vez, con pasión, como para persuadirse o para advertir, repitió:

—¡Yo creo!

De vuelta a la casa, se puso una vez más a la tarea de reconstruir, grano de arena a grano de arena, su destruido hormiguero; asistió al ordeñar de las vacas, peinó por sí mismo el pelo largo y áspero de Nastia, y, a pesar de la hora tardía, caminó dos verstas para ir a consultar con el médico del cantón sobre la enfermedad de su mujer.

El médico le entregó unas gotas en un frasco.

II

El padre Vassili no era amado de nadie, ni de sus feligreses, ni de sus subordinados.

En la iglesia, desempeñaba mal y pobremente su oficio; su voz seca y sin amplitud mascullaba las lecturas; en ciertos momentos, precipitaba las palabras hasta el punto de equivocar al diácono; en otros, remoloneaba sin motivo.

Aunque no fuese codicioso, su manera de recibir el dinero y las ofrendas era tan torpe, que se le creía interesado y se le reían en las barbas. Y como, por añadidura, se sabía que era muy desgraciado en su vida privada, todo el mundo de los alrededores le tenía aparte con cierto desprecio, y hasta se consideraba como un mal presagio el encontrarle o conversar con él.

El día de su cumpleaños invitó a cenar a los notables del pueblo, y todos contestaron aceptando; pero cuando llegó la hora de la cena, solamente acudió el clero; ninguno de sus feligreses distinguidos se presentó al festín; el pope se encontró humillado ante sus subordinados, y la popadia, que veía así prodigados estérilmente los vinos de precio y los postres encargados a la ciudad, sintióse cruelmente mortificada.

—Ni siquiera quieren ya venir a nuestra casa—suspiró ella tristemente; y sin haber probado los vinos.

*
*
*

Cuando los convidados se fueron, estaban borrachos y apenas dieron las gracias; de otra parte, en su voracidad ansiosa, no habían apreciado ni los postres, ni lo selecto de los vinos.

El más inconveniente para el pope era el mayordomo, un tal Juan Porfirich; despreciaba abiertamente al sacerdote por su mala suerte, y cuando se hizo del dominio público la espantosa embriaguez de la popadia, juró no volver a besar la mano del pope.

Era a la salida de la misa: cuando el padre Vassili le alargó la mano, Iván Porfirich hizo ostentación de volver insolentemente la cabeza.

La mano, atezada por el aire libre, quedó colgante, y el pope enrojeció hasta las orejas, sin decir palabra.

Este incidente, de que se habló en el pueblo, sirvió para confirmar á Iván Porfirich en su opinión de que el pope era un mal hombre, sin dignidad; resolvió trabajar a los campesinos para incitarles a quejarse a la hiparquía y solicitar otro pastor.

Iván Porfirich era un hombre rico, perfectamente feliz y universalmente respetado; tenía un aire de importancia, mejillas duras y llenas, poblada barba negra; y el vello, negro también, que le cubría todo el cuerpo, sobre todo el pecho y las piernas, parecía ser indicio de una felicidad particular; era, por añadidura, altivo, presuntuoso; estaba siempre alegre

y persuadido de que Dios le había elegido entre los otros hombres. Un terrible accidente de ferrocarril, en el que hubo numerosas víctimas, no le costó a él más que la pérdida de la gorra, «y estaba ya vieja», decía él con aire de suficiencia, porque esta circunstancia le parecía ser un nuevo mérito en su activo.

Todo esto hacía del mayordomo un sér terrible y extraordinario a los ojos del pope. Cuando se encontraban, él era el primero en quitarse el sombrero de anchas alas con apresuramiento poco distinguido; y al alejarse, apresuraba el paso, como el de un hombre asustado y avergonzado de su susto, y sus piernas débiles se enredaban en los pliegues de su sotana. Parecíale que todo su destino enigmático y cruel se encerraba en aquella barba negra enorme, en aquella actitud imperturbable, y que debía recogerse, achicarse, esconderse detrás de las paredes, bajo pena de ser aplastado como una hormiga por aquel corpachón amenazador.

Poco a poco, todo lo que pertenecía a Iván Porfirich, todo lo que le concernía, había adquirido tal interés para el pope, que a veces, durante días enteros, no hacía más que pensar en el mayordomo, en su mujer, en sus hijos, en sus riquezas.

Hasta cuando trabajaba en el campo, entre los campesinos, campesino él también, con sus zapatones engrasados y su camisa de cáñamo, ocurriale frecuentemente mirar hacia el pueblo, y lo primero que veía era siempre, cerca de la iglesia, la casa de dos pisos del mayordomo, con su tejado de tejas rojas. Pero le costaba gran trabajo descubrir su propia casita, con su humilde techo de madera, en medio del verde griseo de los sauces despeinados por el riachuelo; y el solo aspecto de aquellos dos tejados, tan próximos y tan diferentes, tenía algo desgarrador que le apretaba el pecho.

Un día, en la fiesta de la Epifanía, la popadia volvió de la iglesia llorando, y se quejó de haber sido insultada; pasaba por delante de Iván Porfirich para ir a su banco, y aquél había dicho, en voz lo suficiente alta para ser oído de todo el mundo:

—No se debería dejar entrar en la iglesia a esa borracha; es una vergüenza.

La popadia lloraba al referir la injuria, y, en aquel momento, los progresos de su vejez y de su decaimiento durante los cuatro años transcurridos desde la muerte de Vassia, se presentaron al pope con cruel e indiscutible evidencia.

Ella era joven todavía, pero ya surcaban su pelo plateados hilos; sus dientes habían ennegrecido, y sus ojos se habían hinchado; fumaba, y daba lástima verla con su cigarrillo, que sujetaba torpemente, a la manera de las mujeres, entre dos dedos estirados; mientras fumaba, lloraba, y el cigarrillo temblaba entre sus labios, hinchados por las lágrimas.

—¡Dios mío! ¿Por qué? ¡Dios mío!—replicaba, viendo caer con insistencia imbecil la lluvia fina de Setiembre.

Las gotas de agua habían empañado los cristales, y en la sombra, ya extendidas, las ramas del álamo, cargadas de lluvia, se movían como fantasmas. En la casa no se encendía aún, para ahorrar leña, y el aire era allí húmedo, frío, hostil, como en un patio.

—¿Qué hacer con gentes así, querida?—decía el pope a manera de excusa, y se frotaba las manos, que tenía secas y ardorosas;—¡hay que tener paciencia!

—¡Señor, Señor! ¿no nos defenderá nadie?—gemía la popadia.

En un rincón, los ojos de loba de la taciturna Nastia lucían inmóviles y fríos a través de los mechones esparcidos de su pelo crespo.

Cuando llegó la noche, la popadia estaba ebria, y entonces empezó para el pope la más intolerable, la más cruel, la más lamentable de las pruebas, aquella de la que no se acordó nunca sin un sobresalto de vergüenza y de castidad ultrajada.

En la oscuridad malsana de las maderas cerradas, en los ensueños monstruosos engendrados por el alcohol, y las frases incoherentes, indefinidamente hilvanadas, la popadia concibió una esperanza insensata: dar a luz un segundo hijo en quien

reviviese el niño prematuramente muerto. Sí, el niño iba a renacer, con su dulce sonrisa, con sus ojos resplandecientes, de una luz tranquila, con su parla apacible y ya razonable; iba a renacer en la belleza de su infancia inocente, tal, en fin, como era en aquel día terrible de Julio, en que el sol ardiente quemaba en el cielo, en que el río cegador y pérfido chispeaba á lo lejos...

Y, toda inflamada por su loca esperanza, bella, hasta el descaro, por el fuego que la abrasaba, la popadia quiso las caricias de su esposo: ya le suplicaba humildemente, ya le incitaba y se hacía provocadora. Pero el espanto no abandonaba el rostro ensombrecido del sacerdote.

Entonces, dolorosamente, esforzóse ella en volver a ser la criatura tierna y apetecible que era hace diez años: tomó una expresión tímida y virginal, y murmuró ingenuas palabritas infantiles; pero sus labios, hinchados por el alcohol, no le obedecían, y bajo las pestañas bajas brillaba, ardiente y significativo, el fuego de un deseo insensato... Y mientras tanto el pope, con la cara escondida en sus manos febriles, murmuraba débilmente:

—¡No puede ser, no puede ser!

Entonces ella se puso de rodillas, y con voz ronca le imploró:

—¡Por piedad!, ¡devuélveme á Vassia!, devuélvemelo, pope!; ¡devuélvemelo, maldito!

La lluvia de otoño azotaba obstinadamente las persianas, herméticamente cerradas, y solamente en torno de ellos la noche, sañuda, respiraba pesada y profundamente.

Aislados, en su casa, del mundo exterior, parecíales que un sueño de pesadilla sin término, les arrebatava en su órbita, entre gritos de dolor e imprecaciones furibundas. La demencia les acechaba a la puerta. Su soplo estaba en la atmósfera asfixiante del cuarto, y su mirada en la llama roja de la lámpara, que se apagaba bajo el tubo ahumado.

—¡No quieres! ¡No quieres!—gritó la popadia.

Y en su frenesí de maternidad, habíase quitado las ropas con ademán impúdico, y se erguía completamente desnuda y anhelosa, lúbrica y terrible como una bacante, conmovedora y digna de piedad como una madre.

—¡No quieres! Entonces, te juro ante Dios que me iré a la calle, me iré, así, desnuda, a arrojarme al cuello del primer hombre que pase... ¡Devuélveme a Vassia, maldito!

Y su pasión, triunfó de la castidad del pope. A través de los largos gemidos de la noche de otoño y de las palabras incoherentes, le pareció que la vida, la vida mísera, la eterna engañadora, descubriale al fin sus manchas oscuras y misteriosas; y en las tinieblas de su conciencia, un pensamiento prodigioso brilló como un relámpago: el pensamiento de una resurrección milagrosa, de una lejana y maravillosa posibilidad.

Y a los transportes furiosos de la popadia, respondió él, el casto; él, el púdico, con otros transportes, en que se fundían juntas la esperanza luminosa, la oración y la profundidad de una desesperación sin límites.

III

Al llegar la primavera, la popadia estaba en cinta.

Pasó todo el verano sin embriagarse, y un gozo apacible irradió de nuevo en el hogar del padre Vassili.

Sin embargo, el enemigo invisible no cedía: se perdió un cerdo de cuatrocientas libras, cebado para la venta; á Nastia se le llenó el cuerpo de un sarpullido, y la enfermedad no desaparecía con ningún remedio.

Todas estas pruebas parecieron, sin embargo, soportables; la popadia hasta se alegraba de ellas en el fondo de su corazón, porque dudaba siempre de su gran ventura, y creía comprarla con todas aquellas miserias: parecíale que si el cerdo, animal de precio, se había perdido; que si Nastia estaba enferma, que si otros males aún habían caído sobre ellos; en cambio, nadie nunca se atrevería a ofender a su hijo.

Y, por este hijo tan deseado, hubiera ella dado la casa y Nastia; hubiera dado con gozo su vida y su alma a la potencia invisible e implacable, siempre sedienta de nuevos sacrificios.

Había embellecido, no temía ya a Iván Porfirich; al dirigirse a su sitio en la iglesia, ostentaba con orgullo su abultado vientre, y dirigía a las gentes miradas atrevidas y llenas de aplomo.

Para no perjudicar al niño, dejó de ocuparse en los penosos quehaceres domésticos, y se pasaba el día en el bosque patrimonial.

Allí, en la alta arboleda, tibia por el verano que declinaba, sombría y llena de perfumes, bajo la bóveda impenetrable del ramaje, cogía las setas blancas, que se apelotonaban en la hierba las unas contra las otras; la popadia las hallaba en sus cabezas negras, en su aspecto sencillo, vagas semejanzas con una nidada de niñitos, y esta idea la inspiraba una especie de emoción tierna.

Después seguía andando, con su paso rítmico y prudente de mujer que va a ser madre, y el bosque profundo se convertía para ella en un sér viviente, acariciador y discreto.

*
* *

El otoño, luego el invierno, transcurrieron tranquilos y felices. La popadia empleaba las veladas en coser mantillas y fajas; pensativa, manejaba el lienzo con sus dedos blancos, dorados por la luz rosada de la lámpara; su mano estiraba la tela suave, como para acariciarla.

Un pensamiento especial, un pensamiento común a las madres jóvenes, se dibujaba en sus facciones, y, en la azulada sombra de la pantalla, su encantador rostro parecía, a los ojos del pope, iluminado interiormente por una luz tierna y delicada.

Temiendo perturbar con un gesto demasiado brusco el bello y radiante ensueño de su mujer, el padre Vassili paseaba si-

lenciosamente por la habitación...; el ruido de sus pasos, amortiguado por blandas zapatillas, resonaba suavemente, imperceptiblemente.

Contemplaba alternativamente a su mujer, la habitación tibia y buena, dulce como una amiga; así, pues, todo estaba bien en su casa, como en las de los otros hombres, y todo respiraba en ella una calma profunda y alegre.

Su alma sonreía dulcemente, porque no sabía que ya la sombra de un gran dolor descendía sobre su frente, y que, hasta en aquellos días de paz y de respiro, un destino sombrío y enigmático pesaba sobre su vida.

La noche de la Epifanía, la popadia daba a luz felizmente un niño, al que llamaron Vassili. Tenía la cabeza grande y las piernas gráciles. Ningún pensamiento asomaba en la mirada, extraordinariamente inmóvil y atontada, de sus ojos redondos.

Para el pope y su mujer pasaron tres años entre angustias, dudas, esperanzas; pero, al cabo de tres años, se hizo evidente que el nuevo Vassia había nacido idiota. Concebido en la demencia, había venido al mundo demente.

V

Desde entonces, la abrumadora obsesión de la pena reinó en la casa del padre Vassili, y la espantosa imagen del idiota pesó sobre todos los pensamientos, sobre todos los actos.

Como siempre, el hogar seguía su marcha: las estufas caldeaban, las gentes hablaban de sus asuntos; pero ya no estaba allí la alegría de vivir, y todo iba de mala manera.

Los obreros vagueaban al realizar su tarea, y se iban sin motivo; los reemplazaban otros; pero, al cabo de pocos días, experimentaban el mismo tedioso desaliento, la misma indiferencia, y se hacían groseros.

Las comidas eran irregulares, servidas demasiado pronto o demasiado tarde, y siempre les faltaba un convidado.

Los trajes y la ropa blanca caían a jirones, y, aunque la popadia manifestase constantemente la intención de remendar los calcetines de su marido, siempre estaban rotos, y el padre Vassili se lastimaba los pies.

El niño tenía ya cuatro años, pero no andaba aún, y no sabía decir más que una sola palabra: «¡Da!». Era malo y exigente: si le negaban algo, lanzaba gritos de animal, agudos y chillones, y alargaba sus manos de dedos ganchudos.

Era sucio en sus costumbres, y satisfacía sus necesidades al azar, en el suelo, como los animales; era un verdadero tormento mudarle de ropa, porque espiaba, con malicia astuta, el momento en que la cabeza de su hermana se inclinaba hacia él, para meterle las manos en el pelo y arrancar mechones enteros.

Un día mordió a Nastia; ella le tumbó en la cama, y le pegó largamente, cruelmente, como si no hubiera sido un niño, sino un pedazo de carne corrompida. Desde entonces se aficionó él a morder y enseñar los dientes con aire amenazador, a la manera de los perros.

Era, por añadidura, difícil de alimentar, porque, en su impaciencia ansiosa, exageraba la torpeza de sus movimientos, y se atragantaba o tiraba el plato. Su aspecto inspiraba aversión, casi espanto; sobre unos hombros pequeños, aún completamente infantiles, se movía una cabezota, y la caraza, inmóvil y ancha, parecía la de un adulto. Había algo que impresionaba en este desacuerdo violento entre la cabeza y el cuerpo; hubiérase dicho que el niño se había puesto, ignorándose por qué, una careta monstruosa.

*
* *

Exhausta de sufrir, la popadia se volvió a dedicar a la bebida. Bebía desmesuradamente, hasta el punto de ponerse enferma y perder la razón; pero la sobreexcitación del alcohol

era impotente para sacarla del círculo de hierro, en el que se alzaba implacable la imagen del niño estúpido.

Como en otro tiempo, esforzábese en buscar en el aguardiente los recuerdos amargos y punzantes de aquel tiempo; pero los mismos recuerdos la huían, y la nada mortal no le daba ya ni un sonido, ni una imagen.

Con todas las fuerzas de su cerebro exaltado, evocaba el dulce rostro del niño muerto, canturreaba las cancioncillas que él gustaba de gorjear, sonreía con su sonrisa, simulaba la manera con que el agua taciturna le estrechó y le amordazó... Y ya, he aquí que se acerca; he aquí que el inmenso dolor tan deseado va a encenderse en su corazón...; cuando, de pronto, la fugitiva imagen se desvanece á sus ojos...; todo se derrumba, se barre...; y, del fondo de las tinieblas muertas y frías, la máscara del idiota surge espantable.

Entonces parecíale a la popadia que acababa de enterrar a Vassia por segunda vez, y deseaba poder abrirse la cabeza contra una pared.

Asustada, corría al cuarto y llamaba a su marido.

—¡Vassili, Vassili, pronto, ven!

El padre Vassili acudía, y se sentaba en un rincón oscuro, tan indiferente, tan tranquilo, tan ausente, como si el espanto y la locura no reinasen en la casa; no se veían ya sus ojos y, bajo la frente abombada, aparecían solamente dos huecos negros que daban á su cara demacrada el aspecto de una cabeza de muerto.

Con la barbilla apoyada en sus dos manos huesudas, permanecía allí, sumido en una inmovilidad y un silencio absolutos, mientras que la popadia, un poco tranquilizada, sin embargo, cerraba, con desatentado apresuramiento, la puerta que daba acceso al cuarto del idiota.

Parapetaba aquella puerta, fortaleciéndola con la mesa y las sillas, con almohadones y ropas, pero todavía no le bastaba; tenía que mover y empujar, con la fuerza de un hombre, una

antigua y pesada cómoda, y arrastrarla hasta la puerta, arañando el suelo.

—¡Quita las sillas!—gritaba ella anhelosa.

Y él, siempre silencioso, se levantaba, desembarazaba la puerta y se retiraba de nuevo a su rincón.

Por un instante, la popadia se calma y se serena, comprimiendo con su mano los movimientos precipitados de su seno; pero, de pronto, se yergue de un salto, se echa hacia atrás los mechones tupidos de su pelo, y presta oído con indecible espanto á lo que se imagina detrás de la pared.

—¿Oyes, Vassili, oyes?

Las dos manchas negras se fijan en ella, inmóviles, y se oye una voz, indiferente y sombría:

—Todo está tranquilo, está durmiendo; cálmate, mujer.

Una sonrisa clara y alegre, una sonrisa infantil ilumina las facciones de la popadia, y, aún indecisa, vuelve á sentarse en el borde de la silla.

—¿Es verdad? ¿Está durmiendo? ¿Le has visto tú mismo? ¡No mientas! Es un pecado mentir.

—Sí, le he visto, está durmiendo.

—Entonces, ¿quién habla ahí, detrás de la pared?

—No hay nadie; tú eres la que crees oír hablar.

La popadia estalla en una su alegría febril; ríe ruidosamente y menea la cabeza con aire convencido, echando con la mano algo... Evidentemente, es eso...; alguien ha querido asustarla para reirse de ella, y como no es más que una broma, ella es la primera en reirse.

Pero su risa solitaria queda sin eco y muere en el silencio, como piedra que cae en un abismo sin fondo; y todavía la sonrisa crispa sus labios cuando ya el glacial espanto renace en su mirada.

Quejumbrosa, empieza a gemir:

—Vassili, me das miedo; ¡cuánto has cambiado!... ven un poco á la luz.

Obediente, el padre Vassili se acerca á la mesa; la tibia luz

de la lámpara inunda su rostro sin lograr animarle; sin embargo, como sus facciones no expresan ningún espanto, el terror de la popadia se disipa; acerca su labios al oído de su esposo, y murmura:

—Pope, oye, pope, ¿te acuerdas de Vassia del otro Vassia?

—No.

—Entonces, ¿por qué te quejas en tus sueños? ¿Por qué te quejas?

—A veces me siento mal.

La popadia lanza una carcajada irritada.

—Que, ¿te sientes mal?... ¡Bah!

Y golpea con los dedos el pecho huesudo, pero amplio y robusto, del pope.

—¿Por qué mientes?

El padre Vassili no contesta nada; la popadia le mira con hostilidad a su rostro frío, a su barba hirsuta, que crece enmarañada, con claros en las mejillas hundidas; se encoge de hombros con aire de repugnancia.

—¡Puah! ¡Cuánto ha cambiado! Se ha vuelto malo, frío, repugnante como un sapo... ¿Tengo yo la culpa de que haya nacido así? Vamos, habla. ¿En qué piensas? ¿En qué estás siempre pensando, pensando, pensando?...

Pero el padre Vassili persiste en callarse, y escruta con mirada atenta, irritante, el rostro pálido y demacrado de la popadia. Y cuando mueren los últimos sonidos de sus palabras incoherentes, siente ella de nuevo que los anillos de hierro de este lúgubre silencio le aprietan la cabeza y el pecho, y hacen que broten, irresistiblemente, palabras apresuradas, inesperadas.

—Pues yo sé, pope, sé...

—¿Qué sabes?

—Sé en lo que piensas... Tú no...

Y de pronto se aparta del sacerdote con espanto.

—¡Tú no crees en Dios!... Eso es lo que es.

Y al punto comprende la gravedad de sus palabras; una

sonrisa lastimosa, que implora perdón, flota en sus labios hinchados, quemados por el aguardiente y rojos como sangre.

Pero el pope, pálido de emoción, la reprende con ruda insistencia:

—¡No es verdad! Piensa lo que dices... ¡Yo creo en Dios!...

Y de nuevo reina el silencio en derredor de ellos; pero hay ahora en este silencio algo acariciador, que baña dulcemente a la popadia como agua tibia...; con los ojos bajos, pregunta tímidamente;

—Si tú quisieras, Vassili, bebería un poco, me dormiría mejor después... es muy tarde.

Y se sirve una copita de aguardiente; vacila un momento, la llena, después la vacía hasta el fondo, a sorbos precipitados, como hacen las mujeres. El licor le quema el pecho y le entra un deseo repentino de reír, de agitarse y hacer ruido.

—¿Sabes una cosa, Vassili?... Vamos a jugar a los «durachki». Llama a Nastia, me gusta mucho jugar á los «durachki...» Vassili, querido mío, ve a llamarla y te daré un beso.

—Ya es tarde, está durmiendo.

La popadia golpea coléricamente con el pie.

—Entonces, despiértala; anda, ve.

Y Nastia viene, llena de sueño, alta y delgada como su padre, con sus manos grandes, deformadas por el trabajo; tiene frío, y se apelotona mientras encuentra la baraja grasienta.

Siéntanse alrededor de la mesa, y el juego, el más alegre y animado de los juegos, empieza siempre en silencio, en el caos de los muebles derribados, en la noche profunda en que todo duerme: las gentes, los animales, el campo.

La popadia se esfuerza en reír y bromear; hace trampas, escamotea los triunfos, y, por último, le parece que todo el mundo a su alrededor tiene la misma alegría.

Pero no tarda en inquietarse al ver aquellos dos pares de manos, huesudas y mudas, ir y venir por la mesa, suavemente y sin ruido, como si aquellas manos fueran seres racionales, dotados de una vida particular.

Vuelve a sentirse estremecida, a angustiarse, en la espera espantosa de algo sobrenatural. Por encima de la mesa, dos rostros sombríos y lívidos emergen de la oscuridad; avanzan, retroceden, en una especie de danza extraña y silenciosa.. La popadia consume su copita mascullando palabras...; las manos secas vuelven a correr sin ruido sobre la mesa...; y he aquí que el silencio empieza a zumbar, y que viene a sentarse a la mesa un nuevo personaje...; unos dedos ganchudos tientan las cartas, se alargan hacia la popadia, recorren sus rodillas como unas arañas, llegan hasta su garganta...

—¿Quién está ahí?— exclama, poniéndose en pie de un salto.

Pero allí no hay más que el pope y Nastia, que la miran asombrados.

—Cálmate, querida; aquí estamos nosotros. Nosotros y nadie más.

—¿Y él?

—Está durmiendo.

La popadia vuelve a sentarse, y, durante un momento, los objetos cesan de moverse y permanecen inmóviles en su sitio habitual. Y el padre Vassili se da buen continente.

—Pope, ¿qué haremos cuando empiece a andar?

Y Nastia contesta:

—Hoy, al darle de comer, he visto que movía sus pierrecillas.

—No es verdad—se apresuró a negar el pope.

Pero las palabras resuenan sordas y lejanas, y he aquí que de pronto los objetos, las tinieblas, las luces empiezan a dar vueltas, giran alocadamente en la órbita de un torbellino furioso, y que por todas partes surgen fantasmas que no tienen ojos...

Avanzan contoneándose hacia la popadia, la alcanzan, trepan por sus rodillas, rastrean sobre ella al azar como animales ciegos, la palpan con sus dedos ganchudos, la arrancan la ro-

pa, la agarran por la garganta, por el pelo, se esfuerzan en arrastrarla...

*
**

La popadia, presa del delirio, rueda ahora por el piso, se agarra a él con sus uñas lastimadas, va a darse de cabezadas con las paredes; y su locura le da tal fuerza, que Nastia y el padre Vassili no logran sujetarla, y hay que pedir ayuda a la cocinera y a un obrero.

Entre los cuatro consiguen dominarla, la atan las manos con servilletas y la llevan a la cama, en donde sólo se queda a su lado el padre Vassili.

Sentado a la cabecera, mira inmóvil, cómo se retuerce el pobre cuerpo y cómo brotan las lágrimas bajo los párpados contraídos.

Con voz ronca á fueza de gritar, ella no cesa de implorar:
—¡Socorro! ¡Estoy mala! ¡Socorro, Vassili, querido mío!

Con gesto mesurado y extraordinariamente tranquilo, el padre Vassili le coge la cabeza con las dos manos; vuelven éstas a caer con el mismo movimiento tranquilo y mesurado, y largos mechones de cabellos grises tiemblan entre sus dedos.

VI

Llegó la Cuaresma; la campana lanzaba sordamente su tintineo monótono, y su llamamiento tímido no lograba quebrantar el sopor que pesaba aún sobre los campos cubiertos de nieve. Vacilantes, las notas griseas salían una a una del campanario, perdíanse en las nubes glaciales y morían lentamente.

Durante mucho tiempo, ni un alma acudió a la invitación discreta y, sin embargo, apremiante, de la modesta iglesia.

A fines de la primera semana, dos viejas presentáronse a confesar, grises, sombrías y brumosas como el invierno que terminaba.

Por largo rato mascullaron, con sus bocas desdentadas, las mismas quejas oscuras, descosidas, sin principio ni fin, y las palabras, como las lágrimas agotadas por un uso demasiado largo, no querían acudir.

Ya ellas habían recibido la absolución; pero seguían sin comprender y se obstinaban en reclamar algo; y su queja era oscura y tenebrosa, como los fragmentos de un ensueño penoso.

Tras ellas, acudió mucha gente; y muchas lágrimas tiernas y ardientes fueron derramadas; muchas palabras aceradas y desgarradoras entraron en el corazón del padre Vassili.

Cuando el campesino Semione Mossiaguín saludó tres veces hasta el suelo, y se hubo acercado a pasos contados al pope, éste fijó en el mujick una mirada penetrante.

—Ya hace mucho tiempo que te esperaba—dijo el padre Vassili.—¿Por qué has venido, Mossiaguín?

—Para confesarme—contestó el campesino, solícito y alegre; y mostraba con una buena sonrisa, sus dientes blancos, bien alineados, como igualados con lima.

—¿Por qué a confesarte? ¿Te sientes mejor cuando te has confesado?—continuó el pope.

Y le parecía a Mossiaguín que sonreía alegre y benévola-mente.

—Seguramente que me siento mejor, después.

—¿Es cierto que has vendido tu caballo y tu última oveja, y empeñado tu carro?

Mossiaguín dirigió al pope una mirada seria y descontenta. Ambos se callaron; el padre Vassili se volvió lentamente hacia el pupitre, y ordenó:

—Vamos, cuéntame tus pecados.

Mossiaguín tosió, tomó una actitud de mando, apoyó respetuosamente la cabeza y el pecho en el sacerdote, y se puso a cuchichear precipitadamente.

A medida que hablaba, el rostro del pope poníase más altivo y más severo, y se hubiera dicho que se endurecía bajo

el chaparrón de las dolorosas confidencias del mujick. Su respiración era profunda y entrecortada, como si se sofocara en aquella red de crueles insanidades, que se arrollaba lentamente alrededor de él, tales como los negros anillos de una serpiente desconocida.

Porque la vida de Semione Mossiaguín se resumía así: tenía siempre hambre; su mujer, sus hijos, sus bestias tenían hambre, y su razón concluía por turbarse, por vacilar, como un borracho que titubea, sin encontrarla, ante la puerta de su casa.

Se extenuaba en labores abrumadoras, y los frutos de este trabajo desaparecían en polvo impalpable; la vida respondía a sus esfuerzos con implacables burlas.

Como tenía el alma compasiva, recogió en su casa a un huérfano, cosa que todo el mundo le censurara; el huérfano vivió algún tiempo, y concluyó por morir de hambre y de enfermedad; entonces se censuró a sí mismo, y no supo ya en puridad si había que ser compasivo o no.

Parecía que las lágrimas no debieran secarse nunca en los ojos de aquel hombre, que las palabras de cólera y de protesta no debiesen nunca morir en sus labios; y, por el contrario, no cesaba de reír y bromear; tenía una barba absurdamente cómica, en la que miles de pelillos de un rojo de fuego se enlazaban en una especie de zarabanda alegre. En el baile, iba de comparsa con las muchachas y los niños, y cantaba coplas melancólicas con voz aguda y vibrante; a los que le escuchaban se les saltaban las lágrimas, pero él conservaba siempre su misma sonrisa irónica y tranquila...

Sus pecados eran insignificantes y de pura forma; un día, el agrimensor a quien conducía en coche, el día de San Pedro, le había dado un pastel de carne, y Mossiaguín se lo había comido, aunque era Cuaresma; otra vez, había fumado un cigarrillo antes de comulgar; y estos pecados tomaban, en su confesión, la importancia de un asesinato.

—He terminado—exclamó al fin Mossiaguín, con acento

completamente cambiado y alegre, enjugándose el sudor que corría por su frente.

El padre Vassili volvió lentamente hacia él su rostro huesudo.

—¿Y quién te ayuda?

—¿Que quién me ayuda?—replicó Mossiaguín;—pues nadie. Bien sabes que por aquí la gente no es rica. Sin embargo, Iván Porfirich me ha socorrido.—Y el mujick guiñó un ojo maliciosamente.—Me ha dado tres «puds» (1) de harina, para devolverle cuatro en otoño.

—¿Y Dios?

Semione suspiró y su rostro se ensombreció.

—¿Dios? Yo no merezco que me ayude.

Las preguntas inútiles del pope le fastidiaban; dirigía furtivas miradas á la iglesia, ya vacía, y contaba con atención los pelos escasos de la barba del pope; miró sus dientes negros y estropeados, y pensó con envidia: «Seguramente que come mucho azúcar.»

El sacerdote insistió.

—¿Qué es lo que esperas?

—¿Lo que espero?... ¿Pero qué puedo yo tener que esperar?

La iglesia se oscurecía, y el frío se deslizaba bajo la camisa del mujick.

—Entonces no hay nada que hacer—dijo el pope, y sus palabras cayeron sordas y lejanas como las primeras paletadas de tierra caen sobre un féretro.

—¡Nada que hacer, nada que hacer!...—repitió lentamente Mossiaguín, escuchando sus últimas palabras.

Representábase su vida, los rostros famélicos de sus hijos, las quejas eternas, su trabajo abrumador, y ese peso oscuro y eterno sobre el corazón, que da ganas de pegarse o beber

(1) El «pud» vale dos libras.

aguardiente... y esto seguiría así, mucho tiempo, siempre, hasta la muerte.

Mossiaguín fijó en el pope unos ojos húmedos y velados bajo las pestañas blancas que latieron rápidamente; y de pronto, los dos hombres sintieron que una cosa espantosamente triste los unía.

Con un movimiento inconsciente, se inclinaron el uno hacia el otro, y el padre Vassili puso su mano en el hombro del mujick; reposaba allí, suave y ligera, como una tela de araña en otoño. Mossiaguín se estremeció tiernamente con el hombro, y, alzando su buena mirada confiante, con la boca medio torcida por una sonrisa lamentable, dijo:

—¿Tal vez irá esto mejor?

El pope retiró dulcemente su mano y guardó silencio. Las blancas pestañas del mujick latieron más de prisa; los pelos de rojo de fuego de su barba se estremecieron, y sus labios balbucieron algo confuso e ininteligible.

—... Así, esto no irá mejor...; seguramente, está usted en lo cierto...

Pero el pope no le permitió concluir; golpeó colérico con el pie; envolvió a Mossiaguín en una mirada hostil, e inclinándose hasta tocarle, murmuró, con silbido de serpiente irritada:

—¡No llores, no te atrevas a llorar! Los terneros son los que mugen así. ¿Qué puedo hacer yo?

Y se golpeaba el pecho con su dedo tendido.

—¿Quién soy yo? ¿Soy Dios, acaso? Ruégale. Anda, ¡ruégale, te digo!

Y, dando un empujón al mujick:

—¡Ponte de rodillas!

Mossiaguín se arrodilló.

—¡Reza!

Tras el penitente estaba la soledad tenebrosa de la iglesia; sobre él, el pope, irritado, continuaba gritando:

—¡Reza!, ¡reza!

Maquinalmente se puso a hacer signos de cruz precipitados, y grandes saludos hasta el suelo.

Estas inclinaciones rápidas y repetidas; lo raro de las palabras del pope; la conciencia de estar sometido, en cuerpo y alma, a una voluntad oscura, pero fuerte, todo esto asustaba a Mossiaguín, y, por esto mismo, le reconfortaba singularmente. Porque, del espanto mismo, inspirado por un Dios poderoso y temible, nacía la esperanza en su misericordia; y, mientras que apretaba con ardor su frente contra las losas heladas, el pope pronunció dulcemente:

—Basta.

Mossiaguín se levantó y se santiguó ante las imágenes más próximas; ahora, estaba seguro, su destino iba a mejorar; y, tranquilamente, esperó las instrucciones del pope.

Pero el padre Vassili se contentó con volverle a mirar con sombría curiosidad, y le dió la absolución.

Al salir, Mossiaguín se volvió una vez más: la figura inmóvil y solitaria del pope empezaba a fundirse en la oscuridad circundante; la débil luz de un cirio no la iluminaba más que en parte; se había hecho sombría e inmensa; no tenía ya contornos exactos ni límites precisos, y no parecía ya sino un fragmento de la oscuridad que llenaba la iglesia.

LEÓNIDAS ANDREIEF

(Continuará.)

LA AMÉRICA MODERNA

España y la Argentina juzgadas por un crítico italiano. El valor cultural de España para América. La difusión americanista e hispanista.—Los extranjeros en la Argentina y el nacionalismo. Dificultades de la asimilación. Posición de intereses de las razas concurrentes.—Horizontes ibero-americanos. La América española como espacio libre a la expansión mundial. Comparaciones estadísticas. Rehabilitaciones históricas.

La literatura española sobre América debe un nuevo libro al escritor italiano conocido por el seudónimo de Aníbal Latino. El libro se titula *Problemas y lecturas*. En él trata muchos temas que, por lo variados y dado su sentido, podríamos denominar sociológicos. La mitad del libro, por lo menos, contiene, bajo el nombre de *La República Argentina y su gran capital*, una serie de estudios sobre temas tan interesantes como son las relaciones de la Argentina y España, las peripecias de la asimilación de los elementos extranjeros, la psicología de los argentinos, el urbanismo bonaerense, la especulación territorial, etc. La glosa completa de tan variados temas requeriría por nuestra parte muchas páginas, razón por lo cual, preferimos entresacar lo más interesante de la obra, dejando, tal vez para otra ocasión, el comentario de las noticias valiosas que nos da el escritor italiano, algunas de las cuales ya conocen nuestros lectores por el material publicado en esta sección.

Una de las partes más interesantes del libro de Aníbal La-

tino es la que dedica a estudiar las relaciones de España y la Argentina. Sus juicios tienen tanto más valor por cuanto no proceden de un español ni de un americano, que en este caso caerían fácilmente en la parcialidad. El escritor italiano rehabilita noblemente la significación y el prestigio de España, que sólo la pasión o la ignorancia pueden desconocer. Claro está que las explosiones sentimentales de españoles y argentinos en las visitas que recíprocamente se hacen, no son un camino para estrechar las relaciones hispano-argentinas, como muy atinadamente nota Latino; que hay que tener más espíritu práctico, mejor sentido de lo económico; no obstante, es grato demostrar los movimientos espontáneos de simpatía entre individuos de pueblos tan afines, de historia tan íntimamente enlazada, que no puede mentarse la de unos sin pensar en los otros. Lo importante es completar la obra del sentimiento con remaches de duraderos intereses.

El influjo económico de España en la Argentina puede ser mucho mayor de lo que es en la actualidad; pero no hay que olvidar que el comercio español ha de luchar con poderosos concurrentes en América; además, los productos españoles no se pregonan tanto en América como realmente debería de hacerse en relación con su volumen, porque los comerciantes les disfrazan con nombres extranjeros, a fin de atraer más a los compradores.

Pero lo que resulta indiscutible es la existencia de un mayor campo de expansión en América para la cultura española. Sobre este tema tal vez no le sería discreto a un español discutir; los lectores ajenos juzgarían apasionadas sus palabras. Aníbal Latino trata este aspecto de la cuestión de una manera decidida y rotunda en sus palabras, haciendo resaltar el desconocimiento de las cosas de España por la mayoría de los extranjeros y, sobre todo, por los americanos. Tal ignorancia se explica por la falta de acercamiento cultural y real de los americanos respecto de España, y viceversa. Mucho más cerca de nosotros se encuentra Alemania, y gran fama de cultos tienen

los alemanes, y, sin embargo, el desconocimiento de España entre ellos es casi absoluto. Innumerables veces he escuchado en Alemania hablar de los españoles tomando como tipo el orgulloso español de Carlos V. Para muchos no ha llovido desde entonces, o, lo que es lo mismo, han limitado la vida del mundo a la geografía nacional. Veamos cómo escribe Aníbal Latino sobre este asunto:

«No es solamente el intercambio de productos el que está rezagado en las relaciones hispano-argentinas; es la misma influencia intelectual la que tendría derecho a ejercitar España sobre las naciones que se han formado a su sombra y a las que ha transfundido su sangre, su lengua, su civilización, sus costumbres, todo lo que constituye la esencia de la vida de un pueblo, su fisonomía y su carácter...

»La Argentina vive todavía de la savia europea; realiza sus grandes progresos y transformaciones con capital inglés, alemán o francés; busca sabios y especialistas en el viejo mundo, y es justo que, en lo que tiene de sobresaliente y digno de rivalizar con otros países, como las artes y las letras, se guarden a la madre patria las consideraciones debidas, y se le demuestren las mismas preferencias que se tienen por otras naciones.»

No obstante estas poderosas razones, los americanos hacen derivar todos sus viajes por Europa hacia París, recorriendo el resto de Francia a una velocidad de tren expreso. Fascina la leyenda de la Pafos moderna; lo espectacular atrae más a la gente que lo de significación espiritual. Algo más que muros patinosos y viejos templos pueden encontrar los americanos en España. Aníbal Latino lo dice gallardamente, contestando a aquellos que, desde América, dicen que en España no hay nada que ver ni que aprender:

«¿No revela esto una ignorancia estúpida, una apreciación injusta y deprimente de los méritos y bellezas de España? ¿Acaso los monumentos que recuerdan los grandes acontecimientos históricos no abundan allí, como en Francia y en Italia? ¿Y las artes? El Museo de Pinturas de Madrid es conside-

rado como uno de los mejores del mundo; las escuelas artísticas españolas han rayado a gran altura en los siglos pasados y alcanzan hoy mismo un esplendor que no es superado por otras naciones. La arquitectura presenta en Mérida y en Segovia, restos grandiosos de la antigua Roma, y en Córdoba y Granada, ejemplares únicos del período árabe y del arte morisco: los estilos románico, gótico, mudéjar y del Renacimiento, están representados por templos magníficos y por edificios públicos y particulares, dignos de admiración y estudio.

»Los paisajes no temen la comparación con los más celebrados de Italia, Francia y de la misma Suíza. Las costas cantábricas y gallegas, las del Norte de Cataluña, pueden rivalizar con las de Biarritz, Niza, San Remo y Spezia; en los Pirineos y en los valles y montes de las sierras Morena y Nevada hay paisajes tan pintorescos como los mejores de los Alpes. El día en que los españoles se decidan a construir buenos hoteles y a divulgar eficazmente los atractivos y bellezas insuperables de algunas de sus regiones, tendrán, en la visita de innumerables forasteros de todos los países, una nueva y valiosa fuente de riqueza.

»De modo que, aun admitiendo como verdadero el atraso que se enrostra a España, y respecto del cual se exagera casi siempre, sobran motivos para visitarla, y demostrar por ella el mismo interés que se tiene por Francia y por Italia; interés que debería ser mayor si se atienden las razones de parentesco, las vinculaciones de sangre y de raza y las espirituales de lengua y de pensamiento que tiene con la República Argentina y con las demás naciones de América.

»...Cuando unos y otros se estudien mejor recíprocamente, y dejándose de hipocresías, de elogios hiperbólicos, que no son siempre sinceros, de sahumeros que a nada conducen, se hablen con toda franqueza, será mucho mayor el intercambio de ideas y de productos, y los argentinos visitarán a España como la visitan los ingleses y los franceses. En vez de entretenerse en la manifestación incesante de entusiasmos ficticios, los inte-

lectuales españoles harán bien en demostrar que ciertos olvidos son injustos, que las reticencias mentales con que se aprecian las cosas de España no tienen razón de ser.»

Los juicios de un escritor italiano importa mucho hacerles resaltar, porque no solamente están llenos de espíritu imparcial, sino que también avaloran y confirman lo que yo he venido afirmando en todos mis artículos sobre la América de nuestros días; existe un campo inmenso, en el que florecen los gérmenes del tronco ibérico, y una gran potencia difusa, que precisa recoger en bien de una raza y de la cultura latina; sólo el abandono recíproco es causa del desconocimiento mutuo y, tal vez, de muchos daños para ambas partes. El intercambio de intelectuales contribuye en gran manera a desenvolver una corriente de fusión cultural, cada vez más deseable para la América ibera y España. Latino alude a los viajes recientemente realizados por algunos intelectuales españoles en América y a los de otros americanos, entre ellos el del orador cervantino Belisario Roldán, pidiendo lo que ya nosotros hemos recomendado varias veces: que el viaje se convierta en investigación y la conferencia en curso académico.

* * *

En su hermosa obra trata Aníbal Latino una serie de temas variadísimos, y cierra sus disquisiciones con una novela que titula *Sin Patria*, en la cual describe la vida especial de aquellos emigrantes que pierden el calor del hogar patrio y no arraigan del todo en el país adoptivo. El autor parece reflejar un estado de ánimo íntimo en él: parecen los renglones de la novela, trazos de sus Memorias. En la parte de su obra que dedica a las descripciones sociológicas de la Argentina presenta un capítulo que trata de la nacionalidad de los escritores, cuyo contenido se presta a muchas y variadas reflexiones. Es algo que sólo los fatalmente descastados pueden comprender y sentir.

La fusión de los elementos extranjeros siempre fue accidental. El mestizaje de la sangre es más fácil de conseguir que el de las ideas. La oposición de razas a veces se resuelve en una afinidad electiva, en una mayor tendencia simpática, como individualmente se observa; pero la oposición de ideas, y de ideales es más intensa y duradera, a pesar de toda la ductilidad espiritual del hombre; el tipo moral no se funde con tanta rapidez cuando ya ha cristalizado. Todas estas resistencias actúan en los casos de concurrencia étnica, y son de ella excelentes campos de experimentación los países americanos que, como la Argentina, reciben una gran corriente de inmigración.

Aníbal Latino describe en su libro la lucha de los inmigrados en la Argentina; no la lucha económica, que, después de todo, suele ser una repetición más o menos intensa de la lucha ya librada en la patria de origen, sino la lucha moral que se mantiene dentro y fuera del hogar por el extranjero. «En su propia familia, si la esposa y los hijos no son de la propia nacionalidad, sino de la patria adoptiva, siente el expatriado el choque de las ideas, de los sentimientos y de los modos de ver que lo exponen a padecimientos morales mil veces peores que los materiales. Esto, naturalmente, sólo se observa entre hombres de alguna ilustración e inteligencia, que saben sentir y que son capaces de apreciar estos conflictos del espíritu, que agitan el alma con más violencia de lo que agitan y abaten el cuerpo las privaciones, las enfermedades, el hambre, la sed o el cansancio. Las facilidades que se acuerden para hacer desaparecer los obstáculos inherentes a la doble ciudadanía, y que son objeto de estudio y discusiones en Italia y en otros países, lo mismo que la generosidad y amplitud de criterio con que obran algunas naciones de América al otorgar sin molestias ni formalidades la naturalización de los extranjeros, no resolverán el problema, por mucho que se modifiquen las ideas y los sentimientos predominantes, respecto a la nacionalidad y la patria.»

E. M.—*Mayo 1912.*

A esta lucha une el escritor italiano la que tienen que librar los intelectuales extranjeros en la Argentina, en términos que merecen una consideración detenida. «Sin duda se podrá observar que los escritores extranjeros argentinizados no pueden quejarse, puesto que figuran en el mundo intelectual bonaerense, y con frecuencia se les dan espléndidos empleos oficiales o cátedras en los establecimientos públicos de enseñanza; pero esto no impide que ellos sientan esa resistencia latente de los intelectuales nativos, cuya oposición y cuyo disgusto se ponen de manifiesto en formas diversas, generalmente con ese silencio que pretende anular al adversario, formando el vacío a su alrededor; pero alguna vez también por medio del desprecio y de los ataques virulentos e injustos. Si se hace una reseña de la literatura nacional, no se citarán los nombres de los escritores aludidos; si se hace una antología, es muy raro que se incluya alguna de sus composiciones. Es verdad que esto ocurre especialmente con los mediocres, con los menos autorizados; pero los mejores y los más importantes no abundan tampoco en reconocimientos explícitos y francos del mérito ajeno, si ese mérito corresponde a hombres llegados de otras tierras y de otros cielos a desplegar aptitudes literarias en la gran patria argentina. Influidos por los temores quiméricos que suscita una masa enorme de población, que no está incorporada a la vida política del país, y cuyas ideas, sentimientos y aspiraciones chocan a veces con los de la población nacional, disgustados por la influencia que adquieren ciertos elementos extraños y por el cosmopolitismo que mantiene y difunde lo incoloro y lo exótico, los intelectuales argentinos se inclinan a la intransigencia y no se deciden con facilidad a dar carta de ciudadanía a los intelectuales extranjeros, aunque éstos se amolden al ambiente y luchen con honradez y sinceridad para conquistar el puesto que pueda corresponderles en la literatura nacional.»

La misoxenia literaria que censura Aníbal Latino en los argentinos, es un hecho que se observa en todas aquellas par-

tes en donde se escribe y se siente la competencia de la literatura extranjera. También en estas materias tan distanciadas de las cuestiones económicas, se manifiesta la oposición de intereses de tal índole, y a veces se intenta la aplicación de un proteccionismo más o menos disfrazado, pero proteccionismo al fin. Que esto es enormemente pernicioso para la cultura de un país, no se puede poner en duda; pero a pesar de tal exclusivismo, no es de temer que esa nueva forma de maniobra arancelaria pueda prevalecer, ni mucho menos contener la sutil filtración de nuevas ideas, de escuelas y producciones exóticas en el país exclusivista. Las antiguas pragmáticas, como las de Felipe II, que establecían la pena de muerte para el introductor de libros extranjeros en el reino, no tuvieron, a pesar de tanto rigor, sino una eficacia pasajera. Toda maniobra encaminada a impedir la exaltación de un exotismo científico, fracasará con tal que lo extranjero sea de buena calidad. Y lo que en términos generales se puede decir, también puede afirmarse, con más energía aún, cuando se trata de intercambios literarios con países en los cuales se habla la misma lengua, como España y la Argentina.

Lo que no puede censurarse es la exclusión de los escritores inmigrados de las antologías nacionales, siempre que se haga para satisfacer las exigencias del rigorismo histórico; pero de la misma suerte que se hace mención de escritores nacionalistas y de los extranjeroistas, dando a entender así la posición de los escritores ante lo íntimamente nacional, también merecen una consideración especial aquellos extranjeros que por el alto hecho de penetrar (no de vivir tan sólo en el país extranjero), en el alma nacional han podido alumbrar sus senos y ensanchar sus horizontes. ¿Se podría hablar de la pintura en España sin nombrar al Greco y a Lucas Jordán, o prescindiendo de Ribera porque pintó en Roma? ¿Podemos olvidarnos los españoles de Merimée? No de otra manera proceden los mismos alemanes, tan nacionalistas, al mencionar al antinacionalista Freiligrath, poeta alemán, fustigador de las tiranías

alemanas y exaltador de los rebeldes liberales españoles.

Yo creo que un país como la Argentina, que tanto necesita de elementos extranjeros si no quiere demorar por mucho tiempo sus grandes y justificadas aspiraciones de grandeza, debe poner en práctica un amplio espíritu de filoneísmo, de adaptación y de incorporación de materiales exóticos que contribuyan a desenvolver la cultura nacional. Pero aún más importancia tiene, a mi juicio, la rivalidad entre los extranjeros en la Argentina, que con la tendenciosidad de sus juicios pretenden rebajar el mérito ajeno para enaltecerse indirectamente a sí mismos. ¡Cuántos ejemplos podríamos aducir recordando la parcialidad con que las cosas españolas han sido tratadas por los italianos en la Argentina!

* * *

No solamente por parte de los españoles se hacen esfuerzos en pro de la unión ibero-americana; los mismos americanos se dan cuenta perfecta de problema tan trascendental, y buscan cooperadores para la obra de fraternización y reconstitución de la inmensa Hispania. Presente tengo unos trabajos en los que se mezclan esfuerzos de plumas y espadas para esta obra de unión. El general Rafael Reyes y el profesor de la Universidad de Buenos Aires, Antonio Dellepiane, enfocan así la cuestión: uno rehabilitando páginas históricas, y afirmando la afinidad ibero-americana; otro mirando al porvenir y señalando el curso probable de la marcha de la humanidad. En estos estudios no hay números ni consideraciones económicas; pero ofrecen un tan profundo sentido y visión clara de la evolución social, que interesa conocer a los que siguen de cerca el movimiento de razas, que es uno de los hechos más culminantes del internacionalismo moderno.

El general Reyes ve en la América española el país predestinado para las futuras grandezas en la expansión humana. El espacio libre verdaderamente aprovechable para remediar los

grandes excesos de población de los pueblos fuertes, está en el continente colombiano (1).

«El porvenir de la humanidad está en la América hispana.

»El clima inclemente, las hordas de negros salvajes y los estériles desiertos de Africa se oponen a la colonización de este Continente por individuos de raza blanca. Se continuará la explotación de sus minas y productos naturales tropicales, pero nunca será el Africa, como no lo fue en la antigüedad, asiento de una civilización de raza blanca.

»El Asia apenas puede contener y mantener su actual población, que es más de la mitad de la especie humana; cuando hay malas cosechas, mueren de hambre sus habitantes por millones. La expansión natural y la necesidad y el derecho a «su puesto al sol», hará que los asiáticos lo busquen en donde lo encuentren, bien en el Asia europea o en Europa, siguiendo las huellas de sus antepasados los tártaros y mongoles, o sobre el Pacífico, invadiendo la América.

»Los pueblos asiáticos han despertado a la vida y han adoptado los métodos y adelantos occidentales. El Japón ha pasado al mundo con la exhibición de su fuerza, de su heroísmo y de su patriotismo en la guerra con Rusia, y ha dado la prueba de lo que son capaces los pueblos que no han derribado los altares a la Divinidad, a la Moral y a la Abnegación, como lo están haciendo los occidentales.

»La América del Norte está ya poblada y explotada; pronto tendrá cien millones de habitantes, que necesitan expansión.

»Sus multimillonarios son una amenaza para los pobres y para los pequeños capitales. Ha dejado de ser, pues, campo que ofrezca los halagos que antes a la inmigración.

»Queda la América-Hispana como único y portentoso teatro para ésta.

»Los países de zona templada, como la Argentina y Chile, por su situación y por la benéfica mezcla que han tenido con

(1) R. Reyes: *España y América*. Ginebra, 1911.

los emigrantes europeos, han progresado más y han establecido definitivamente la paz y la corriente de inmigración espontánea, abundante y creciente sobre ellos.

»De allí se desbordará la inmigración hacia el Norte a los países tropicales, cuyas grandes riquezas minerales y agrícolas están intactas, y que sorprenderán al mundo por su importancia, cuando se conozcan.

»Puede decirse, con el Sr. Sanz Peña, Presidente de la Argentina, quien proclamó esta justa y civilizadora doctrina: «La América, para la humanidad», porque es en ella en donde está su porvenir.

»La era de las guerras civiles que los pueblos hispano-americanos han tenido desde su independencia, la tuvo Europa por siglos en la Edad Media, y aquéllos la han cerrado definitivamente y han entrado con firmeza y serenidad por los senderos de la civilización y del progreso.

»Tendrán sus tropiezos, sus escollos y sus crisis, pero de cada nueva lucha saldrán victoriosos y más cuerdos y fuertes, y, por propia experiencia, aunque sea doloroso, como es todo alumbramiento, aprenderán que el ateísmo, el socialismo, la demagogia, la tiranía y todos los males de las naciones decadentes, son plantas exóticas en el suelo americano, en donde su exuberancia y vitalidad no permitirán que sus generadores, la miseria y la injusticia, se desarrollen y les den vida.

»Los ideales generosos de nuestra raza, la Moral y la Justicia, aliados a los ferrocarriles, creadores de la riqueza, de la abundancia y del bienestar generales, resolverán satisfactoriamente todos los problemas: políticos, económicos, religiosos y fiscales que existen y que se presenten.

»Dudar del progreso de nuestro Continente y de nuestra raza y de sus grandes y manifiestos destinos, es desconocer la Historia, carecer de fe y formar en las filas de los vencidos y de los faltos de fortaleza y de confianza.»

Esta visión será una realidad, a pesar de tener como campo de desenvolvimiento un territorio en el que imperan países so-

beranos. La expansión en territorios de colonización, como Africa, no se realiza sino a costa de grandes sacrificios de hombres y de dinero; las grandes masas de población inferior no se resignan a dejarse conquistar, y una vez conseguida la conquista territorial, la asimilación, la selección o el desplazamiento de los núcleos de población, es labor penosísima. Todo lo contrario ocurre en países civilizados, pero de población esparsa, como América. La incorporación de elementos de población, se hace bajo la forma pacífica de la inmigración; la adaptación se favorece por los mismos poderes públicos de los Estados sobre cuyo territorio se hace imprescindible la población. No se trata, pues, en este último caso, de obras magnas que requieren los esfuerzos de la conquista, sino la acción perseverante de la paz.

Las cifras dan la razón al general Reyes. Haciendo una comparación internacional de las estadísticas de 1909, relativas a la población y a la extensión territorial de grandes Estados europeos y de la República Argentina, se observa que, teniendo ésta la misma extensión territorial que todos aquéllos juntos, es, sin embargo, enormemente inferior en población absoluta y en población relativa.

PAÍSES	Area en millas cuadradas.	Población.	Por milla cuadrada.
Alemania.....	208.780	64.903.423	311
Austria-Hungría.....	241.333	49.418.598	204
Bélgica.....	11.373	7.382.572	649
Francia.....	207.054	39.376.000	190
Holanda.....	12.648	5.898.429	466
Italia.....	110.550	34.565.198	312
Noruega.....	124.130	2.392.698	19
Portugal.....	35.490	5.423.132	153
Suecia.....	172.880	5.476.441	31
Suíza.....	15.976	3.741.971	234
<i>Total.....</i>	1.140.214	218.578.462	191
República Argentina (2.950.520 kilómetros cuadrados).....	1.139.243	6.500.000	5.7

Ningún pueblo ofrece incrementos de población tan rápidos como la Argentina; esto, unido a que otros países iberoamericanos tienen una área de expansión que no ofrecen otras regiones del globo, permite augurar un porvenir espléndido, la creación de centros de civilización futura inmensos.

La posición de España en esta cadena de probabilidades es lo que analiza el profesor Dellepiane, enfilando resueltamente las discutidas páginas históricas de la colonización española. Así, dice el profesor bonaerense:

«La historia es sencilla y hasta vulgar, si se quiere, en fuerza de repetida; mas no por eso menos edificante. ¿No son igualmente, en su candidez y sublime simplicidad, los relatos bíblicos? Toleradme, en gracia a su actual interés, la osadía de contarla de nuevo, para entrar en materia.

»Un día, el hogar hispano-americano se turbó con la guerra intestina. Persuadidas las hijas que la madre las retenía en egoísta y prolongada tutela, resolvieron emanciparse. La lucha estalló entonces, encarnizada y agria, como toda rencilla doméstica; y, operada la ruptura y separación definitiva, cambiáronse, de una parte y de la otra, invectivas hirientes y los epítetos de regla:

—¡Goda!

—¡Mestizas!

—¡Tirana!

—¡Ingratas!

»Madre e hijas continuaron después por diferentes caminos, mirándose con ojos huraños o desdeñosos, y mostrándose indiferentes a su penas y desgracias respectivas; que si la primera había salido de la lucha debilitada y disminuía, las segundas pagaron, durante por algún tiempo, y siguen expiando algunas de ellas todavía, su inexperiencia de la libertad que no aprendieron a usar antes de adquirir.

»El tiempo, ese irresistible disipador de malentendidos y desavenencias de familia, ha realizado su obra reconciliadora en la parentela hispano-americana, trocando en profunda y

límpida corriente de acendrado cariño lo que en horas de antagonismo fué turbio torrente de resentimiento y de encono; y, en los momentos actuales, tanto la augusta madre patria como las veinte repúblicas nacidas de la gentil matrona fecunda engendradora de naciones, no sólo se sienten vinculadas por lazos indisolubles de afecto y simpatía, sino que empiezan a mostrarse orgullosas: la una, de haber dado a luz hijas tan espléndidas y rebosantes de juventud y hermosura; las otras, del hidalgo, del glorioso ascendiente de su estirpe.

»Tal es, sucintamente expuesta, la historia y situación actual de las relaciones entre España y las que fueron sus colonias de América, y hoy forman parte, como personas autónomas conscientes y responsables de la comunidad internacional, presentando cada una su faz y carácter propio, no obstante ofrecer todas ellas, a manera de aire de familia, los rasgos más salientes y hermosos de la fisonomía maternal; el culto a lo heroico, a lo noble, a lo generoso; el menosprecio de lo ruin y de lo cobarde; el sentido y la aspiración a lo ideal. Ricas de savia y entusiasmo juvenil, progresistas por instinto y por vocación, ambiciosas de un porvenir grandioso, con voluntad y elementos para labrárselo, su ascensión a las más altas cimas de la civilización es hoy un hecho descontado por la historia y la sociología, que comienzan ya a considerar a ambas Américas como a uno de los dos platillos en que se pesan y equilibran los destinos del mundo.

»Y en esta ascensión gloriosa, en esta magnífica florecencia y colosal expansión de la raza, la lengua, la religión y la cultura hispánicas, la primera en aventajarse será, sin duda, la venerable, la valerosa, la grande y amada madre patria, que verá así recompensados, con los triunfos de su hijas y con su propio vigoroso renacimiento, al calor de la fortificante relación con las mismas, los esfuerzos y sacrificios que hiciere en otro tiempo por la civilización humana, tal cual ella la entendía, no siempre quizás con acierto, pero, en todos los casos, con sinceridad y nobleza.»

A esta obra de unión ibero-americana contribuye el monarca español acogiendo los buenos deseos de los americanistas cuyos trabajos han inspirado estas notas.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

EXPOSICIÓN DE LAS OBRAS DE AURELIANO DE BERUETE

Sin miedo a incurrir en exageración, se puede afirmar que nunca se han presentado al público de Madrid las obras de un artista en condiciones tan decorosas y favorables como acaban de serlo en el estudio del insigne Joaquín Sorolla las de Aureliano de Beruete.

Desde las guirnaldas de laurel entretejido que primero marcan la entrada al través del jardinillo y luego decoran la parte alta de los muros hasta el tono de las alfombras y el carácter de los muebles, que, sin distraer un punto la mirada, completan el conjunto, todo revela el gusto más delicado y la más severa elegancia: aun la riqueza ha tenido allí la virtud de mostrarse sobria. La luz está tan hábilmente repartida, que llega calculada y templada por igual a todas partes: a la colocación de los cuadros ha presidido tal acierto, que ni la proximidad de los que son semejantes engendra monotonía, ni los que se diferencian mucho se perjudican por la violencia del contraste: cuantos obstáculos surgen en tales casos están vencidos: el consorcio de la piedad filial con el cariño del compañero ha creado en aquellos salones, además de un modelo de organización y presentación, una atmósfera de consoladora poesía que, unida al prestigio del arte, parece contrarrestar la idea de la muerte y triunfar del olvido.

No debe desaparecer un hombre de tan alto valer intelec-

tual como Aureliano de Beruete sin que hablen de él al público los que íntimamente le conocieron, y pueden contribuir a que la posteridad le aprecie y ensalce en la medida que merezca. Esta consideración pone la pluma en mis manos, aunque desconfío de ser imparcial; pues, unido a Beruete por una amistad de más de treinta años, quizá no me sea dado considerar fría y serenamente su labor. Sírname de disculpa la circunstancia de que, teniendo aficiones análogas, habiendo respirado durante tanto tiempo la misma atmósfera intelectual propia de nuestra época, es lógico que participe, en materia de arte, de sus aciertos y de sus errores: no me creo, por lo tanto, autorizado a extremar la censura ni el encomio; y si me quedo corto en la alabanza, téngase en cuenta el temor natural a que parezca sospechoso el elogio.

El rasgo que caracteriza mejor a Beruete es su resuelta vocación artística. Estudió Derecho en la Universidad de Madrid, adquiriendo una base de cultura que no todos los pintores tienen; durante algunos años, luego de terminada la carrera, le atrajo la política, en la cual, por su clarísima inteligencia y su envidiable posición social, pudo encumbrarse como se encumbraron otros de su tiempo; y, sin embargo, la dejó sin pena y sin esfuerzo. Siendo diputado en las Cortes de 1873, al reunirse ambas Cámaras en Asamblea Nacional por la abdicación de D. Amadeo de Saboya, votó la República, y poco después se alejó de la lucha de los partidos, consagrándose por completo, primero, a la práctica del arte, y después, a serios trabajos de investigación y crítica.

Mientras fue estudiante, su mayor goce era desligarse de cuanto le rodeaba, visitar Museos, frecuentar estudios de pintores y salir a dibujar al campo; presto se convenció de que la pintura le atraía con mayor fuerza que la abogacía y la política: quizá influyese en su ánimo el íntimo afecto que profesaba a Cristóbal Ferriz, el cual había ya dejado el Derecho por los pinceles, y era competentísimo en materia de arte.

Quien por entonces se dedicaba a pintar paisaje, debía so-

meterse a la dirección y enseñanza de D. Carlos Haes, cuyas condiciones de profesor eran dignas del mayor elogio; recibiendo y aprovechando sus lecciones, llegó pronto a ser gran dibujante.

Haes, aunque belga de nacimiento, había tomado aquí la tierra, como se dice vulgarmente, y era en muchas cosas tan español como nosotros; pero conservaba, con particular predilección, el concepto del paisaje dominante en su patria.

Lo que en el campo le seducía y le gustaba reproducir en sus cuadros, era aquello cuya belleza puede apreciarse en totalidad y conjunto; procuraba, con intenso sentido poético, despertar la emoción artística con el encanto del sitio que escogía, mas prefiriendo siempre lo que le parecía grandioso; las masas de arbolado, el solemne misterio de las selvas, las enormes curvas de los montes, las dilatadas riberas de los ríos o sus amplios remansos, en una palabra, lo que sólo abarca la vista a más que regular distancia: lo pequeño, lo menudo, lo que los ojos gozan cuando miran de cerca y tanto se presta a los primores de ejecución, no tenía para él igual atractivo; sabía hacerlo porque era habilísimo, y hay estudios suyos de esta índole muy notables, pero no lo sentía. En lo que al color se refiere, sin temor de rebajar su mérito y hablando con todo respeto, era un colorista bien equilibrado y discreto, pero no brillante. Su ejecución era fresca y fácil, sobre todo elegante, mas sin grandes alardes de habilidad y picardía. Beruete siguió por algún tiempo la manera de Haes, y a esta época pertenece el cuadro suyo *Orillas del Manzanares*, que figura en el Museo de Arte Moderno.

Aquellas dos condiciones del color y la ejecución en que Haes sobresalía menos que en otras cosas, eran por entonces precisamente las que ostentaban en alto grado algunos pintores españoles que vivían fuera de España, particularmente Mariano Fortuny y Martín Rico.

No hace falta, y sería pedantesco por inoportuno, estudiar ahora la personalidad de estos artistas: baste recordar la fama

que gozaron y el influjo que aquí ejercieron; conviene, sin embargo, consignar que la técnica de ambos se diferenciaba poco. El arte de Fortuny, era un primor de dibujo, de brillantez de color y de gracia en la ejecución. Martín Rico, aunque con menos facultades, le seguía e imitaba con entusiasmo; los cuadros de Rico eran como los fondos de Fortuny. En Roma, en Londres y en París se buscaban sus obras por los primeros coleccionistas del mundo; a Madrid llegaban muy pocas, pero Beruete viajaba mucho, era amigo de Rico, vió lo que hacía y, aunque pasajeraamente, se aficionó a su estilo siguiéndolo por algún tiempo. Yo recuerdo haberle visto durante días enteros, en Meudon, a orillas del Sena, trabajando en un merendero que se llamaba *La pesca milagrosa*, pintando tablitas con la misma paciente y amorosa minuciosidad desplegada por Rico en las que hacía con asuntos de Venecia, de París y de Toledo. Las obras de Beruete pertenecientes a este período son las que ahora su hijo ha catalogado como ejecutadas de 1878 a 1887.

La influencia de Rico en el criterio artístico de Beruete, creo yo que fue de menos duración. Aquella manera exigía aptitudes tan especiales, estaba fundada en un predominio tan absoluto de la ejecución, e imponía tales trabas hasta con la pequeñez de los tamaños preferidos, que quien la seguía quedaba reducido a la condición de mero imitador, y Beruete era, como hombre y como artista, demasiado independiente para someterse. En su afán de estudiar observó lo que hacían los paisajistas franceses, ingleses y holandeses, y acabó por desviarse de aquella tendencia minuciosa de Rico, como antes se había separado de la más amplia y menos precisa de Haes; aplicándose desde entonces tenaz y enérgicamente a desarrollar por el estudio la observación y la práctica, su modo personal de ver y de sentir sin dejarse dominar por lo que hicieran otros.

No consiguió ver realizados estos propósitos de independencia tan pronto como deseaba, pues nada hay en arte tan difícil como sustraerse a la tutela que se aceptó libremente y por pa-

recer bien fundada. Además, la confusión producida por la abundancia y contradicción de lo que veía en sus continuos viajes la sinceridad con que lo observaba todo, procurando desentrañar el sentido de aspiraciones opuestas, y su misma modestia le hicieron caminar despacio. Durante algún tiempo, sus cuadros reflejaron sus vacilaciones y tanteos; como dibujante adelantó mucho en esta etapa de su carrera; pero pintando, aun sin pecar de extremadamente seco ni duro, tampoco tenía toda la frescura y jugo deseables. Su hijo ha catalogado las obras correspondientes a este período, en un grupo que comprende las pintadas de 1888 a 1902.

La perseverancia que, cuando tiene el talento por base, vale tanto como la inspiración, fue abriéndole nuevos horizontes, dió seguridad a las ideas, y convirtió los juicios vacilantes en firmes convicciones: cuanto más sincera y trabajosa fue la evolución, con mayor fuerza quedó persuadido de que el paisajista tiene el deber de interpretar cada trozo del natural según la impresión que en sus sentidos y en su ánimo recibe al contemplarlo, y que esta lealtad en la expresión debe superponerse a todas las teorías de escuela y a todos los influjos ajenos.

A partir de aquella época, Beruete suelta los andadores— como me decía Sorolla, hace pocos días, ante las obras que reflejan esta última evolución;—desde entonces el interés de sus cuadros está principalmente en la verdad con que procura transmitir la impresión que recibe.

La ejecución, constante preocupación de los pintores, queda subordinada al carácter del paraje donde trabaja: con sujeción a este sano criterio, trata de modo distinto cada trozo del natural, y aun emplea procedimientos diversos; no pinta los abruptos peñascales de los montes de Toledo de igual suerte que las apacibles márgenes de los ríos del centro de Francia, ni interpreta los cielos grises y pesados del Norte, como los limpios y luminosos de la meseta castellana; parece que se esfuerza y pone todo el empeño de que es capaz, en determinar

por la calidad del estilo la variedad de lo que contempla.

Tal es la incansable y cuantiosa labor de sus últimos años, realizada con un entusiasmo superior a todo encomio. En buscar la verdad sin rebajarse a seducir con alardes habilidosos, ni exageraciones efectistas, puso toda su alma; la sinceridad que revela es admirable; nunca se propone sacar de un aspecto del natural más partido del que puede dar de sí; jamás intenta que el espectador experimente por virtud de una técnica sacada de quicio la emoción que él no ha sentido. Por esto, como sus gustos, y acaso también la organización de su vista, le hacían más apto para apreciar las bellezas de conjunto que los encantos de lo pequeño, el principal atractivo de sus obras está fundado en lo que pudiera llamarse la fisonomía del paisaje; en sus cuadros no hay piedra, árbol, mata ni flor que por la estructura o el tono prevalezca sobre lo que le rodea; para él lo importante es el carácter, la índole del paisaje.

En resumen: ha sido un pintor que, pasadas las incertidumbres propias de todo período de formación, acertó a encauzar sus facultades, aprovechándolas con extraordinaria inteligencia, sometiéndolas a severa disciplina, y dando ejemplo de una probidad artística intachable.

Otros méritos tenía Beruete que le hacen acreedor al respeto de sus contemporáneos. Viajando mucho, estudiando incansablemente en museos y galerías, observando y comparando con singular penetración, llegó a poseer profundo conocimiento de la pintura antigua y, en particular, de la española. Su libro sobre Velázquez, que publicó en francés y fue pronto trasladado al inglés, es obra de capital importancia, principalmente en lo que se refiere a la técnica del gran maestro.

Había formado una notabilísima y rica colección de cuadros antiguos; y por cierto que el roce continuo con lo producido por los más insignes pintores de otros siglos parecía aumentar su natural modestia: era frecuente que llevase a un amigo a su casa para mostrarle el último Zurbarán o el último Goya que había comprado, y no le enseñase lo que acababa de pintar: no

tenía, pues, nada de extraño que las gentes se acostumbraran a considerarle y respetarle antes como experimentado y sagaz conocedor de lo ajeno que como artista original y creador, aunque realmente lo era.

Yo no quiero emplear en su alabanza adjetivos que hoy tanto se prodigan; pero con mayor fuerza y alcance que pudieran tener mis palabras ha expresado Joaquín Sorolla todo lo que valía Beruete, haciéndole los espléndidos funerales de dar albergue a sus obras en su propio estudio. Este rasgo equivale a un juicio; y para un pintor no puede haberlo más honroso.

El hijo de Beruete, heredero de su talento y su cultura, y el arte español que ha perdido un artista y un crítico de alto vuelo, deben eterna gratitud al insigne pintor valenciano.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Madrid, 21 de Abril de 1912.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—BIOGRAFÍA: Los hijos de Tolstoi, según su padre.—FILOSOFÍA: La idea de Dios.—BIOLOGÍA: Nietzsche y las teorías biológicas modernas.—BELLAS ARTES: El snobismo en arte.—HIGIENE: El arte de comer.—OCULTISMO: La existencia del cuerpo astral.

BIOGRAFIA

LOS HIJOS DE TOLSTOI, SEGÚN SU PADRE.—En una de las *Cartas inéditas* de Tolstoi publicadas por la *Grande Revue*, encontramos una curiosa pintura de los hijos del ilustre ruso, que, a título de documento literario y biográfico, insertamos íntegra. La carta es de 1872 (la XLIV de la colección), y en ella dice Tolstoi:

«Me dais un tema para mi carta: «mis hijos», y quisiera escribiros sobre ese tema. He aquí lo que son: el primogénito (Sergio, diminutivo Serioja en ruso) es rubio, bastante guapo; hay en él algo de débil, de sufrido y de dulce en la expresión. Cuando ríe, su risa no es comunicativa; pero cuando llora, tengo que hacer un esfuerzo para no llorar con él. Todo el mundo dice que se parece a mi hermano mayor (Nicolás); me da miedo creerlo; sería demasiado bueno. El rasgo principal de mi hermano no era el egoísmo ni la abnegación, sino el justo medio. No se sacrificaba por nadie; pero jamás ha hecho daño a nadie ni contrariado a nadie. Se regocijaba y sufría en sí mismo y sólo para sí. Serioja es inteligente, tiene el espíritu

matemático y es muy sensible al arte; estudia muy bien, hace bien la gimnasia; pero es *gauche* (así, en francés, figura en el original ruso) y distraído; no tiene personalidad bien distinta; el lado físico le influye demasiado. Cuando está bueno y cuando está malo, son dos muchachos diferentes.»

Del primero de sus hijos salta Tolstoi al tercero, sin nombrar siquiera a Taciana, que debía venir en segundo lugar. «Elías, el tercero—dice,—no ha estado nunca enfermo; armadura robusta, piel blanca y rosa, radiante, pero estudia mal, piensa siempre en lo que le está prohibido, y él mismo inventa juegos; meticoloso y cuidado, su «yo» le importa mucho. Es ardiente y violento, se bate en seguida, pero al mismo tiempo es muy dulce y muy sensible. Es sensual. Le gusta comer y acostarse a su gusto; cuando come gelatina de frambuesa o puches de avena, sus labios chascan. Es personal en todo; cuando llora, se enfada y es desagradable; cuando ríe, su risa se comunica a todo el mundo. Todo lo que no es presumido tiene para él gran encanto, y no tarda en adivinar lo prohibido. Siendo muy pequeño, oyó decir a mi mujer, que estaba en cinta, que sentía los movimientos de su hijo; desde entonces, en mucho tiempo, su juego favorito consiste en meterse algo debajo del traje, y paseando su mano por el vientre, decir sonriendo: «es el nene». Acariciaba todos los taburetes que tenían los resortes rotos, cuchicheando con una sonrisita: «es el bebé». Hace poco tiempo, cuando yo escribía las fábulas para mi *Alfabeto*, inventó éste: «Pues señor, este era un niño que preguntó: «¿es que Dios anda?» Y el buen Dios le castigó, y estuvo andando toda su vida.»

«Si yo muero, el mayor, cualquiera que sea su suerte, seguirá siendo un buen muchacho, y será ciertamente el primero en sus clases. En cuanto a Elías, perecerá, si no tiene un guía severo y amante. Este verano hemos ido á bañarnos. Serioja iba a caballo y yo llevaba a Elías a la grupa del mío. Era por la mañana. Salgo; los dos muchachos me esperan. Elías, radiante, de sombrero, y llevando una sábana cuidadosa-

mente doblada; Serioja llega, no sé de dónde, sofocado, sin sombrero.—«Ve a buscar el sombrero, le dije; si no, no vienes.»—Serioja se agita, busca su sombrero por aquí y por allá, y el sombrero no parece.—«No te llevo, y eso te servirá de lección; siempre pierdes algo.»—Está a punto de llorar. Salgo con Elías y espero que este último manifieste su sentimiento. Nada de eso; está radiante, y habla de su caballo. Mi mujer encuentra a Serioja llorando.—«Busco mi sombrero, y no lo encuentro.» Ella adivina que su hermano, el de ella, que ha salido muy temprano para pescar, se ha llevado el sombrero de Serioja, y me escribe cuatro letras diciéndome que Serioja no tenía la culpa de la pérdida de su sombrero, y me envía al chico con gorra. Yo oigo pasos rápidos cerca de la caseta de baños. Serioja llega (había perdido el billete en el camino), y se pone a sollozar. Elías hace lo mismo, y a mí también se me saltan las lágrimas.»

La hija olvidada entre Sergio y Elías viene en la carta ahora, y de ella dice Tolstoi:

»Tania: ocho años. Sigue a Serioja en edad. Todo el mundo dice que se parece a su madre, y yo lo creo, y, aunque esto es bastante, lo creo porque es evidente. Si hubiera sido la hija mayor de Adán, no teniendo otros hijos antes de ella (1), hubiera sido una muchacha desgraciada. Su mayor felicidad consiste en ocuparse de los pequeños. Experimenta visible placer en tocar aquellos cuerpecitos; su mayor sueño es tener hijos. Estos días he ido con ella a Tula para hacerla fotografiar. Empieza por suplicarme que compre a Serioja una navaja; para uno, esto; para otro, aquello, y sabía acertar con el regalo que más gusto había de dar a cada cual. En cuanto a ella, no la he comprado nada, ni ella ha pensado en sí misma ni un momento. A la vuelta la pregunto: —«Tania, ¿estás durmiendo? —No. —Pues ¿en qué piensas? —Pienso en que cuando lleguemos preguntaré a mamá si Liola (León, el cuarto hijo) ha sido

(1) Así está en el texto, y así lo dejo.

bueno, y entonces le daré un regalo; y en que Serioja aparentará no estar contento, cuando en realidad lo estará.» Ella no es muy inteligente, no la gusta hacer trabajar a su cerebro; pero el mecanismo es bueno. Será una mujer admirable, si Dios le da marido. Estoy dispuesto a dar un gran premio al que haga de ella una *mujer nueva*.

»El cuarto, León, guapo, listo, de buena memoria, gracioso. Todos los trajes le sientan bien. Todo lo que hacen los demás, lo hace él también con bastante destreza y bien; pero no le comprendo todavía bastante.

»La quinta, Macha, tiene dos años: mi mujer estuvo a punto de morir al darla a luz; es débil y enfermiza, un cuerpo blanco como la leche, cabellos rizados, casi blancos, grandes ojos azules, extraños por su expresión profunda y seria, muy inteligente y sin belleza. Será uno de los enigmas que sufren y que buscan. No encontrará nada, pero buscará eternamente las cosas más inaccesibles.

»El sexto, Pedro, un gigante, un enorme y admirable *baby* dentro de su gorrito; mueve los codos en todas direcciones, se estira, y mi mujer se halla en agitación admirativa cuando lo tiene. En cuanto a mí, no lo entiendo; no veo más que una cosa: que hay en él enorme provisión de fuerza física; pero, ¿hay también aquello para lo que esa fuerza es necesaria? No lo sé; por eso no me gustan los chicos antes de tener dos o tres años.

»No sé—concluye diciendo Tolstoi, a modo de conclusión general—si os he hablado de una observación muy extraña. Hay dos clases de hombres: los cazadores y los no cazadores. Estos últimos se encariñan con los niños y gustan de tenerlos en brazos. Los otros tienen, para con los bebés, cierto sentimiento de miedo, de asco y de lástima. No conozco excepción ninguna a esta regla. Comprobadla entre vuestros conocidos (1).»

(1) Dando gusto a Tolstoi en este ensayo (aunque no sea conocido de su tía), yo de mi sé decir que no he sido sumo cazador ni siento aficiones

FILOSOFIA

LA IDEA DE DIOS.—Habla Faguet en la *Revue Bleue*, y en un artículo sustancial, de prosa clara y transparente, de contenido discutible, pero que no queremos discutir, limitándonos al papel de fieles expositores, consigna sus opiniones sobre la magna idea de Dios en términos que procuraremos interpretar con la mayor fidelidad posible. El artículo se divide en ocho párrafos con sus títulos correspondientes.

I. *La idea de los dioses.*—La idea de Dios es la idea que se forman los hombres de la organización y del gobierno del mundo, y la que se forman de sí mismos, considerados como tan grandes y tan completos cual desearían ser. Los primeros hombres no veían sino enemigos en torno suyo, animales y elementos. Los animales eran seres semejantes a ellos, más fuertes en general; los relámpagos, los truenos, las inundaciones, los terremotos, debían ser manifestaciones del poder de otros seres, animales u hombres misteriosos y superiores en sumo grado a ellos. Por eso los primeros dioses revistieron formas de animales o de hombres con órganos de animales. Personificaban el aire, el cielo, el mar y el fuego, y eran adorados con terror y se les hacían sacrificios sangrientos para aplacarlos. Eran la aristocracia del mundo.

II. *La idea de los dioses buenos.*—Desarrollóse la civilización, y lo bienhechor del sol, lo fecundo de la tierra, lo grato del agua, desarrolló la idea de la existencia de cosas buenas, y por tanto, la idea de seres superiores buenos, de dioses buenos. Entre los beneficios recibidos por el hombre, unos lo son sin que el hombre ponga nada de su parte, el sol o la fuente;

de tal, pues ni me entretiene el ejercicio de la caza, ni me siento con valor para matar a un pobre animal inofensivo. Soy, pues, del grupo de los no-cazadores; pero siento precisamente con los niños pequeños lo mismo que, según Tolstoi, sienten los cazadores, y no me gustan los niños hasta que tienen dos o tres años. Y corra la información ¡a otro!

pero otros son obtenidos de la Naturaleza con ayuda del hombre, el grano sembrado, el abrigo construido. Los dioses que ponen esas fuerzas al servicio del hombre son buenos; pero a su lado figuran otros dioses u hombres que han llegado a dioses, y que son malos, porque contrarían al hombre.

III. *Idea de los dioses morales.*—El sentimiento del bien y del mal que el hombre puede hacer y la conciencia de ese sentimiento, da origen a la moral. Se aprende a respetar al hombre valiente, virtuoso y sabio. Pero ¿cómo entonces seguir honrando a los dioses malos, consagrados por la leyenda y la poesía al lado de los buenos? Se les modifica, se les asignan cualidades de que antes carecían, se les humaniza, en una palabra, y los dioses se hacen cada vez más humanos. Nada después más natural que todos los grandes hombres sean divinizados y, por consiguiente, que todos los dioses sean considerados como seres humanos elevados, por unos u otros motivos, a la categoría de dioses.

IV. *Idea de los dioses psicológicos.*—El hombre se analiza y se descubre multitud de cualidades que tienen de asombroso el no ser permanentes, pues brotan *en ciertos momentos* de un fondo desconocido y misterioso que produce manifestaciones que «siendo a la vez imposibles y reales, son milagros», como dice Schopenhauer. Nace así la psicología, y el hombre se dice que allí debe haber dioses interiores, como el relámpago es la manifestación de un dios. Y así se asientan en Teópolis la Justicia, la Verdad, el Pudor, la Virtud. Los malos instintos, la Discordia, la Avaricia, fuerzas temibles también, figuran a su lado como en la mitología anterior. Los dioses se ven más mezclados que nunca; pero todos están impregnados de humanidad. Son superhombres. Y así del hombre a Dios no hay solución de continuidad: es una escala con miles de escalones, el politeísmo pagano.

V. *Idea de un Dios.*—No hay que olvidar, sin embargo, que en el politeísmo queda siempre un germen de monoteísmo. Hasta donde Zeus aparece como Dios supremo, por encima de

Zeus y de todos los dioses está el Destino, y allí aparece ya en potencia y bastante precisa la idea monoteica. En Platón, que, en definitiva no hace otra cosa que reemplazar el Olimpo antropomórfico por el espiritual y los dioses por las ideas, las ideas viven en el seno de Dios. Para los romanos, Júpiter fue siempre el Dios superior, *Deus optimus maximus*. La multitud misma de los dioses del paganismo los achicaba de tal modo, que los ponía al nivel del hombre, dando por lo mismo mayor relieve al jefe, como el emperador tenía preeminencia absoluta sobre todos los ciudadanos del Imperio. Todo así llevaba a la concepción del Dios único, pues tanto daba que se admitieran otros dioses, siendo inferiores y subordinados al Supremo, como que no hubiera más que un solo Dios.

VI. *El Dios de los cristianos.*—Ese Dios único es el que predicaban los cristianos, hombres despreciados al principio y perseguidos después, notables por la pureza de sus ideas, por la firmeza de sus convicciones y por lo heroico de su vida. Se resiste todavía por patriotismo; los dioses están tan mezclados con la vida nacional, que duele abandonarlos. Pero en el monoteísmo quedan vestigios de politeísmo: los hebreos tienen sus Elohim y los cristianos tendrán sus ángeles, sus santos y sus Nuestras Señoras particulares. Para los simples de espíritu, el monoteísmo se organiza espontáneamente en una especie de politeísmo inevitable y no pernicioso. Para los fieles, Dios es Dios, único, omnipotente; pero no está solo: hay muchos poderes intermedios inferiores a Dios, pero superiores al hombre, objeto de culto: Nuestra Señora de la Buena Dicha, Nuestra Señora de la Buena Muerte son la misma persona con nombres distintos; pero cada una, confusamente, en el espíritu de los fieles, tiene su oficio propio, su devoción especial, como Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora de Poitiers vienen a ser la representación politeísta del *Genius loci*, el protector de la localidad. Es un politeísmo ingenuo e inofensivo. Los santos son otro recuerdo del politeísmo, y responden a la necesidad de mediadores e intercesores entre el hombre y Dios.

VII. *Fetichismo superviviente*.—Las supersticiones, jamás toleradas por la Iglesia, son también formas de politeísmo, pero más peligrosas. El supersticioso no es cristiano, ni mono-teísta siquiera; es un pagano. «La superstición, como dice Nietzsche, es un librepensamiento de segundo orden.» Las supersticiones son personales y ligan entre sí a quienes las profesan en una especie de secta; hay tantas sectas como supersticiones. Nótese que, para el pagano, el cristianismo, con su Dios hecho hombre, muriendo y resucitando, era en apariencia una sombra de politeísmo. Bossuet lo ha comprendido bien: la humanidad necesitaba un Hombre-Dios, y por eso Dios la envió un Dios-Hombre. «Era el remedio—dice—que Dios preparaba a la idolatría. La divinidad se había hecho *visible* y grosera; los hombres la habían dado su figura, y, lo que era más vergonzoso, sus vicios y sus pasiones. El misterio de Jesucristo nos ha hecho ver cómo la Divinidad podía, sin envilecerse, unirse a nuestra naturaleza y revestirse con nuestras flaquezas. El Verbo se hizo carne. ¡Oh hombres! Queríais dioses que sólo fuesen hombres, y he ahí un nuevo objeto de adoración: un Dios y un hombre en un solo sér; pero un hombre que no ha perdido nada de lo que era al hacerse como somos; no ha tomado del hombre sino lo que hizo en él; hizo la naturaleza, y la tomó; hizo la mortalidad, y no desdeñó tomarla. Y así, en vez de los vicios que los hombres ponían en sus dioses, en el Dios hombre sólo se vieron virtudes. No busquemos después de este ningún otro Dios *visible*.»

VIII. *Dios uno*.—Sentado el principio del Dios único, ese Dios sucede a todos los otros dioses en los atributos que el hombre le daba, y es la idea que los hombres se forman de la organización y del gobierno del mundo, la idea de sí mismos elevados a la perfección. Imaginan el mundo como un reino: Dios es el rey que manda, que quiere que se le honre, que juzga, premia y castiga; el mundo es una máquina admirable: Dios es el mecánico que la construye y dirige; el mundo es un mecanismo preciso e infalible: Dios es el primer motor, el *Ki-*

netes akinetos de Aristóteles; el mundo es algo en progreso continuo: Dios es la evolución, y la relación entre el mundo y Dios es la del *adveniat regnum tuum*. Por otra parte, como Dios es también la idea que el hombre tiene de sí mismo, elevado a la perfección, es fuerza infinita, causa infinita, libertad absoluta, virtud perfecta, bondad suprema. Interpretando un oscuro párrafo de Nietzsche, dice Faguet que los hombres que tienen la idea de Dios, tienen la idea de toda la perfección que puede sugerirles su época, con el sentimiento confuso de que ese ideal puede ser rebasado y luego vuelto a rebasar, y después más todavía, formando ese *después* en su espíritu un concepto de perfección indeterminada que existe en alguna parte y hacia la cual nos encamina cada perfeccionamiento humano, insensible, pero siempre meritorio. Concebido así, Dios es una causa final de perfeccionamiento. La perfección divina y la perfectibilidad humana están así en dos planos, el segundo siempre inferior al primero, pero acercándose siempre a él, sin alcanzarlo nunca.

BIOLOGIA

NIETZSCHE Y LAS TEORÍAS BIOLÓGICAS MODERNAS.—Mientras entre los apologistas, críticos, expositores y comentaristas de todas clases de Nietzsche, hay quienes estiman al filósofo de Röcken como un secuaz de Darwin, otros lo presentan como antidarwinista convencido. ¿Quién tiene razón? Scipio Sighele, valiéndose de los recientes estudios hechos en el *Mercure de France* por Clara Richter, puntualiza las cosas en la *Nuova Antología*, de Roma.

Hay, ante todo, un equívoco que deshacer. La biología moderna distingue claramente la teoría de la *descendencia*, que es de Lamarck, de la teoría de la selección, que es de Darwin; pero el público sigue llamando darwinismo a lo que sólo es lamarckismo, y la mayor parte de los críticos de Nietzsche siguen este mal camino. Nietzsche ha tomado algunas ideas de

Lamarck y otras de Darwin: es darwinista sin quererlo, y lamarkiano sin saberlo. Él mismo se lastima «de haber derrochado su tiempo en el estudio tan vacío de la filosofía», confesando su ignorancia en ciencias naturales. Aunque después de su ruptura con Wagner se dedicó a la fisiología y a la medicina, como declara en su *Ecce Homo*, puede afirmarse que no conoció directamente las obras de Darwin ni de Lamarck, aunque por sus relaciones de comprofesorado con Rüttimeyer, de Basilea, pudo estar al tanto superficialmente de las grandes cuestiones biológicas. ¿Se hizo por eso evolucionista lamarkiano? Nietzsche es inclasificable por su independencia, que no le permite ser discípulo de nadie; pero aunque refuta ciertos principios, acepta otros, los fundamentales del evolucionismo.

En 1862, siendo estudiante, se preguntaba en *Fatalidad é Historia*: «¿No es quizá el hombre la evolución de la piedra a través de la planta y del animal?» Manteniendo esta fe en la evolución, negaba el perfeccionamiento resultante: «Evolucionar, dice, no significa necesariamente elevarse y fortificarse.» «Las especies no evolucionan hacia la perfección.» Pretender que la evolución represente un progreso, es la afirmación más absurda del mundo.» Es, pues, lamarkiano por ser evolucionista, y antilamarkiano por negar el perfeccionamiento. Hasta le repugna la idea de la generación espontánea, la hipótesis de la materia orgánica saliendo de la inorgánica. «Me siento, dice, más propenso a admitir que siempre han existido organismos.»

Apartado en esto de Lamarck, vuelve a él al admitir la descendencia simiesca del hombre. *Zaratustra* no deja lugar a dudas, aunque, dejándose llevar de su espíritu burlesco, observa que «los monos tienen el carácter demasiado dulce para que el hombre sea su descendiente», sosteniendo además que como el hombre desciende del mono, podrá volver a ser mono. Esta teoría de «la marcha circular de la humanidad» es un anticipo de la doctrina general del eterno retorno de la *Gaya ciencia*. También es evolucionista en lo que se refiere a la actividad intelectual y moral. Cree que en el instinto de buscarse la comida

y de defenderse de los enemigos, está la base de toda la vida animal. «Los orígenes de la justicia, dice, de la moderación, del valor, en una palabra, de todo lo que designamos con el nombre de virtudes socráticas, son animales; son la consecuencia de los instintos que enseñan a buscar la comida y a defenderse de los enemigos.» Las más altas funciones del espíritu no son sino una especie sublime de las funciones orgánicas: «asimilación, selección, secreción.» Por aquí se acerca Nietzsche a lo que dice Vogt de las relaciones entre las funciones del cerebro y las de los riñones, y a la frase de Taine de que «la virtud y el vicio son productos naturales como el vitriolo y el azúcar».

Como consecuencia obligada, también Nietzsche tiene que admitir otra teoría de Lamarck: la adaptación al ambiente. La misma Clara Richter dice que la teoría darwiniana de la selección es sólo una secuela de la adaptación, pues sólo los mejor adaptados sobreviven. Aceptada la influencia del ambiente, Nietzsche acepta su consecuencia, el mimetismo; como el animal reviste el color y la forma de las cosas que le circundan para no ser visto de sus enemigos, así el hombre se adapta a las opiniones, usos y costumbres del tiempo en que vive. «El hombre es un animal imitador, y la causa principal de su mimetismo moral es la debilidad.» Hay, sin embargo, mimetismos que no son producto de la prudencia ni del miedo, sino consecuencia de energía y síntomas de vitalidad. Hay individuos que triunfan en un medio ambiente hostil por su resistencia física, por su superioridad intelectual, por su fuerza de voluntad. Por eso Nietzsche, a la definición de la vida de Spencer, «la adaptación continua de las relaciones internas a las relaciones externas,» opone esta otra: «la vida es la voluntad de potencia que somete y se incorpora las cosas exteriores». La adaptación, en efecto, no es sólo resignación y fatalidad, como resulta en Spencer, sino energía y voluntad también, como quiere Nietzsche; no hay oposición entre ambos, sino complementación, rectificación. La filosofía de Nietzsche se resume en

la indicación del problema máximo de la vida: «La cosa más formidable en la Naturaleza, es tener una voluntad.»

Otro de los temas ampliamente tratados por Nietzsche, es el de la herencia, «la transmisión del movimiento». No puede afirmarse con seguridad si, además de la herencia estable, por nadie negada, acepta también la herencia progresiva de Lamarck, que tan controvertida es. Sus fragmentos sobre la herencia intelectual son demasiado contradictorios; hablando del genio de César, dice: «Tales dotes no se transmiten por herencia», y recordando la frase de Aristóteles: «en los hijos de los grandes genios se desarrolla la locura; y en los hijos de los grandes virtuosos la idiotez», la aprueba, acercándose a la teoría lombrosiana. Respecto a la herencia de carácter moral, del temperamento, no ofrece duda su lenguaje: es el resultado de la acumulación de opiniones de nuestros ascendientes, transmitida por la herencia; toda nuestra moral tiene la herencia por base. Al final de su vida parece, sin embargo, menos convencido, y afirma que no sabemos lo que es verdaderamente la herencia. A pesar de todo, con sus dudas y contradicciones, Nietzsche puede pasar en conjunto como discípulo inconsciente de Lamarck.

Por lo que hace a sus conexiones con el darwinismo, el contraste entre su antipatía verbal y su afecto de hecho a la teoría fundamental de Darwin de la lucha por la existencia, que es para Nietzsche una necesidad biológica o social, se explica fácilmente. La lucha, la guerra le son predilectas; Zaratustra glorifica la guerra, que lo santifica todo: «Quien renuncia a la guerra renuncia a la vida.» Todo organismo se defiende por medio de la lucha; el cuerpo humano mismo no es sino el resultado de incesante lucha de moléculas, según Roux, lucha intracelular, lucha mental. El organismo social no tiene más razón de ser que la lucha.

Nietzsche rechaza la explicación de Darwin, de que la lucha por la existencia dependa del exceso de población; el miedo maltusiano es para él «una miopía senil». No se lucha

por la conservación, sino por el aumento de la vida, por vivir mejor: «Donde hay lucha, siempre la hay por el predominio.» Nietzsche no hace más que exagerar una verdad biológica, transformando el instinto animal de querer vivir, en una voluntad más alta: en querer vivir dignamente, superando a los demás; su «voluntad de potencia» es el grado máximo de la «voluntad de existencia». La doctrina nietzscheana es para Sighele la consecuencia fatal de la doctrina darwinista.

Hasta la teoría de la selección natural, puede decirse que Nietzsche es un darwinista *malgré lui*. Consigna, cosa ya sabida, que esa teoría se formuló ya por Empédocles; pero declara que es una concepción de primer orden la de que «sólo quien es apto para vivir, sobrevive». No hay por eso que suponer que la consecuencia necesaria de la selección sea el progreso, y es un error de Nietzsche atribuir a Darwin semejante afirmación, cuando Darwin admitía hasta una selección regresiva al lado de la progresiva. Uno de los mayores obstáculos para la selección natural, según Nietzsche, es la Iglesia, «esa solidaridad de los débiles», como la llama, que trabaja sistemáticamente por la conservación de los enfermos, de los que sufren, abatiendo a lo que es soberano, humillando lo viril y lo dominador, y haciendo sospechosa la felicidad en la belleza. Otro obstáculo, muy ligado con el anterior, es la compasión; es la idea de Spencer preguntándose si la filantropía, empeñada en dulcificar los males presentes, no produce mayor suma de miseria, reforzada por Nietzsche al escribir que «la compasión aumenta los sufrimientos del mundo y es más dañosa que todos los vicios». Los que protegen a los inadaptados perturban la acción eliminadora de la Naturaleza, como dice Spencer; y nuestra moral, añade Nietzsche, al empeñarse en defender a los débiles e incapaces, es inmoral.

Nietzsche propone una selección artificial, consciente, para acabar con esa espantosa dominación del absurdo y del azar, que se llama Historia. Los educadores de la humanidad deben gozar, ante todo, de gran salud. La selección tiene dos aspec-

tos: negativo y positivo. «¡Es preciso que los débiles desaparezcan! ¡Es preciso que nosotros les ayudemos a desaparecer!» Mayor crueldad es dejar vivir a un niño deforme que tirarlo al río, como en Esparta; y lo mejor es impedir que nazcan seres así. De ahí lá prohibición de engendrar a todos los degenerados. Los delincuentes son también otros enfermos, y su eliminación es el único objeto de la pena. La castración es el mejor medio de impedir el aumento de los degenerados. El suicidio es el procedimiento más eficaz para eliminarse del mundo cuando no se puede vivir bien.—El aspecto positivo de la selección es el dolor; el sufrimiento y el peligro son condiciones indispensables para el desarrollo de la planta-hombre, y sirven para probar su resistencia. El secreto de vivir la vida más fecunda está en vivirla soportando sufrimientos y venciendo peligros.

Otro problema ligado con el de la selección artificial, es el de la selección sexual. Darwin, siguiendo a Erasmo, había sentado el principio de que «la hembra escoge siempre el más hermoso macho»; los hechos demuestran que esto no es verdad, y que, en la mayor parte de los casos, la elección depende de la oportunidad, de la ocasión. Eso es lo que Nietzsche quiso evitar, estableciendo la selección sexual artificial. ¿Cómo? Reformando el matrimonio para eliminar el azar. El matrimonio del porvenir será «la voluntad de dos de crear el sér único que sobrepuje a quienes lo han creado»; hay que multiplicarse, pero elevándose cada vez más; ese es el fin del matrimonio. Para lograrlo, mejorando la raza, debe permitirse a los hombres más fuertes tener varias mujeres, y a las mujeres más bellas que procreen hijos de muchos hombres. Todo matrimonio debe ser autorizado por los médicos, previo oportuno reconocimiento, enseñándose al público la responsabilidad social del acto de la procreación. Como se ve, Nietzsche es también, en medio de sus exageraciones, un secuaz de Darwin, aunque haya transformado grandementé sus doctrinas y desarrollado inesperadas consecuencias.

Por lo que hace a la teoría del superhombre, dicen algunos que Nietzsche la tomó del *Valor de la vida*, de Dühring. Lo importante en esta materia es averiguar si esa teoría procede de la evolución lenta y constante, o de la evolución repentina, excepcional. Nietzsche admite el carácter esencial del transformismo, que es la continuidad, con la antigua máxima *natura nihil fecit per saltum*; por eso piensa que, así como el hombre actual ha tardado miles de años en formarse, la aristocracia por él soñada invertirá no menos tiempo, habiendo que recorrer muchas etapas para que el hombre pase a superhombre. Estas etapas son: 1.^a *Formación de una aristocracia*, minoría selecta, con derecho a ser egoísta, dominando a la masa y aceptando su sacrificio, para lo cual la legislación misma debe ayudar al advenimiento de hombres atrevidos y dominadores. 2.^a *Raza europea pura*, salida de esta aristocracia dominante. 3.^a *Especie sobrehumana*, nacida de esta raza.

BELLAS ARTES

EL SNOBISMO EN ARTE.—Para ciertas gentes no se trata de tener mejor o peor gusto, sino de seguir o no seguir la moda. La moda, desgraciadamente—como dice Frantz Jourdain en *La Revue*,—no impone su tiránica voluntad solamente en los vestidos, sino que reina también, en absoluto, en el arte y hasta en materia de inteligencia. Sólo que por no confesar que la aceptación de un estilo determinado depende de un capricho de momento, se disfraza la verdad y se da el nombre de snobismo a tan lamentable estado de espíritu.

Actualmente, el snobismo exige que se admire y se prefiera exclusivamente el siglo XVIII. El coleccionista no se interesa sino por las obras ejecutadas en tiempo de Luis XV y Luis XVI. Cualquier chuchería de esta época logra precios fabulosos en las subastas; las amas de casa no saben hablar sino de Watteau y Lancret; las fachadas de casas, palacios y

quintas, el mobiliario y las telas, todo recuerda la Regencia y los cuartitos de Versailles y de Trianón. Precisamente el estilo hoy mimado era el aborrecido y ridiculizado hace treinta años; entonces sólo se aplaudía el Renacimiento; el snobismo se había agarrado a Enrique II, y no lo soltaba ni a tres tirones; hasta Lesueur, arquitecto del Ayuntamiento de París y miembro del Instituto, declaraba en un banquete de alumnos de la Escuela de Bellas Artes, que la Regencia quedaría en la Historia como el tipo más completo del mal gusto.

Para que se vea hasta dónde llegaba la pasión, cita Jourdain un ejemplo concluyente: Unos años antes de la guerra franco-prusiana, un mantequero ofreció a los hermanos Goncourt un cuadro que no se sabe cómo había ido a dar á su trastienda del mercado. Vacilando, pues el cristal estaba roto, el marco sucio y el autor era desconocido, el mantequero pidió mil francos por su hallazgo. Los Goncourt quedaron extasiados ante aquella preciosidad, la mejor obra, quizá, que haya salido de manos de Moreau el Joven; como eran personas de conciencia, dijeron al vendedor que el cuadro valía mucho más, y que lo llevara al conservador del Louvre, que podría pagarlo, para el Estado, por lo que valía. Poco después el hombre volvió desalentado: en el Louvre le habían dicho que el Estado sólo se interesaba por obras del Renacimiento, y que lo del siglo XVIII no valía nada; los Goncourt pagaron los cincuenta lises y se hicieron propietarios de aquella joya, comprada después por Chauchard y hoy colgada en el Louvre, donde figura como una de las perlas de la hermosa colección del millonario. David, durante la Revolución, vendió en pública subasta, a precios irrisorios, en las aceras de las calles, lienzos de Boucher, Pater, Lancret y Watteau; pero David obraba como sectario fanático contra un arte que execraba por profesar ideas diametralmente opuestas a las suyas; su carácter de artista explicaba su proceder. El snob no obra así, no obedece a ninguna tendencia y es incapaz de razonar sus prevenciones ni sus preferencias. Acepta la consigna que le impone la moda

E. M.—*Mayo 1912.*

y no se calienta los cascos en reflexionar ni en comparar; hoy detesta lo que adorará mañana, y le tiene sin cuidado su inconsecuencia.

No hace mucho, el viento sopló hacia Botticelli y los pre-rafaelistas. Sin transición la veleta ha saltado al cuadrante opuesto. ¿Hacia dónde soplará mañana? Se dibuja cierta afición a lo Luis Felipe y hasta a lo Napoleón III. El movimiento a favor del romanticismo ha fracasado; pero quizá para el próximo invierno asistamos a la apoteosis de Winterhalter, Ivon y Protais, y a las iluminaciones que en 1860 adornaban las felicitaciones de año nuevo. Estetas muy elegantes han afirmado a Jourdain que ciertos cucuruchos de confites con cromos y arabescos del segundo Imperio, eran sencillamente incomparables. Con gentes así, no hay que desconfiar de nada, y debe esperarse todo.

Por fortuna, el snobismo de hoy ha tenido el acierto de patrocinar al siglo XVIII, aunque sus patrocinadores no comprendan siquiera su valor, y le atribuyan cualidades que no tiene como aquella señora que se extasiaba ante un bodegón de Chardin, proclamándolo obra maestra de elegancia y distinción. ¡Pobre Chardin, tan censurado antes por su brutal realismo! Aquellas berzas, aquellas zanahorias, aquella rodilla sucia de cocina formaban un cuadro admirable de verdad, pero no eran la distinción ni la elegancia sus cualidades sobresalientes! La exposición de retratos del siglo XVIII, organizada por Dayot en las Tullerías, fué un exitazo, y si el snobismo no hubiera demostrado su éxtasis con adjetivos despampanantes por lo exagerados y lo inadecuados, afirmando que, después de aquello, la humanidad había agotado sus fuerzas, el placer hubiera sido completo.

El siglo XIX, que el snobismo desprecia, no fue inferior al XVIII. El siglo XVIII puede monopolizar la gracia, la elegancia y el sentimiento decorativo; pero ese arte de sensualidad algo superficial no ha hecho nunca vibrar más que una cuerda, dando constantemente la misma nota; y a la larga, las

fiestas galantes y los discreteos de esos personajes vestidos de terciopelo, seda y encajes, llegan a fatigar con su monotonía. La característica del siglo XIX es precisamente la variedad, la oposición, la abundancia de diversidades. Imagínese el *Bertin de Vaux*, de Ingres, al lado del *Antonino Proust*, de Manet; el *Napoleón III*, de Flandrin, junto a la señora *Charpentier*, de Renoir; piénsese en los lienzos de Ricard, Delacroix, Corot, Fantin Latour, Henner, Delaunay, Ribot, Courbet, Daumier, Whisler, Baudry, Puvis de Chavannes, Cézanne, Van Gogh, Carrière, etc., elegidos con severidad, sin odios ni prevenciones, y se dará una cuenta de la suntuosa y potente floración de arte ofrecida al público.

No; el sentimiento testarudo del snobismo nada tiene que ver con la prevención artística que impulsaba, por ejemplo, a Ingres a abrir el paraguas, por no verlos, cuando pasaba ante los lienzos de Rubens, en el Louvre. No se hipnotiza uno ante las obras antiguas por amor a la belleza, sino por moda; la cómoda comprada hace cincuenta años a un chamarilero de provincias por 25 francos, y que hoy vale 15.000, era exactamente tan fina y tan delicada entonces como hoy; la famosa tiara de Saïtafernes era tan horrible cuando se la creía auténtica y producía pasmos de admiración, como cuando se la llevó al desván por falsificada. El día en que uno de esos terribles eruditos que no respetan nada, demuestre que la *Gioconda* no es de Leonardo de Vinci, o que la *Victoria de Samotracia* ha salido de un taller de falsificadores del tiempo de Carlos X, Jourdain confiesa cínicamente—y yo con él—que en nada modificaría mi juicio sobre tan admirables obras maestras.

Y, sin embargo, hay que reconocer que el snobismo posee raras y preciosas cualidades, positivamente útiles y provechosas, sea dicho sin ironía y sin contradicción; precisamente su colosal necedad y su frivolidad exasperante son las que de cuando en cuando aportan inesperado apoyo a las causas más justas y más santas, haciéndolas triunfar. ¿Qué hubiera sido de la música de Wagner sin la simpleza y terquedad del snobismo?

Claro es que, como sus preferencias son irracionales, poco después se empeñó en resucitar la música italiana, como hoy se ha empeñado en ensalzar las danzas rusas. Con un decorador ruso, una bailarina rusa, un músico ruso, un libretista ruso, un director de escena ruso ó un empresario ruso, no hay fracaso posible; el snobismo patrocina lo ruso, y el éxito es seguro.

El trato con los snobs no deja, como se ve, de ser peligroso, y es prudente no contraer con ellos sino alianzas efímeras y condicionales. Es una gente de la que hay que servirse, porque es poderosa, pero que no merece estimación ni simpatía. El snobismo es, en realidad, enemigo del arte, del arte elevado y sincero. Sus impulsos más apasionados encubren la más fría indiferencia; sus actitudes refinadas disimulan la mayor ordinariedad, y su fraseología complicada sirve de disfraz á su ignorancia desesperadora. Los afiliados a esta nueva masonería no vacilan nunca entre una obra maestra y un automóvil *dernier cri*, entre la lectura de un libro notable y la asistencia a una partida de polo algo selecta... ¡Puff!

HIGIENE

EL ARTE DE COMER, CON VENTAJA PARA LA SALUD Y PARA EL BOLSILLO.—Estamos frente a dos problemas: el encarecimiento angustioso de la vida, y la propagación de multitud de enfermedades que tienen su origen en errores de alimentación. Ambos están relacionados íntimamente, y hasta puede decirse que la solución del uno implica o por lo menos facilita grandemente la solución del otro.

Entre los muchos artículos que revistas y periódicos consagran al estudio de estas palpitantes cuestiones de higiene individual y social, elegimos el dedicado por el Dr. Gottschalk en *La Revue*, sin perjuicio de completarlo con indicaciones de otros. Uno de los prejuicios más corrientes en materia de alimentación es el aforismo de que, «cuanto más se come, más fuerte es uno»; de ahí el empeño de todas las familias de hacer

comer a los niños más de lo que desean, apelando a toda clase de aperitivos y reconstituyentes. Es un error, y la experiencia demuestra que, cuanto más se aproxima uno a la ración fisiológica, mejor se encuentra de salud y de fuerzas.

El Dr. Hinhede, dinamarqués, se ha sometido durante dos meses a un régimen económico, para ver hasta dónde podía reducir los gastos de alimentación, y ha observado que sus fuerzas, lejos de disminuir, aumentaban, pudiendo subir en bicicleta, sin fatiga, pendientes que antes le obligaban a subir a pie. Su desayuno se componía de papilla de cebada cocida en agua y adicionada con leche desnatada, azúcar y pasas de Corinto; la cena se reducía a una tartina con manteca y una ensalada de legumbres o patatas; la comida principal, al medio día, variaba algo más; pero he aquí algunas de sus listas: 28 de Junio: Patatas (340 gramos) y manteca (30); papilla de ruibarbo (270 de ruibarbo y 90 de leche).—17 de Julio: arroz (200 gr. de arroz cocido y 100 gr. de salsa); papilla de ruibarbo (300 de papilla y 70 de leche).—2 de Agosto: Patatas (300 gr.) con salsa de perejil (140 gr.); papilla de ciruelas pasas (200 gr. de ciruelas y 85 de leche).—8 Agosto: Sopa de coles (350 gr. de berza, 160 de patatas y 60 de pan negro); tortilla (140 gr. con 40 de salsa de ruibarbo y 40 de azúcar).

Eche cada cual la cuenta, y vea si con tales platos, u otros semejantes, no podrían reducirse extraordinariamente los gastos de alimentación, sin detrimento de la salud y con excelente dirección para resolver los más graves problemas sociales. Y no se diga que se trata de un caso excepcional; ahí está la alimentación de pueblos enteros: la del Japón, la de la India, y, en España misma, la del obrero andaluz, y sobre todo la del gallego, el tipo más resistente de nuestros trabajadores, el más equilibrado quizá de todos los obreros del mundo, sano, robusto, humilde, inteligente y patriota, que con una buena sopa de coles y su ración de borona, o pan de maíz, se conserva perfectamente, como el albañil piamontés con un puñado de arroz y de harina de maíz.

El profesor Chittenden, de la Universidad de Yale, quiso darse clara cuenta del valor del régimen, e hizo en sí mismo varios experimentos de reducción alimenticia; no le preocupaba la cuestión económica, sino la higiénica, y observó que no sólo se encontraba mejor, sino que sus fuerzas aumentaron sensiblemente. He aquí dos ejemplos de sus comidas: 23 de Junio: Por la mañana: café (123 gr.) con leche (50 gr.) y azúcar (11 gr.). Al medio día: Tortilla (50 gr.), patatas fritas (70), jamón (10), pan blanco (43), manteca (9), fresa (125), azúcar (20) y pasteles de crema (50). Por la noche: Bifteck (34), guisantes (60), patatas con crema (97), pan (26), manteca (17), ensalada (153), bizcochos (43), queso (15), café (53) y azúcar (12).—24 de Junio: Por la mañana: Café (96 gr.) con leche (32) y azúcar (8). Al medio día: 89 gr. de pescado con salsa a la crema; 95 de patatas asadas al horno; 10 de manteca, 58 de galletas de maíz, 86 de fresas, 26 de azúcar y un vaso (47 gr.) de gin. Por la noche. 14 gr. de lengua fría, 48 de patatas al horno, 60 de guisantes, 30 de pan blanco, 11 de manteca, 155 de ensalada con mayonesa, 22 de bizcochos, 14 de queso, 58 de café, 10 de azúcar y 22 de gin.

Lo interesante de estas listas, como nota Gottschalk, está en la pequeñez de las raciones de cada cosa, cuyo valor alimenticio se consolida por la masticación lenta y completa. Tras estos experimentos personales, Chittenden hizo otros varios con sus colegas, y luego se consagró a experimentos en mayor escala: un grupo de once soldados que se prestaron a ello, fueron sometidos al régimen de reducción durante seis meses, del 4 de Octubre al 3 de Abril, siendo vigilados constantemente y analizados sus alimentos y secreciones. Para que pueda hacerse directamente la comparación, he aquí dos comidas completas, una antes de empezar los ensayos, que muestra cuál es el régimen ordinario, y otra del final de los experimentos:

		<i>Viernes 2 de Octubre 1903.</i>		<i>Viernes 1.º de Abril 1904.</i>	
Mañana...	Bifteck.....	222	grs.	Tortas de maíz...	150 grs.
	Patatas asadas...	234	—	Jarabe	75 —
	Cebollas	34	—	Patatas asadas...	200 —
	Grasa	68	—	Manteca.....	20 —
	Pan	114	—	Café.....	350 —
	Café.....	679	—		
	Azúcar	10	—		
Mediodía .	Bifteck	171	—	Macarrones al gra-	
	Patatas cocidas..	350	—	tin	250 —
	Cebollas.....	55	—	Puré de patatas..	250 —
	Pan	234	—	Nabos cocidos....	150 —
	Café.....	916	—	Pan	35 —
	Azúcar.....	27	—	Manteca.....	10 —
				Gelatina de man-	
Noche	Bifteck picado...	95	—	zana	200 —
	Patatas.....	170	—	Café.....	350 —
	Cebollas.....	21	—	Patatas asadas...	200 —
	Pan.....	158	—	Manteca.....	20 —
	Café.....	450	—	Compota.....	100 —
	Azúcar	21	—	Jamón asado....	25 —
	Gelatina de frutas.	107	—	Pan	35 —
			Pudding de sagú		
			con peras.....	300 —	
			Té	350 —	

		<i>Sábado 3 Octubre 1903.</i>		<i>Sábado 2 Abril 1904.</i>	
Mañana...	Jamón.....	162	grs.	Pasteles de crema.	200 grs.
	Tortas fritas....	215	—	Jarabe	50 —
	Pan	72	—	Patatas asadas...	200 —
	Azúcar	21	—	Manteca.....	10 —
	Café.....	550	—	Manzanas.....	140 —
Mediodía..				Café.....	Una taza ³
	Roastbeef.....	250	—	Merluza cocida...	25 grs.
	Grasa	133	—	Patatas cocidas..	250 —
	Pan	234	—	Nabos cocidos....	150 —
	Azúcar.....	21	—	Pickles	35 —
	Café.....	667	—	Manteca.....	10 —
Noche				Pastel.....	130 —
	Salchicha bávara.	171	—	Café.....	Una taza.
	Pan	128	—	Pudding dulce...	125 grs.
	Leche	71	—	Gelatina de mirti-	
	Azúcar	21	—	los.....	150 —
	Café.....	450	—	Patatas asadas...	200 —
			Zwiebacks (bizco-		
			chos).....	25 —	
			Manteca.....	10 —	
			Té	Una taza.	

La reducción es tremenda, aunque todavía la ración pueda parecer excesiva, sobre todo en lo relativo al té y al café. Pues bien; los soldados sometidos al experimento, a pesar de lo riguroso del invierno, ni se quejaron de frío, ni estuvieron mal ni un solo día, ni se resintieron de fatiga, encontrándose tan bien, que ellos mismos siguieron después el mismo régimen por su cuenta; el dinamómetro marcó un aumento de fuerzas que en alguno llegó al doble, y todos notaron mejor estado en sus facultades intelectuales. El aumento de fuerza pareció extraño, y como podía atribuirse a estar los soldados en el período de desarrollo, Chittendem quiso asegurarse del efecto, y sometió a la misma reducción a varios atletas que habían llegado al máximum de su desarrollo y que habían obtenido premios de campeonato. El experimento fue decisivo, y, con asombro de examinadores y examinados, quedó demostrado que el régimen de reducción aumentaba las fuerzas de un modo considerable.

No hay, pues, inconveniente en aconsejar, como sistema general de alimentación, un régimen reducido. A tal propósito, puede citarse el caso de un sujeto, tratado por el profesor Fauvel, de Angers. Su régimen ordinario era el siguiente: Desayuno: Una taza de chocolate con leche (10 gr. de cacao) y 60 de pan.—Almuerzo: Un entreplato (rábano, apio, alcachofas, pepino o una fruta cocida); dos huevos (sólo dos veces por semana) o un plato de legumbres o cereales; un plato de patatas; un postre, generalmente de frutas del tiempo, y 200 gramos de pan.—Comida: una sopa sin grasa; un plato de legumbres o de harina (muy poco); una ensalada; un postre, de confitería o frutas, y 100 a 150 gr. de pan. Este sujeto padecía jaquecas horribles, que desaparecieron luego por completo, y como ejercicio hacía numerosas excursiones en bicicleta, de 100 a 200 kilómetros, varias veces por semana, a 20 kilómetros por hora de promedio, con una sola parada de media hora, durante la cual tomaba una taza de café con leche con un poco de pan y manteca; los días en que daba estos paseos

se desayunaba a las cuatro y media de la mañana con 10 gramos de cacao y 15 de azúcar, y 30 gr. de bizcochos. El doctor Fauvel le sometió cuarenta y cinco días a un régimen uniforme, compuesto siempre de estos alimentos: Por la mañana: 30 gramos de bizcochos secos (*breakfast*). A las once y media: 200 gramos de pan; 100 de berzas cocidas; 200 de patatas, salteadas en 20 gr. de manteca de coco y 30 de harina de maíz; 30 de bizcochos, 30 de confituras y 100 de naranjas. A las siete y media: Una sopa compuesta de 40 gr. de coles, 40 de patatas y 20 de manteca de coco; 100 de pan y 30 de confituras.— De bebida, agua pura solamente.—El estado general mejoró mucho, las jaquecas desaparecieron, el trabajo intelectual se hizo fácil, la resistencia física aumentó, la duración del sueño pudo reducirse, y el carácter se hizo más tranquilo, sin tendencia ninguna a la apatía, sino al contrario.

Es evidente que, en general, comemos demasiado en cuanto a la cantidad, y que andamos equivocados en cuanto a la calidad.

El prejuicio de que «la carne pone carne», está tan arraigado, que hasta los gobiernos se preocupan del alza de la carne, como si el precio de este artículo fuera la clave para la solución de la crisis actual. No basta el ejemplo de pueblos enteros que no prueban la carne; no basta la demostración de los vegetarianos con su abstención de todo género de carnes y su probada resistencia muscular en todo linaje de ejercicios; no basta el análisis de los alimentos, que prueba que la albúmina reclamada a la carne se encuentra en igual o mayor proporción en muchas leguminosas. ¡Es tan difícil dominar una preocupación, mucho más si coincide con nuestros gustos o nuestras costumbres! Hoy está demostrado que muchas de las enfermedades de la nutrición son debidas al exceso de alimentos azoados del régimen habitual, y que la mayor parte de las enfermedades derivadas del artritisismo requieren la disminución de la albúmina en la ración ordinaria. El hombre sano no necesita esos rigores de régimen; pero no le hace falta tampoco

comer carne para estar bien, y puede en absoluto suprimirla sin ningún inconveniente.

OCULTISMO

LA EXISTENCIA DEL CUERPO ASTRAL.—Uno de los más cultos teósofos italianos, Augusto Agabiti, ha publicado en la revista de Roma, *Ultra*, una serie de artículos sobre «Los datos del hipnotismo en el problema del alma», llenos de atractiva doctrina y ricos en sugestivas enseñanzas. De ellos entresacamos lo relativo a los sorprendentes fenómenos del *fantasma volante*, que demuestran, supuesta su exactitud, la existencia indiscutible del llamado «cuerpo astral», es decir, de un algo material independiente del cuerpo terrestre, autónomo y semoviente, aunque ligado en esta vida con el cuerpo visible.

Los casos son frecuentísimos, y es un experimento de los más fáciles de obtener mediante la hipnosis. El hipnotizador puede mandar al sujeto dormido que vaya con su espíritu a tal o cual sitio, más o menos lejano, y que cuente lo que ve y oye en él, citando cosas y personas, que luego resultan tal y como habían sido vistas y oídas, no ya en otra habitación de la misma casa o en otra casa de la misma ciudad, sino en otras ciudades y hasta en el extranjero. Como el cuerpo del hipnotizado no se mueve del sitio, es evidente que hay otra cosa que se traslada al punto que se indica, y que esa cosa tiene sentidos, pues ve y oye, huele y palpa, y, por consiguiente, es algo distinto al cuerpo que conocemos, y que recibe el nombre de cuerpo astral, que tiene del cuerpo la perceptibilidad, pero tiene del alma la ingravidez, según los teósofos.

El mismo Agabiti, estando en Pésaro con varios médicos y abogados, y contando como medium a la señorita Perrelli, sujeto excepcional, ha obtenido la descripción de una habitación cerrada, el despacho de uno de los abogados presentes, con todos los detalles que se pidieron, como la fecha que tenía

el calendario de pared (que no era la del día), lo que había en el cajón central de la mesa, cerrada con llave, hasta una medallita de bronce, recuerdo de la última exposición de Milán, etc. Se podrá pensar que, estando presente el abogado, todo aquello se reducía a una simple transmisión del pensamiento; pero hay que notar que al preguntarle si había alguien en la antecámara, contestó que había una señora; el abogado decía que se engañaba, y ella insistió; y, en efecto, a la salida de la sesión, el abogado se encontró con su hijo, a quien había mandado que se quedara en la antecámara, y preguntándole cómo había dejado su puesto, contestó que había ido una señora a consultar y se había quedado aguardando la vuelta del abogado.

Dal Pozzo, por su parte, cuenta que en una época de agitación política, una noche, hacia las diez, adormeció a la sonámbula, y haciéndola varias consultas de otras personas, vió que se paraba de pronto en lo que estaba diciendo:—¿Qué ocurre?—preguntó.—¡Silencio!—dijo;—y pasados unos minutos, contó que había estado en casa de Pozzo; que estaban haciendo allí una perquisición, porque un criado había robado la llave del escritorio, con la que habían abierto el cajón de la derecha, llevándose todas las cartas que contenía; que éstas se hallaban en poder de la policía, y que la noche siguiente irían a registrar el cajón de la izquierda. Pozzo había perdido, en efecto, la llave de su escritorio, y se había mandado hacer otra sin cambiar la cerradura; por fortuna, las cartas que podían comprometerle estaban en el cajón de la izquierda. En el acto tomó el primer tren, y llegó a su casa por la mañana; dió un pretexto cualquiera para explicar su inesperado regreso, y al abrir el cajón de la derecha de su escritorio, lo encontró, en efecto, vacío; sacó del de la izquierda todos los papeles que podían comprometerle, y se volvió a marchar, sin demostrar que hubiera notado nada. ¿Cómo podría explicarse este hecho—dice Agabiti—sino por la salida del espíritu y del cuerpo astral de la sonámbula, asistiendo a la pesquisa en casa del ilustre

pariente de Víctor Manuel? Hoy, con la telegrafía sin hilos, las ondas hertzianas, el radio, etc.—añadimos nosotros,—quizá sea admisible la hipótesis de una supersensibilidad de tal naturaleza, que permita a los seres que la disfrutan ponerse en contacto con lo normalmente invisible, pasando a un mundo de sensaciones que todavía nos son desconocidas. La ciencia no ha resuelto nada todavía. Registra hechos, por maravillosos que sean; los cataloga y los pone en estudio, hasta encontrarles una explicación suficiente.

Hay personas predispuestas que, sin necesidad de hipnotización, pasan espontáneamente por el coma magnético, y llegan a desdoblarse por sí mismas. El Dr. Pascal cuenta el caso siguiente, ocurrido a un joven artista escocés, tal como se lo refirió al Dr. Gibier: «Pocos días hace—le dijo,—al volver a casa, a eso de las diez, me sentí presa de un cansancio inexplicable; no queriendo acostarme tan pronto, encendí una lámpara, tomé un cigarro y me extendí en un sofá para fumarlo; al echarme hacia atrás para recostarme, sentí que los objetos daban vueltas, y algo como un aturdimiento, un vacío; luego de pronto, me hallé en medio de la habitación; miré alrededor sorprendido, y mi sorpresa llegó al asombro: yo mismo me vi extendido en el sofá, blandamente, sin rigidez; mi mano izquierda se alzaba ante mí, apoyada en el codo con el cigarro encendido, cuya lumbre brillaba en la penumbra de la pantalla. Pensé estar soñando; pero tenía la impresión de no haber jamás estado tan metido en la realidad. Temí haberme muerto; pero vi el interior de mi pecho, mi corazón latiendo lentamente, mi sangre discurrir por las venas. Comprendí que debía sufrir un síncope particular; dejé de ocuparme de mi cuerpo, que seguía allí sentado, y mirando la lámpara, temí fuera a prender fuego a las cortinas; oprimí el botón para apagarla, pero aunque sentía todas sus moléculas y movía los dedos, no podía hacer que el botón diera la vuelta. Me observé entonces y me puse frente a un espejo; pero en vez de ver mi cuerpo, vi todo lo que había detrás del espejo y de la pared, todo el cuarto del

vecino correspondiente al tabique divisorio; estaba a oscuras, pero distinguí claramente una especie de rayo de luz que partía de mi epigastrio y que iluminaba los objetos; se me ocurrió la idea de visitar aquel cuarto, cuyo dueño estaba ausente, y sin saber cómo, lo recorrí, dirigiéndome a la biblioteca, en la que noté muchos títulos de obras, etc.» A las cinco se despertó rígido y helado, recostado en el diván y con el cigarro medio consumido y apagado entre los dedos. Se acostó, y al día siguiente rogó al portero que le enseñara el cuarto contiguo, comprobando la exactitud de sus recuerdos sobre los muebles, cuadros y libros.

La salida del alma del cuerpo ha sido estudiada científicamente por Rochas, y el llamamiento del cuerpo astral de una localidad a otra se hace sin gran dificultad con los procedimientos indicados por Papús, siendo también notables los trabajos de Miers, Richet y Podmore sobre los fantasmas de los vivientes. «Invitado por el hipnotizador a fijar mi pensamiento en una persona que hubiera deseado ver, me fijé en la duquesa N..., por la que había sido recibido durante mi último viaje a Londres, y que no sabía dónde podía hallarse ahora. Al cabo de una hora escasa percibí una especie de vapor azul sobre el canapé, impalpable al principio; la nube se fué materializando poco a poco, hasta que distinguí la fisonomía de una señora de la alta sociedad en traje de *soirée*; me acerqué y reconocí a la duquesa N... dormida.» No atreviéndose a despertarla, la quitó una magnífica sortija de turquesa del anular derecho; poco después, la aparición se disipó, y el hipnotizador volvió el cuerpo astral del narrador a su casa. Tres semanas después, la duquesa llegó a París, de paso para Biarritz, y el narrador fué a ofrecerle sus respetos, preguntándola si le había ocurrido algo de particular desde que no se habían visto: «Sólo recuerdo—contestó—que una noche, recibiendo numerosas visitas en mi *five o'clock*, me sentí presa de tal necesidad de dormir, que me retiré a mi gabinete para descansar; a los veinte minutos me desperté, libre de mi jaqueca, pero habiendo perdido mi sor-

tija, que no pareció por ningún lado.—Aquí la tiene usted.»
¡Tableau!

«Si a estos hechos se agrega que, así como se obtienen fotografías de espíritus, se puede fotografiar el alma exteriorizada y vagante de personas vivas, y cuando se quiera, por cualquier experimentador, tenemos la prueba positiva—concluye Agabiti—de que el hombre puede vivir, pensar, ver y sentir fuera del cuerpo, ó sea directamente con el alma.» Es la máxima demostración científica del hipnotismo para la resolución definitiva del problema de la existencia y supervivencia del alma.

Estudiando el misterio del sueño, se encuentra el enigma del alma y de sus peregrinaciones, recogido por los antiguos mitos. Psiquis era una joven de belleza tan peregrina que superaba a la misma Venus; los templos de Citerea, Guido y Pafos se derrumbaban faltos de fieles, y Venus, indignada, envió a su hijo Cupido para encender vil pasión en el pecho de su rival Psiquis. Pero la gentileza de la linda doncella seduce a Cupido, que la desposa y la lleva a un palacio magnífico, poblado de seres invisibles que previenen todos los deseos de Psiquis, sirviéndola a placer y entonándola suavísimos loores. Pero las hermanas de Psiquis, llevadas por Céfito al palacio mágico, intentan perderla, llenas de envidia. Cupido la ha dicho que será feliz si se siente contenta con su amor y sus caricias, pero sin ver su rostro, sin averiguar su nombre. Las hermanas la sugieren el deseo de conocer aquel misterio, y ella, temiendo amar, no a un joven bueno y gracioso, sino a un sanguinario dragón, sorprende una noche, armada con un puñal y con una lámpara encendida, el sueño de su esposo, quedando palpitante al ver el bellissimo rostro del Amor, y aquella cabeza suavemente reclinada sobre las plumas del lecho; una gota de aceite hirviendo de la lámpara cae sobre Cupido, y éste, despertándose irritado, maldice a Psiquis y la abandona.

Este mito significa, como el del Paraíso y como el de Pandora, la peregrinación terrible del alma humana, que desde la

felicidad de la ingenua vida primordial en el seno de la divinidad, ha querido emanciparse para conocer las causas últimas y ver la cara invisible del Autor de todas las cosas. Psiquis tuvo que recurrir a Venus para reconquistar el Amor y la felicidad; pero Citerca la impone tres pruebas terribles: separar en un día, grano por grano, las semillas de amapolas, garbanzos, lentejas y habas revueltas en un gran montón; coger un copo de lana del vellocino de oro de un rebaño selvático; sacar un vaso de agua de la laguna Estigia y arrebatarse una caja del tocador de Proserpina. Es la alegoría de las pruebas aspérrimas, crueles e inciertas, que toda alma debe sufrir al visitar la tierra y el reino de los muertos y de las penas.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Las pinturas del Palacio ducal de Berwick y de Alba</i> , por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.....	5
<i>Buenos Aires capital y municipio</i> , por Adolfo Posada.....	25
<i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.</i> <i>En el fondo del abismo</i> , por Miguel de Unamuno.....	45
<i>Mis maestros y mi educación: Memorias de juventud</i> , por el doctor D. Federico Rubio.....	68
<i>Cruel destino</i> (novela), por Leónidas Andreief.....	132
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.....	156
<i>Exposición de las obras de Aureliano de Beruete</i> , por Jacinto Octavio Picón.....	171
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	178